

EL NARRATORIO

ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL
AÑO 7 NRO 77 JULIO 2022



ARAVENA ARMAS SÁNCHEZ ÁVILA ROMERO BONZO SUÁREZ
BOTAVARA BUGARÍN CARMONA CASTRO ALFARO CRUZ
DE ESPINOSA ECHEVERRÍA FEDERICI GARCÍA GONOROWSKY
GORÓSTEGUI LINN MARTÍNEZ REYES MEDONE MÖRDER
NOVAJAS SALDÍVAR ROSAS SPINOZA VALEN2 VELARDE
VIGLIETTI VIGNERA ZAPATA ESPINOSA

EL NARRATORIO

EL NARRATORIO

ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL

AÑO 7 NRO 77 – JULIO 2022

ISSN

2591-3123

EDICIÓN Y DISEÑO DE TAPA:

RENATE MÖRDER

IMÁGENES:

PIXABAY FREEPIK

PXHERE PEXELS

COPYRIGHT:

EL COPYRIGHT DE LOS CUENTOS PUBLICADOS PERTENECE A SUS
AUTORES, QUIENES RESPONDEN ACERCA DE LA AUTORÍA Y
ORIGINALIDAD DE LOS MISMOS.

BAJO LICENCIA CREATIVE COMMONS ATRIBUCIÓN-NOCOMERCIAL-
SINDERIVAR 4.0 INTERNACIONAL



DIRECTOR Y PROPIETARIO:

FEDERICO A. MARONGIU

PROPIEDAD INTELECTUAL:

Nº DE REGISTRO 5.348.677

EN LA WEB:

WWW.ELNARRATORIO.COM.AR

WWW.ISSUU.COM/ELNARRATORIO

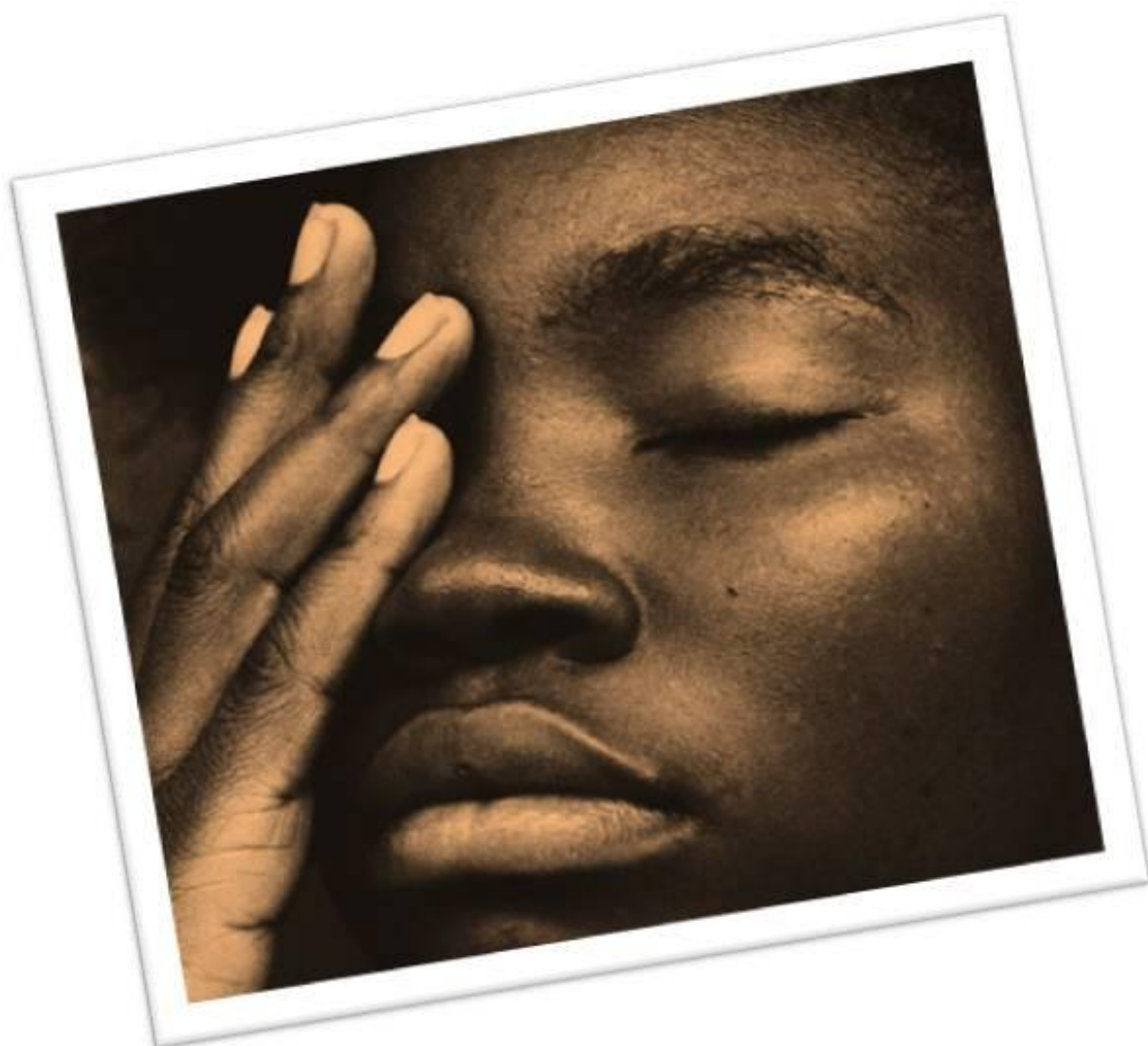
E-MAIL:

ELNARRATORIOBLOG@GMAIL.COM

ÍNDICE

| | | |
|---|--------------------------------------|----------------------|
| <u>ESCAPAR</u> | <u>LUCIANA BONZO SUÁREZ</u> | <u>7</u> |
| <u>EL DÍA EN EL QUE CARSON MCCULLERS LE</u> | <u>ROMPIÓ LA CARA A UN CAMIONERO</u> | <u>BILL</u> |
| <u>CARMONA</u> | | <u>14</u> |
| <u>DONDE NACEN LAS MARIPOSAS</u> | <u>CAROLINE CRUZ</u> | |
| | | <u>19</u> |
| <u>ABANDONAR LA PREPA</u> | <u>ADÁN ECHEVERRÍA</u> | <u>25</u> |
| <u>DOS GOTAS DE AGUA IDÉNTICAMENTE FEAS</u> | <u>MARCELO MEDONE</u> | <u>33</u> |
| <u>NATALIA</u> | <u>RENATE MÖRDER</u> | <u>41</u> |
| <u>LA HABITACIÓN</u> | <u>BALTASAR BOTAVARA</u> | <u>47</u> |
| <u>CARNE FRESCA</u> | <u>NINETTE S. ARAVENA</u> | <u>51</u> |
| <u>LA DESPEDIDA DE CACHO</u> | <u>GUSTAVO VIGNERA</u> | <u>59</u> |
| <u>DE CUIDADOS Y DESOBEDIENCIAS</u> | <u>CLARA</u> | <u>GONOROWSKY</u> |
| | | <u>64</u> |
| <u>UN LUGAR HECHO SOLO PARA TI</u> | <u>SEBASTIÁN</u> | <u>NOVAJAS</u> |
| | | <u>68</u> |
| <u>LOS PAPELES DE UN DÍA CUALQUIERA</u> | <u>OSWALDO</u> | <u>CASTRO ALFARO</u> |
| | | <u>74</u> |
| <u>EL MISTERIOSO ATRACTIVO DEL MAR</u> | <u>HUGO</u> | <u>VIGLIETTI</u> |
| | | <u>81</u> |
| <u>COMPLEJO DE CULPA</u> | <u>CARLOS M. FEDERICI</u> | <u>88</u> |
| <u>SALVAMENTO</u> | <u>LEDIHER ARMAS SÁNCHEZ</u> | <u>91</u> |

| | |
|--|---------------|
| <u>EL QUE ANDA POR LOS VIENTOS</u> | <u>CARLOS</u> |
| <u>ENRIQUE SALDÍVAR ROSAS</u> | <u>94</u> |
| <u>PANNOS PATRICIA LINN</u> | <u>97</u> |
| <u>EL GRIS CORTEJO DE LA TARDE INUSITADA</u> | |
| <u>JOSÉ LUIS VELARDE</u> | <u>103</u> |
| <u>DESDÉN JUAN MARTÍNEZ REYES</u> | <u>107</u> |
| <u>AMMO- GOKIO Y AMBEING SERGIO ÁVILA ROMERO</u> | |
| | <u>110</u> |
| <u>GAFE VALEN2</u> | <u>118</u> |
| <u>NEVADA JOSÉ A. GARCÍA</u> | <u>121</u> |
| <u>FUE CULPA MÍA LUIS J. GORÓSTEGUI</u> | <u>124</u> |
| <u>LA CAÍDA DE DZULUM J.R.SPINOZA</u> | <u>129</u> |
| <u>EL AMENAZADO RICARDO BUGARIN</u> | <u>136</u> |
| <u>ÉXODO HACIA LA LIBERTAD NURIA DE</u> | |
| <u>ESPINOSA</u> | <u>138</u> |
| <u>PENSAMIENTOS DE JOSUÉ SOBRE LA BESTIA</u> | |
| <u>ALEJANDRO ZAPATA ESPINOSA</u> | <u>146</u> |



ESCAPAR

LUCIANA BONZO SUÁREZ

Hacía tres cuartos de hora que habían apagado el último farol. Todos dormían menos Antonia, que lloraba en silencio y se tragaba los mocos, o los dejaba sobre la manga del camisón. Lo observaba a Nicanor amarrado al poste, en el patio. Él ya no se quejaba, no le dolía la carne abierta a lonjazos, no respiraba. La niña pasó junto a él y acarició por última vez las mejillas de Nicanor.

Él le había prometido que apenas consiguiera dónde vivir con dignidad, volvería a buscarla. Una noche cualquiera.

—Tené lista alguna cosa pequeña y valiosa para que sea más fácil escaparnos, algo que podamos cambiar por pan y ayuda —le había dicho.

El sueño se desvaneció.

Lo atraparon. Llegó con las manos atadas a la espalda y con una soga al cuello de la que un hombre blanco y alto tironeaba para hacerlo caminar.

Antonia fue testigo del intercambio: el esclavo por las monedas que el blanco contó y mordisqueó. Desde su escondite no logró escuchar nada. No se detuvo en detalles, en el bastón sobre el que se apoyaba el extraño ni en la mirada velada del mismo. Se concentró en los pasos vacilantes y la cabeza gacha de Nicanor y se mordió el labio inferior para controlar el temblor.

El amo mandó a castigar a Nicanor. El hijo del dueño lo azotó hasta cansarse y, tras una pausa, retomó con saña la tarea encomendada por el padre.

Antonia envolvió una a una las cucharas de plata en un recorte de tela blanco, separadas para que no hicieran ruido. Antes de anudar el hato colocó el cuchillo de cocina con el que tantas veces había cortado carne, y el de cortar huesos. Salió con sus pertrechos.

La siguió Capitán, el perro de la casa. Caminaron hasta la orilla del río,

donde iba ella a menudo a lavar la ropa de los amos y a conversar con otras esclavas. Después se dirigieron a las afueras de la ciudad.

Capitán se pegó a su lado y al pasar por una taberna con un par de borrachos escandalosos, él se adelantó gruñón. Atacó a uno que pretendió sujetar a Antonia. Ella se defendió del otro.

Cuando el señor se aferró de las trenzas pegadas al cuero cabelludo, ella se dejó atraer al cuerpo del agresor. Ya había manoteado la cuchilla y dejado caer el paquete. Con el impulso fue fácil hundir la hoja en la barriga del hombre, que de inmediato se cayó dentro de la profunda y polvorienta huella de carreta. Maldecía e intentaba cubrirse de la mocosa con las manos alzadas. Ella gritaba eufórica mientras se arrodillaba a un costado y desde allí le asestó dos cuchilladas más.

Antonia y el perro se fueron antes de que el cantinero pudiera traer consigo a un policía.

Uno de los borrachos les dio pistas sobre por dónde pudieron haberse ido el perro y la niña. Él tenía el pantalón desgarrado y no podía apoyar una pierna. El otro quedó tendido inmóvil boca arriba con tres cortes profundos y la camisa ensangrentada.

Capitán se ovilló a su lado cuando la niña cayó rendida. Le dio calor, en medio del maizal donde pasaron la noche, y ella lo acarició hasta quedarse dormida.

Se despertaron al alba, se encaminaron hacia la casa más próxima y alborotaron a las gallinas. Eloisa reconoció a la niña de inmediato.

—Hola, ¿qué te pasó?

Se pusieron al corriente en la cocina, cerca del fuego.

—Mi amo cambió mucho desde que volvió de prisión. Antes hubiera falsificado unos documentos para venderte en otro pueblo como si fueras

suya, pero ahora pienso que hasta podría ayudarte —le dijo Eloisa y le sirvió otra taza de mate cocido.

Dalmiro cumplió sentencia en el calabozo del Cabildo. El juez de paz lo condenó por estafa.

—Volvió ciego. El pobre solo puede ver luces y sombras. Lo escuché decir que le quemaron los ojos.

»Desde entonces valora la libertad por sobre todo.

Eloisa advirtió la incredulidad en los ojos hinchados de tanto llorar con que la miraba la niña por encima de la taza humeante.

—Yo estoy bien aquí. Me prometió comprar a mi hijo solo para que pueda vivir conmigo —dijo y aclaró:

—Con nosotros.

Eloisa apoyó las manos sobre el delantal y Antonia notó el abdomen abultado de la negra.

—Yo nunca voy a traer hijos a este mundo de porquería —dijo la niña.

La mujer la dejó sola un momento para regresar con un camisón limpio.

—Cambiate. Yo me quedo con el tuyo manchado.

Unas palmas ante la puerta principal y un repiqueteo en el mosaico de la habitación contigua a la cocina alertaron a la niña y al perro, que dejó de masticar el hueso y se incorporó aguzando los oídos.

—Señor, buscamos a una negrita de unos doce años, una fugitiva que viaja con un perro.

—No sé nada de eso. Yo aprendí la lección. ¿No creerán que daré refugio a una esclava, verdad? Antes la devuelvo y me gano unos pesos honradamente.

—¿Y sus sirvientes ?

—Solo me quedé con una. Ella tiene mucho que perder... no se arriesgaría —dijo como si estuviera confesándose, pero sus palabras llegaron hasta la cocina.

»¡Eloisa, Eloisa!

La mujer cerró la trampilla del sótano donde el amo guardaba los vinos y le prometió mediante señas que no la delataría. Después se acercó al amo que la esperaba en el umbral de la entrada principal.

—Estos caballeros buscan a una negra que ha huido.

—Y es peligrosa —dijo uno de los policías—, apuñaló a un hombre blanco. Lo asesinó.

—Si me entero de algo se lo comunicaré a mi señor.

—Bien, podés retirarte. No te demores en preparar mi desayuno.

Con una reverencia se despidió Eloisa.

Pronto cesaron las voces.

Eloisa le hizo señas a la niña para que saliera tranquila y en silencio.

—Ya se fueron —susurró—, y mi amo desayuna en sus aposentos.

»Él ya no recibe visitas. Hacía tiempo que no lo escuchaba conversar con otros blancos —dijo Eloisa rascándose la cabeza.

—Él es malo. No cambió como pensabas. ¿Y si espera que nazca tu bebé para venderlo?

—¡Es su hijo también! —contestó y se tapó la boca con ambas manos tratando de contenerse.

Vomitó en un fuentón.

—Escapate con nosotros.

—No podría, pero ¿y si no te equivocás? No podría resistir perder también a este hijo...

»Lo escuché decirles a esos que te buscaban que ya no distingue

colores, y que una mujer es una mujer y que, al fin y al cabo, cualquiera satisface sus necesidades.

»Los otros se burlaron de mí.

Antonia recogió su paquete y ya se iba cuando irrumpió el señor en la cocina. Llevaba el bastón colgando del brazo y se apoyó sobre él para caminar entre las sillas y la mesa. La niña lo reconoció, también Capitán.

—¡Por su culpa lo mataron! —dijo y se abalanzó sobre él empuñando la cuchilla—. Esto es por Nicanor.

Capitán ladraba, Eloisa gritaba horrorizada y Antonia no se detenía. Más de veinte puñaladas le dio. A la primera, el hombre se había caído, pero la niña continuó embravecida hasta que la hoja perdió su filo. Después se puso de pie y largó el arma. Temblaba. Sacudía los brazos a los costados.

Eloisa dio dos pasos en dirección a la niña, se arrodilló a su lado y la rodeó con sus brazos.

Además de los bufidos y sollozos, la mujer oía el galope desbocado de un potro salvaje en el pecho de Antonia.

La escena se prolongó unos minutos hasta que Antonia, más serena, correspondió el abrazo. Ambas terminaron con las ropas manchadas.

La primera en hablar fue Eloisa:

—Dijiste Nicanor.

—Sí, él era mi amigo. Nos íbamos a escapar juntos, solo que se me adelantó para buscar un buen lugar donde vivir.

—Él era mi hijo. Vino hasta aquí y mi señor dijo que lo compraría para mí. Me extrañó que regresara sin él, pero no tuve tiempo de preguntarle.

Unas horas más tarde acordaron que nadie tenía porqué saber qué había ocurrido y esperaron la noche para enterrar el cuerpo del hombre y el bastón.

LUCIANA BONZO SUÁREZ

Argentina - Italia

Instagram: [Bonsuaescritora](#)



**EL DÍA EN EL QUE
CARSON MCCULLERS
LE ROMPIÓ LA CARA
A UN CAMIONERO
BILL CARMONA**

¿N

unca les conté del día en el que Carson McCullers le rompió la cara a un camionero? Yo tenía la nariz pegada al vidrio de una de las ventanas del bar cuando vi a este señor tirado en el suelo, con un chichón en la parte superior de la cabeza, dos estrellas enormes en los ojos, y tres pajaritos que se movían alrededor de su frente. Carson tenía la nariz desecha y la sangre le caía por la boca hasta la barbilla. Ella se sentó, agarró su cerveza, que se volvió algo roja al mezclarse con la sangre, y se la tomó de un tirón. Jamás vi a una mujer noquear así a un hombre tan grande.

Yo creí en ese momento que tenía algo que ver con ese triunfo, por lo que van a leer más adelante, y por eso mi alegría, pero lo cierto es que era todo de ella.

Estaba comiendo una porción de pizza en la barra del bar la primera vez que noté su presencia. Nadie parecía muy emocionado porque ella estuviera allí. Tenía un moretón en el ojo izquierdo y sorbía la cerveza como bebe su sopa un viejo que se sacó la dentadura postiza. Solo con verla podías notar que cargaba consigo el peso de una diosa exiliada del olimpo, una diosa que ahora debía perecer entre mortales, incapaz de escapar de ese destino. Derrumbada por la fatalidad. Me moría por acercarme y decirle algo, pero me acobardé tal y como como suelo hacerlo.

Me senté en su mesa unas semanas después. En aquel entonces era un veinteañero que trabajaba de empleado en una librería escolar. Armaba pedidos, acomodaba estantes, recibía entregas. Soñaba mucho y vivía poco. Carson estaba en el bar de la calle Reconquista al que íbamos todos los perdedores. Tenía un cigarrillo entre los dedos y con su pulgar se frotaba las cejas. Moví mi mano para que notara mi presencia.

—¿Es usted Carson McCullers, verdad?

—No sé de qué me estás hablando.

—¡Vamos! Leí sus libros. Es una de mis escritoras favoritas.

—¿Ah, sí? ¿Quiénes son los otros?

—¿Mujeres? Alejandra Pizarnik, Virginia Woolf...

—Salí de mi vista, pendejo.

Me quedé tieso por unos segundos y luego me fui.

Me la encontraba por todas partes y siempre rebotaba su presencia contra mi timidez. En esos largos viajes en subte de una punta de la ciudad a la otra, apoyaba su rostro contra el caño de metal y observaba el suelo con la mirada perdida. Arrastrándose por el piso de algún agujero donde poetas, que no iban a tener un destino mejor que el de no poder asistir a sus propios velorios, leían sus penas que no llegaban a ningún lugar. Ella, un ángel sin alas, una santa sin su halo, besando la lona, tratando de salir de la arena movediza.

La escuché en la habitación de la pensión que alquilaba, escupir sus palabras como balas que te perforaban todo el cuerpo, y te dejaban moribundo, con ganas de más. Líneas que flotaban al son de las gotas de lluvia y ese ruido de angustia que muy pocos privilegiados podíamos escuchar.

Visité a mi abuelo una tarde y le comenté sobre ella. Estaba apoyado sobre una mesa leyendo el diario, rodeado de colillas de cigarrillo desparramadas por el suelo, que solo se movían cada vez que él daba un paso. Era algo extraño de ver, pero a la vez placentero “¿Estás seguro que es una escritora? A lo mejor es alguien que se le parece”. “Que sí, que es ella, que leí sus libros”. “¿Y por qué está en ese bar, peleándose con los hombres?”. “A lo mejor perdió algo, y está tratando de recuperarlo. ¿Podés ayudarla?”. Mi abuelo había entrenado boxeadores. Su mayor orgullo había sido entrenar a

Rafael Iglesias, medalla de oro en Londres 1948. Le enseñé el video de su pelea que había grabado con mi teléfono celular. “Ustedes con estos aparatos de porquería, grabando todo lo que ven. Ya ni sé para que tienen ojos”. Terminó de verlo y me lo devolvió. “¿Y? ¿Qué te pareció?”. “Debería esquivar los golpes que le tiran”. “¿Qué clase de consejo es ese?”. “Hijo, no me entendés, esa mujer quiere que le peguen, se mueve siempre con el movimiento del puño y no contra el movimiento del puño. Debe ser una loca suicida, yo no me involucraría demasiado con una mujer así”.

La seguí un mediodía hasta el cuarto que alquilaba en la calle Balcarce. Cuando crucé la calle para acercarme, y ella se percató de mi presencia, se puso en guardia como si yo fuese uno de sus contrincantes. Le pedí que se calmara, que nos habíamos conocido en el bar y que quería ayudarla a ganar una pelea.

—¿Ayudarme? ¿Cómo me vas a ayudar? —dijo bastante molesta.

—Mi abuelo era entrenador en un gimnasio. Me dijo que deberías esquivar los golpes que te tiran.

—¿Qué clase de consejo es ese?

Me dio la espalda y abrió la puerta con la llave.

—Y dejame en paz, pendejo. No necesito tu ayuda.

No quiero recordar el día en el que la encontraron muerta en un barco, después de una semana, envuelta en una frazada. Los marineros pasaron días por allí y ninguno se percató de su presencia. Nadie reclamó su cuerpo, ni la fue a despedir a su funeral. No hubo rosas, ni llantos. Todo siguió tal y como ella lo había dejado.

Es por eso que decidí contarles del día en el que le rompió la cara a un camionero. Yo estaba yendo para el bar como hacía todos los mediodías para comer una porción de pizza, cuando la vi repartiendo golpes en todas las direcciones. El tipo ni siquiera la vio venir. Todos los que estaban ahí viendo

se quedaron boquiabiertos. Al gordo lo levantaron entre tres y lo arrastraron hasta el baño. Mi cuerpo se llenó de alegría aquella vez.

Finalmente había decidido esquivar los golpes. Al menos algunos.

Y en la ciudad que nunca duerme, deambulando entre trajes y pétalos de rosas, en donde se mezclaban el silencio con los ruidos de las bocinas, los ejecutivos con los artistas callejeros, en donde tangos y prostitutas se confundían en cuartos de hoteles baratos y se amaban en tramos que solo el dinero podía pagar, me sumergía en la bañera repleta de agua caliente, y me masajeaba el muslo adolorido, porque no podía hacerlo con el alma.

BILL CARMONA

Argentina

<https://www.wattpad.com/user/Bill1Carmona>



DONDE NACEN LAS MARIPOSAS

CAROLINE CRUZ

NEGACIÓN

Mi menstruación llegó por primera vez a mis trece años. Ya sabía de qué se trataba, y cuando vi mi ropa íntima manchada con sangre, exclamé un “¡oh no!” mientras algunas lágrimas salían de mis ojos. Con el calzón a la altura de las rodillas, busqué a mi madre.

—¡Mira, mamá! —Ella bajó la mirada y subió la sonrisa; primero sonrió con los ojos, después mostró los dientes.— ¡Te convertiste en mujer, Carol!”

Al menos alguien estaba feliz...

El día siguiente a mi menarca fue melancólico. Tan frío y nublado que hasta parecía que la noche había sido parida de forma prematura, a las dos de la tarde. De alguna forma sabía que mi estado de ánimo tenía que ver con la sangre que salía por mi vagina. No pude procesarlo rápidamente y, para ser honesta, aún estoy procesando todo...

Parecía no haber estudiado lo suficiente para saber qué tenía que hacer desde entonces.

Trece años.

Después de poco tiempo, el cuerpo metamorfoseó y, lo que empezó como una transformación gradual y suave, luego se convirtió en un tsunami que llegaba desde el horizonte y no podía ser detenido. Entonces me rendí; cedí espacio al cuerpo que exigía cambios.

IRA

Tampoco bastó mucho tiempo para que hombres mucho mayores que yo empezaran a mirarme de una manera que dialogaba con un lugar de miedo primitivo e instintivo. No solo por la forma, sino también porque les gustaba exhibir aquellos ojos. No era sutil. Un día, un amigo de la familia, que

tenía la edad para ser mi padre, comentó que “ya era hora de empezar a jugar...” con una sonrisa maliciosa estampada en su rostro. En aquel momento entendí la urgencia que todos parecían tener al preguntar si yo ya había menstruado o no. La sangre era la prueba de que yo ya no era una niña y ahora ellos tenían pase libre para intimidar mi cuerpo como bien quisieran. Cómodos. Ellos depredadores, yo caza; comencé a evitarlos.

Una red de apoyo se abrió para mí en el liceo. No sé si existía previamente, pero era, a lo menos, imperceptible para las que aún no habían menstruado. Era como un club secreto donde solo entraba quien tenía la contraseña: “amiga, puedes ver si estoy manchada?” Los comentarios eran siempre cargados de vergüenza, como si no fuera una temática que mereciera naturalidad. Las toallas higiénicas eran traficadas como paquetes de cocaína.

En un día soleado, y me acuerdo porque no había una sola alma con un abrigo en la escuela, menstrué. El chorro de sangre fue expelido después de estornudar y pasaron apenas segundos para que sintiera mi calzón mojado en contacto con mi piel. Esta misma sensación pasó y va a pasar muchas veces durante mi vida, pero como cualquier primera vez, entré en pánico.

Mi intento por esconder la mancha fue en vano y, aquella tarde, todos los cabros me gritaban palabras de odio por dejar la sangre a la vista. Las chicas armaron algún tipo de defensa, pero la hostilidad era tanta que todas nos silenciábamos después de un rato.

Mi enojo por todo este asunto fue ganando proporciones significativas. Recién había empezado y ya quería la menopausia. Tanto odio en mi pecho me hizo pensar en todas las posibilidades de acabar con el asunto. No quería menstruar más y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para conseguir mi objetivo. Hice lo que cualquier adolescente haría...

Llegué a mi casa en un estado de trance absoluto, encontré un cuchillo puntiagudo y afilado y me metí en el baño. Lloraba mucho. Delante del espejo, pequeño y redondo, corté las puntas de mis dedos y repetí, “ven, llévate mi

sangre y te doy mi alma a cambio” por siete veces. Era un ritual de invocación. La gota de sangre corría por mi dedo índice y tan pronto hizo contacto con la superficie del lavamanos, entendí que la invocación había finalizado. Me veía en el espejo, pero sabía que estaba delante de él, aunque viera mi propia imagen en el reflejo.

Mi voz hizo eco en el espacio: ¿Estás segura de que quieres esto? Le señalé que sí y escuché un “está bien”, seguido de una risa burlona que no me hizo sentir miedo, ya que salía de mi propia boca.

Dejé de menstruar. El pacto con Lucifer había funcionado y yo estaba condenada a residir eternamente en el infierno, pero disfrutaría de toda una vida sin menstruar.

El primer mes fue de puro alivio, pues no tenía ninguna fe de que el pacto hubiera surtido efecto. Me sentía tan libre que vivía, irónicamente, como si estuviera en un comercial de toallas higiénicas.

El segundo mes fue más complejo, empecé a digerir la idea de pasar toda la eternidad quemándome en el fuego del infierno y, obviamente, el miedo de morir me poseyó. No podía darme el lujo de fallecer. El cuerpo comenzó a reaccionar al pacto y mi cara se convirtió en un campo minado de espinillas, los pechos super hinchados y la sospecha de que estaba embarazada surgió cuando dejé de pedir toallas a mi madre.

Mamita lidiaría bien con una hija vendida al Demonio, pero con un embarazo en la adolescencia, ¡no!

Al final del tercer mes, ya no dormía. Escuchaba la risa burlona siempre que intentaba descansar. El Capeta estaba disfrutando con mi sufrimiento.

NEGOCIACIÓN

Exhausta, en el mismo espejo en que la vendí, fui a reivindicar mi alma de vuelta. Oré y pedí para que alguien, un adulto, preferentemente,

interviniera a mi favor. Aquella noche soñé que caminaba por un valle oscuro, con lama y muy nebuloso. Perdida, anduve por horas con un cuchillo enterrado en mi cuerpo a la altura del útero. No dolía, pero no lograba quitarlo.

Entonces, me encontré con un lago y el agua era roja como sangre. Allí me incliné y vi a alguien en mi propio reflejo: Jesucristo.

“¿Por qué?” me preguntó.

“No aguanto más...” contesté. “¿Será siempre así?”

Él se rió y dijo que yo aún no había descubierto el misterio pero que, en algún momento, este se revelaría. Sacó el cuchillo de mi guata y susurró “Vete y no peques...”

DEPRESIÓN

Desperté menstuardísima; sangre por todos lados, como si aquel lago rojo hubiera sido transportado a las sábanas blancas de mi cama.

Nunca hice las paces con el asunto; la menstruación me quitó espacio, apretó y sofocó. Significó mucha pérdida y a la vez me deprimí.

ACEPTACIÓN

Conversando con una amiga, sin saber muy bien cómo terminar este texto, le pregunté: ¿hay algo positivo en menstruar? Ella pensó por mucho rato y luego dijo un seco y muy chistoso “nada”. Completó su raciocinio y, sin percibir, dio un lindo discurso sobre la aceptación.

“Sabes... estoy cansada de luchar contra la menstruación. Entonces, estoy aprendiendo a amarme con ella, a gustarme con la menstruación porque será parte de mí durante mucho tiempo... ¡es así! Ya conozco las herramientas que necesito para lidiar con ella y lo hago desde un lugar más empático conmigo misma. No voy a echarme la sangre en la cara, hacer máscaras... o

ponerla en las plantas, no... pero he aprendido a gustarme, aunque esté menstruada... Ya basta de todo el odio direccionado a mi cuerpo que proviene desde afuera, de la historia... Estoy cansada de odiarme; entonces... acepto. Yo me acepto.”

La manera en la que dijo todo eso fue como si revelara un gran misterio.

CAROLINE CRUZ

Brasil

Blog: <https://afrobolada.blog/>



ABANDONAR LA PREPA

ADÁN ECHEVERRÍA

Le llamaría Ripetti para burlarse de aquel hombre que había abusado de ella en la preparatoria. Por cuestiones de idiosincrasia, moral y esas imposiciones que norma la iglesia mexicana desde la Conquista ella no podía acudir al aborto como sus compañeras de escuela lo hacían, ahí con el Dr. Chávez en la colonia Sarmiento. No. Ella era niña de su casa, y como tal tenía que ser bien portada. La continua opresión familiar la acorralaba: Niña, no corras; las niñas no sudan ni andan empujándose; qué juegos son éstos, chamaca, hasta pareces varón. Una señorita tiene que sentarse con las rodillas pegaditas, y cuando uses falda ponte la palma de la mano derecha enfrente, para que nadie pueda mirarte los calzones. “Me hartan los calzones”, decía Rebeca refunfuñando mientras corría a su cuarto, tumbándose en la cama para sollozar a sus anchas, al sentirse vigilada por la madre, la abuela, los hermanos.

Tu padre y tus abuelos han construido este apellido que llevas, con mucho empeño, constancia, y buenas relaciones; no vas a venir tú, ahora, a ensuciarlo con tu mal comportamiento. “Dirán que con mucha poca madre”, murmuraba la chica a solas mientras garabateaba en una libreta que llevaba a la preparatoria, harta de la cantaleta de siempre.

Ripetti; así quiero que se llame.

Pero ése no es nombre de cristianos, chamaca, cómo le vas a poner así.

Pues pueden ponerle Jacobo, Manuel, José, o como se les dé la gana, pero créame madre, yo le llamaré siempre Ripetti; que no le quepa duda.

Era un reacomodo de letras para recordar a aquel maestro que siempre perseguía a las muchachas y que, a pesar de que Rebeca no era una chica fácil, tampoco se había comportado como una santurróna cuando lo tuvo enfrente y a solas.

Empezaban los ochenta, AC/DC andaba de gira presentando las rolas de *Back in black*, habíamos sobrevivido la complicada década de los setenta;

con el mundo llegando a la cúspide de la guerra fría entre el bloque socialista y el capitalismo americano, y poco faltaba de ese año para que John Lennon muriera asesinado. Era octubre, en la preparatoria aquel profesor de filosofía, que pasaba ya de los cincuenta años, comenzó su continua cacería de inicio de curso: “Las muchachas de prepa no piensan”, reía frente a sus compañeros desde aquellos días cuando comenzara a dar clases apenas cumplidos los veinticinco: “Viven en una disyuntiva: para sus padres todavía son niñas, y para sus compañeros comienzan a oler a hembra. Ellas lo saben, y mucho hacen por sentirse atractivas. La libertad del rock que se escucha en las estaciones de radio, el espíritu que camina con la moda, todo aquello de la igualdad sexual que se pregona, las lleva derecho a nuestras camas. Las hacemos brincotear un rato, y luego las mandamos a volar. No falla, gallo; es en serio”.

Pero esta idea recurrente que al principio sonaba divertida, dejó de parecerlo para sus demás compañeros porque, como era lógico, crecieron; se hicieron adultos responsables, profesores de cátedra, padres de familia, y con el paso del tiempo, igual se fueron transformando en padres de chicas que estudiarían la preparatoria. Pero el compañero Milton Repatti no pudo entenderlo.

“¡Hey Repatti!”, le gritaban los compañeros por los corredores de la prepa cada septiembre: “¡Ya miraste a la chavizal!”. Y el profesor Repatti, saludaba cortés, con los ojos persiguiendo siempre algunas pantorrillas, y una sonrisa desencajada metiéndose entre los ojos de las chicas que cada año pasaban por las aulas: “¡Claro que sí, gallo, desde temprano estoy de cacería!”; solía confirmar. Sus compañeros lo dejaban ser, pero aparte, cuando Repatti se ausentaba, entre ellos lo maldecían: Pobre hijo de puta, está casado, con hijas ya casaderas, y sigue en la misma voluntad idea fija. Como su hermano es el mero máster de la Universidad, ni quién lo corra al cabrón. Hay que llevarse bien con él, porque si lo acusas, capaz que eres tú el que se queda sin trabajo.

Poco tuvo que pasar para que el profesor Repatti, coincidiera con Rebeca en aquella escuela. Años después el mismo Roger Bartra hablaría así del 'libre albedrío': "El hombre cree que toma decisiones por sí mismo, y que ésa es su gran libertad; qué equivocados seguimos estando". Y Rebeca no tuvo escapatoria. Odiaba a su madre y a toda su familia, y en la prepa, su segundo hogar, conocería a un profesor de filosofía mayor de cincuenta años, dedicado a perseguir alumnas.

Si te acuestas con él, olvídate de estudiar su materia. Te pone puros dieces. Hasta te ayuda con otros maestros para que te pasen; el viejo está bien parado.

¿Y aquello, también está bien parado?

Jajajaja, pequeño, pero todavía le funciona. ¡Qué importa, tú!; la cosa es aprovechar.

Rebeca escuchaba a sus compañeras con atención, pero precavida; no era santa, claro, pero tampoco una zorra como aquellas; además el viejo pues... era un maldito anciano, que flojera; imaginarlo desnudo le causaba asco. Si se tratara de un maestro joven, de buen aspecto. Pero el tipo apestaba casi a muerto, para qué arriesgarse. Y entonces conoció a Efraín, un compañero de la clase de deportes. Flaco, alto, moreno claro, con el pelo cortísimo, a lo militar, diferente a aquellos greñudos que caminaban por la ciudad presos del ambiente ochentero. El chico era atento, educado. Rebeca no lo pensó mucho, cuando Efraín se acercó para invitarla al centro de la ciudad; para ir a una estación de radio, y aceptó. Un amigo de Efraín, el Ricardo, conocía a un locutor ahí, quien le dejaba poner algunos de sus discos de rock para los radio escuchas. Rebeca lo acompañó varias veces. Dos semanas después de andarse viendo, le permitió dejarla en la puerta de su casa. El chico sabía ser divertido; y ella no quería hacer nada a escondidas de su familia. Su madre lo saludó con tal sequedad, que puso incómodos a todos. Efraín se despidió, con un cálido apretón de manos.

Es la última vez que quiero verte con ese indio, sentenció su madre. Tienes un apellido que cuidar, y cómo te atreves a pasearte con ese mentecato.

¿Qué tiene, cuál es el problema? Es un chico serio y estudia conmigo en la prepa. Tiene buenas califica... Y sintió el golpe en la boca, y la sangre correr por sus labios.

¿No entiendes? ¿Eres estúpida? Tu padre y tus abuelos dirigen muchas empresas. Y la prensa siempre está pendiente de ellos. Y tú, en vez de comprender y cuidar el nombre de tu familia ¿te dedicas a salir con indios? No tienes conciencia de quién es tu padre, tus abuelos, yo misma. Me tienes hasta la madre con tus estupideces. Ya decía yo que era una locura que estudiaras la preparatoria. Debiste entrar a clases de modales, o de cocina, para que aprendieras a comportarte, y te volvieras una buena esposa. Pero esas ideas de tu padre, para quedar bien con “los de abajo”. Escúchalo bien, chamaca, no quiero volver a verte con ese pendejo.

El lunes, al bajarse del carro, y caminar hacia la escuela, estaba decidida. No dejaría a Efraín. Pero terrible fue su sorpresa al ver que el chico le huía. En el segundo horario de descanso pudo encararlo. Lo encontró en las canchas haciendo deporte. Estaba de espaldas.

¿Me estás evitando? ¿Qué te hice?, el chico se dio vuelta y Rebeca constató que tenía un ojo aún morado. Luego de dejarte alguien me dijo que no me volviera a acercar a ti, o me iría peor. No quiero tener problemas; no tengo tu dinero, y necesito terminar la preparatoria. Lo siento. Y se fue casi corriendo, dejándola plantada en las canchas de basquetbol. Caminó cruzada de brazos hacia su salón. Al entrar, solo estaba el profesor Repatti.

¿Qué haces acá? Todos se han marchado. Hay una protesta por el arresto de tres estudiantes, en una redada que hicieron los policías en El Chac Mol. ¿No te enteraste? Algunos maestros que conocen a los estudiantes, organizaron la marcha, y se dirigen hacia el Ayuntamiento a exigir su liberación. Se va a poner... Pero Rebeca no podía escucharlo. No acertaba a

pensar con claridad.

¿Qué te pasa, pequeña? Y la chica comenzó a llorar amargamente.

Repatti supo que era su momento. “Las chicas cuando andan tristes, son mucho más fáciles. Un poco de ternura y terminan entregándose”, era uno de sus postulados. Se acercó a ella; y para que se calmara comenzó a acariciarle los cabellos, consolándola. Le ofreció su pañuelo. Le pidió que le dejara comprarle un refresco, para que se sintiera más tranquila y pudiera contarle todo. Vamos, mi carro está en el estacionamiento.

Rebeca no sabe exactamente cómo pasaron las cosas; las casas cruzaban ante sus ojos al avanzar en el vehículo, pero se sentía desorientada. Sus ideas iban del rostro de Efraín a las palabras de su madre. Recuerda la charla, el refresco, que el profesor la escuchaba, pero no supo cuándo aceptó ir a su casa, que se encontraba cerca de la salida a... Lo que sí sabe, es que terminó consintiendo al sexo. Nadie la obligó y no se sintió forzada. Las palabras de sus compañeras, el golpe de su madre y sus gritos, el ojo morado de Efraín, el calor mismo en la ciudad, la fueron conduciendo de la mano a esa situación; pero fue ella, sin la ayuda del profesor, quién se quitó la ropa, y abrió las piernas: No soy una chamaca como todos creen. Decidió permitir que las cosas pasaran. Y el profesor se había mostrado gentil.

Luego de esa tarde la relación entre Rebeca y el profesor Repatti se volvió más estrecha. Rebeca comenzó a desinhibirse, su lenguaje vocal y corporal se hizo diferente. Su propia madre lo notó, y entre sorprendida y temerosa de aquel cambio, decidió dejar de retarla, para ver por dónde iba la muchacha. Hasta que se dio cuenta que estaba embarazada.

Ripetti se va a llamar, y al que no le guste, puede irse al cuerno.

¿Quién es Ripetti? preguntó el padre de Rebeca, cuando al fin estuvo a solas con su esposa; eran un matrimonio que ya no solían compartir intimidad más que en sesiones programadas y puestas en agenda con tiempo. “No tengo la menor idea”, contestó la esposa, que gateaba desnuda sobre la cama.

El profesor Repatti también notó aquellos cambios en la conducta de Rebeca. Primero la observó dejar de consumir refrescos, ahora pedía los mismos preparados de alcohol que él, si la llevaba a un restaurante; y no solo uno, varios; le gustaba mucho fumar; y en la cama, sabía manejarse con mayor soltura. Cuando el embarazo comenzó a notarse, las murmuraciones vinieron acompañadas del crecimiento abdominal de la muchacha. El director terminó llamando a sus padres, y citando al profesor Repatti a la dirección; la comidilla en los corredores era inaguantable. Rebeca solo sonreía mientras veía el rubor, en el acalorado rostro de su madre. Tuvieron que llamar también al máster de másters de la universidad, el hermano del profesor, porque aquello se había salido de las manos; y los gritos y amenazas de los padres de la chica de dieciséis años rebotaban por todas las paredes de la escuela. Reclamaban su despido. La esposa del profesor interpuso una demanda de divorcio. Repatti estuvo a poco de ir a la cárcel acusado de estupro. Pero no lo golpearon como a Efraín, porque el padre de Rebeca, sabía la clase de persona que era el hermano del violador de su hija. Para aquel papá la chica no existía y con sus dieciséis años aceptó por su propia voluntad casarse con un viejo de cincuenta y seis. Absurdo: “Las chicas de preparatoria no piensan”, había gritado montado en cólera sobre el rostro del director, lo que ocasionó que toda la planta de profesores de la preparatoria, estallaran en risas: Lo mismo decía Repatti.

Rebeca había consumado su venganza. Pensó que todo terminaría en un aborto con el Dr. Chávez, como hacían sus amigas, pero su familia se opuso. La encerraron en su cuarto, ayudaron al profesor Repatti a conseguir su divorcio; y tras el nacimiento del pequeño Ripetti, la casarían con aquel hombre que parecía su abuelo.

Pero no ocurrió. El profesor Repatti fue encontrado asesinado en El Chac Mol, a donde había ido a festejar su anhelado divorcio. Se quiso poner exquisito con las chicas del lugar, y ya entrado de copas se llevó a una de ellas a

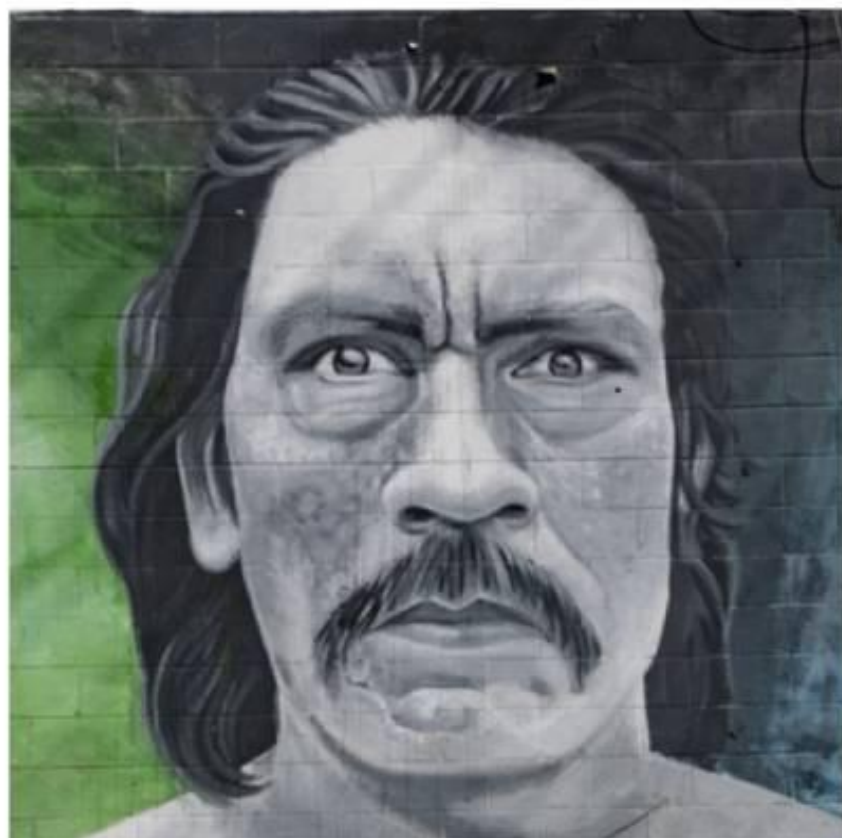
los cuartos del hotel que tenía anexo aquel lugar. Al darse cuenta que no era una chica, sino un hombre travestido, Repatti se hizo el indignado. Pero el joven exigía la paga, porque el acto había sido consumado: No reclamaste cuando me la metiste, ¿verdad?

Pensé que era tu gusto, no que no tenías entrada frontal. Fueron las últimas palabras del profesor. El chico le azotó la cabeza contra el suelo, tantas veces, que terminó asesinándolo.

Al saberse libre de aquel casamiento estúpido, que la llevaría al manicomio con el paso de los años, Rebeca pudo sonreír gustosa. Era todavía 1981, se había librado del profesor, del matrimonio, y de que sus padres la trataran como niña: ahora podía encararlos. Podía incluso abandonar la preparatoria, si lo deseaba, para hacerse cargo de su hijo. Era una mujer adulta, madre soltera, con toda la vida por delante. Además había sido convertida en víctima de las circunstancias, la fecha de la boda ya había sido fijada y anunciada por la prensa; y ninguno de los fatales acontecimientos eran culpa suya.

Ripetti se llamará, dijo complacida.

ADÁN ECHEVERRÍA
México



**DOS GOTAS
DE AGUA
IDÉNTICAMENTE
FEAS**

MARCELO MEDONE

Estaba anocheciendo en el Bajo porteño y me puse en la cola del cajero automático. Hacía frío y éramos pocos esperando para sacar plata. El tipo de adelante era un gigante, no tanto porque fuera especialmente alto, sino por lo macizo. Tendría unos setenta años largos y era decididamente feo, con una cara surcada por cicatrices de viruela, con un bigote tipo mafioso mexicano. Me quedé mirándolo. El tipo se dio cuenta, me miró y sonrió, nervioso. No pude más con la curiosidad y me le acerqué.

—¿No le dijeron que es parecido a un actor de Hollywood?

El gigante no me dio bolilla.

—El de “Machete” —insistí—. Que también trabajó en “Breaking Bad”: el mafioso al que le cortan la cabeza y se la pegan al caparazón de una tortuga transformada en una bomba ambulante...

—Sí, lo conozco muy bien —me respondió, con un acento raro, entre yanqui y mexicano.

Lo observé con más cuidado y confirmé mi sospecha.

—En serio, ¿no será...?

El tipo esbozó una sonrisa.

—¡Lo sabía! ¡Es Danny Trejo!

Ahora sonreía abiertamente.

—¡Era cierto que estaba en la Argentina! ¡Vino a filmar una película: lo vi en las noticias! —exclamé, entusiasmado.

Entonces, se desocupó el cajero. Danny “Machete” Trejo se adelantó, pero apenas estuvo un minuto en la terminal. Puteó por lo bajo y se retiró sin sacar dinero. Amagó irse y lo retuve.

—Esperame un minuto, por favor —le dije, tuteándolo desvergonzadamente.

Extrañamente, el tipo me hizo caso.

Me esperó a que sacara mi plata. Me guardé los billetes y lo miré,

contento.

—Míster Danny Trejo —le dije, tratando de no sonar muy ridículo— lo invito a tomar algo y a que conozca un poco de Buenos Aires.

—¿Y cómo te llamas tú? —me preguntó, levantando las cejas.

—Juan Carlos, para servirlo. En la avenida hay un par de lugares... —comencé a decir.

—Conozco un sitio muy chido, acá cerca —me dijo, guiñándome un ojo.

Lo seguí por las calles del Bajo. Entramos a un cabaret de mala muerte, de los pocos que quedaban en la zona. No era un lugar como para llevar a turistas. Machete se saludó a los abrazos con el gorila de la entrada y nos dejaron entrar sin más. Evidentemente, ya había hecho el reconocimiento de terreno: estos actores no pierden su tiempo.

Había muy pocos clientes: me dije que todavía era temprano. Seguro que más tarde se ponía movido. Nos sentamos en una mesa cerca del escenario.

Vino una camarera, una muchacha bajita, en shorcitos y corpiño. Nos dio la bienvenida con una falsa sonrisa.

—¿Tequila? —le pregunté a mi amigo, quien asintió con la cabeza.

Mientras esperábamos los tragos, observé el lugar. No era elegante, pero tenía un encanto marginal. Las paredes estaban tapizadas de fotos de películas de acción y clase B de Hollywood, la mayoría, viejas. De fondo, sonaba música tropical.

Danny Trejo se me arrimó, como para contarme una confidencia.

—No digas nada. Lo de la película aquí en Buenos Aires fue una excusa para escaparme de Los Ángeles. Me voy a quedar a vivir acá. Resulta que Robert me prestó plata y no se la devolví. Y en México también dejé asuntos pendientes.

Seguía hablando con su acento chicano. Pero se veía que había

aprendido bien el porteño.

—¿Robert? —le pregunté, extrañado.

—Robert Rodríguez. Mi primo. El director amigo de Quentin. Nos conocimos filmando “Desperado”, con Banderas y Salma Hayek. No sabíamos que éramos parientes hasta ese momento. Después con Salma filmamos de nuevo con él y con Quentin “From Dusk Until Dawn”. ¿Cómo es que le dicen aquí?

—“Del crepúsculo al amanecer”. Me la vi cien veces.

—Eso. Después vino “Machete”.

Se paró e hizo un gesto de sacar el machete de su espalda y decapitar a diez adversarios, justo cuando regresaba la camarera con los tragos. Era tan petisa que el mandoble imaginario le pasó por encima de la cabeza.

Nos mandamos un tequila tras otro. Las reglas estaban claras: Machete no tenía un peso, yo invitaba. Típico de alguien que está en el exterior y no acostumbra a tener dólares encima.

Después de la cuarta vuelta, le hice señas de que necesitaba ir al baño. En el pasillo, me topé con pósters de las películas “Rambo”, “Terminator”, “Rápidos y Furiosos”. En la entrada de los baños, estaba un afiche gigante de “Machete”, con mi amigo Trejo en primer plano, blandiendo su famosa arma como si fuera Uma Thurman con su espada samurái en “Kill Bill”. Junto a él, estaba la bomba latina Michelle Rodríguez, con un parche en el ojo y armada hasta los dientes con pistolas y ametralladoras.

Mientras estaba mirando las fotos, se me acercó Danny.

—Linda hembra, la Michelle. Muy caliente. Very hot.

—¿Vos y ella... ? —le pregunté, haciéndole el gesto universal con los dedos de un falo penetrando una argolla.

—Sí. Ella estaba curiosa de mis cualidades y yo de las suyas. Pero Salma era otra cosa.

—¡No! ¿Con Salma Hayek también?

—Of course, my friend. Si me invitas a otro trago te cuento todo.

En el camino de regreso a la mesa, se paró frente a un poster de “Del crepúsculo al amanecer”.

—¡Esa es la movie! —exclamó, excitado.

Estaba junto a George Clooney, Quentin Tarantino y Salma. Se quedó mirando el afiche un momento, me miró socarronamente y me palmeó la espalda.

—Vamos a tomar más tequila, mi amigou.

Nos sentamos de nuevo. Después de pedirle más tragos a la petisa, Danny sacó una bolsita y arrojó un polvito blanco dentro de nuestros vasos.

—Para levantar vuelo —me dijo, sonriendo.

La verdad, volé como si fuera un cohete, hasta la estratósfera. Aquello me pegó duro. O capaz que eran los diez tequilas que ya me había tomado.

Empezó a caer gente al tugurio: mucho hombre solo y algunas parejitas.

Una chica gordita dudosamente femenina se puso a bailar arriba de una mesa, improvisando un strip-tease al compás del tema de la película “Nueve semanas y media” en la voz de Joe Cocker. Empezaron a sucederse los temas cabareteros, incluido “La bifurcada” de Memphis la Blusera. Mientras oía a Adrián Otero que me susurraba al oído “si te llevás la cama, chuchi, dejame el colchón” lo vi acercarse a un personaje robusto, calvo, que traía una botella de whisky colgando de una mano. Sin decir nada, se sentó a nuestra mesa, chocó los cinco con Danny, eructó y me dijo:

—Luca, de Hurlingham. Músico y borracho.

No lo podía creer. Lo miré a Danny, que levantó en alto su vaso de tequila y se lo tomó de un trago.

—¿Está Luca Prodan realmente en nuestra mesa? —le pregunté.

—El polvito que traje es mágico. Este es uno de sus efectos milagrosos.

Luca se puso a tomar whisky del pico y a reírse con Danny, haciendo chistes en un inglés que no pude reconocer. Nos dimos otro saque con aquel polvo mágico. Al rato estábamos los tres cantando canciones de Sumo: “Hombre sentado ahí, con su botella de Resero, los bares tristes y vacíos ya, por la clausura del Abasto...”.

Le seguimos dando al trago. Agregué una picadita de queso y fiambres, que se acabó en seguida. La petisa nos trajo palitos y maníes de regalo. Un viejo truco para que siguiéramos tomando, cosa que hicimos.

Danny fue hasta donde estaba el operador de sonido y regresó sonriendo. Poco después pusieron el tema “Cucarachas enojadas” de Tito & Tarántula —el gran tema de “Del crepúsculo al amanecer”— y Danny se transformó. Por suerte, no en un zombi o un vampiro como en la película. Era un monstruo más real, feo como él solo, drogado y en pedo. Se puso a bailar frenéticamente, totalmente alucinado, mientras Tito cantaba a los gritos “¡Cucarachas enojadas, fumando marihuana!”.

Entonces, pasó cerca de nuestra mesa una chica con minifalda y Danny le manoteó el culo. La chica pegó un grito y el hombre que venía con ella lo increpó. Sin decir agua va, Machete le pegó una piña que lo noqueó.

Se armó una gresca fenomenal. La gordita stripper salió corriendo, gritando.

Danny empezó a repartir trompadas y a gritar en una mezcla borracha de inglés con porteño. Yo no me quedé atrás y gritaba: “¡Tarantino, Tarantino!” mientras pateaba lo que se me ponía adelante. Alguien me acertó con una silla en la cara y me rompió la nariz.

Aparecieron dos patovicas que intentaron sujetarlo a Machete, pero era imposible. Si tranquilo ya era una bestia, sacado como estaba era una misión imposible.

Cuando llegó la Policía, Danny Trejo estaba tirado en el piso, durmiendo la mona. Yo me sujetaba la nariz y trataba de que no sangrara más

con unas servilletas de papel.

A Danny lo esposaron, lo levantaron entre cuatro y lo metieron al patrullero. Yo no opuse resistencia. Luca Prodan desapareció tan milagrosamente como había llegado.

En el camino, mi nuevo amigo se despertó, me miró y se entró a reír.

—Estuvo divertido, ¿no?

Atiné a reírme, también.

—Casi como en una película de Robert Rodríguez —agregó.

Cuando llegamos a la comisaría, nos sacaron las esposas y nos sentaron en un banco contra una pared. Me refregué las muñecas doloridas.

Un oficial se acercó y me preguntó:

—¿Nombre, documento?

Busqué en mi billetera y se lo alcancé.

—Juan Carlos Orsini —leyó el oficial, en voz alta.

Me pregunté si Danny Trejo tendría su pasaporte encima. El oficial tomó su documento y leyó:

—César Augusto Bogado.

Lo miré sorprendido a “Machete”. Que agachó la cabeza, sin mirarme.

Más tarde, en la celda, se me acercó, compungido.

—Sí, ya sé, te mentí —me respondió en un perfecto porteño—. Soy de Buenos Aires, de Caballito. Nunca fui actor de Hollywood. A veces me confunden con Danny Trejo y les sigo la corriente. En un casting lo conocí a Pancho, que hace de doble de Luca Prodan. Ayer, cuando fui al rodaje de la película, me dijeron que el puesto ya estaba ocupado. Pero igual valió la pena acercarme hasta allí. Algo conseguí.

Entonces sacó de un bolsillo una foto en la que estaba abrazado al verdadero Danny Trejo. Dos gotas de agua idénticamente feas.

MARCELO MEDONE

Argentina

Facebook: [Marcelo Medone](#)

Instagram: [@marcelomedone](#)



NATALIA

RENATE MÖRDER

Para muchos el pasado es en blanco y negro, pero a Natalia solo puedo rememorarla en colores: el pelo marrón, los ojos color miel, el jean azul gastado, la remerita blanca. La veo bañada por el sol, en la Avenida Roca, bajando del 237 y cruzando la calle con sus Topper rojas con rumbo a la Ravencroft, a abrazarme. Recuerdo su calidez y el olor de la plaza mezclado con su perfume y entonces dejo de sentir este frío que me cala los huesos, esta artritis que día a día va deteriorando las manos que alguna vez acariciaron su espalda.

Me gustaba mucho, me encantaba oler su cuello suave, refregarme contra su cara, toquetearla. La sentaba en el pasto y empezaba a besarla, de a poquito la iba empujando hasta cubrirla con mi cuerpo y no paraba de besuquearla hasta que pasaba alguien o desde un auto nos gritaban algo. Ella se ruborizaba y se incorporaba con rapidez, se acomodaba la ropa y se peinaba con esas manitos chiquitas de dedos largos que tanto me gustaba comparar con mis manazas. Después, nos despegábamos mutuamente los pastos pegados en los pantalones y nos íbamos a tomar un helado enfrente del cine. Yo nunca tenía plata para comprar dos cucuruchos, así que le compraba uno a ella y para mí compraba el vasito más barato. “A mí el helado me resulta empalagoso”, le mentía convincente. Era una fiesta verla comer helado, siempre elegía un sabor diferente, cuanto más raro su nombre mejor, nunca preguntaba qué era la crema del cielo o el torroncino, porque prefería la sorpresa, el riesgo. “¿No querés saber qué tiene? ¿Y si no te gusta?”, le preguntaba. “¿Y si me gusta?” me contestaba sonriendo. Comía el helado relamiéndose, se ensuciaba como una nena y yo la limpiaba a los besos, era tan linda, tan perfecta y era mía, toda mía.

Nunca sentí tanta alegría como en aquella época, me dormía pensando en ella y me despertaba pensando en ella. Iba con mi viejo a hacer las changas al club con una sonrisa idiota en la cara, rememorando cada cosa que hablábamos en nuestras salidas, riéndome de los chistes de humor negro que

tanto nos gustaban. Todo en ella me estimulaba, me parecía sorprendente, original y encima me calentaba, mucho me calentaba. Estaba orgulloso, le sacaba fotos con una Polaroid que le había robado a un descuidado en el vestuario del Club y se las mostraba a todo el mundo: “Esta es mi novia” decía. “¿Sí? ¡No digas!” me contestaban burlones, y si bien a mi me daba un poco de bronca que pensarán que yo era poca cosa para ella, yo estaba tranquilo, por algo Natalia me había elegido.

Recuerdo la primera vez que la vi: yo estaba cortando el pasto de alrededor de la cancha de básquet y Natalia pasaba a cada rato moviendo el culito, sonriendo. Yo, acostumbrado a las chetitas del club que me histeriqueaban y después me cortaban la cara, trataba de ignorarla. Terminé mi laburo y me fui a lavar las manos al vestuario. Al salir la vi sentada, leyendo en uno de los bancos del sendero que daba a las canchas de tenis, estaba en posición de yoga, el pelo en una trenza que casi le llegaba a la cintura, sus piernas largas apenas cubiertas con pantalones desflecados, sus lindas tetas debajo de una camisa azul a cuadros. Miré alrededor, no había un alma, todos estaban en la pileta, por eso me animé a acercarme:

—¿Qué lees?

—Una novela.

Me gustó su voz y su cara, que de cerca era mucho más linda. Me di cuenta que la miraba embobado y a duras penas logré preguntar:

—¿Y cómo se llama?

—Rayuela.

—¿Cómo el juego? —le dije como para comentar algo.

—Sí, como el juego. ¿Ya terminaste de trabajar?

—Sí —le contesté confuso.

—¿Vamos a dar una vuelta?

Me sorprendí y no supe que contestar. Pero Natalia ya se había puesto de pie y me arrastraba hacia la salida del club. Ella me buscó y me encontró

para siempre.

Nati parecía estar más allá de todo, no le importaba si yo tenía dinero o no, ni viajar en tren sin boleto, ni tomarse una coca en un kiosco, ni pasarse horas sentada en una plaza, pero igual yo vivía con miedo, “¿Cuánto tiempo más llevará?”, cantaba triste con la certeza de que se iba a cansar, de que aquello no iba a durar más que un verano. Pero el verano se fue y Nati empezó su quinto año del secundario y seguimos juntos y un día de julio, con la misma naturalidad con la que me decía “Hoy traje unos pesos vayamos a comer una pizza” me dijo: “Mi abuela me regalo plata, vayamos a un lugar tranquilo, quiero hacerlo”. Nunca, pero nunca me voy a olvidar de la primera vez que estuvimos juntos, de la gloria de estar dentro suyo. Esa noche, cuando volvía a casa exhausto, lloré de alegría y fue como si todas las murallas que me había levantado a lo largo de mi vida para repeler desprecios se desmoronaran como castillos de arena. Por primera vez me atreví a soñar con cosas mejores que las que el destino me había deparado. Comencé a imaginar una vida con Natalia, a desear hijos con su cara, a fantasear con estudiar, con progresar, con romper el techo que me imponía la pobreza.

Corría la segunda semana de diciembre, habíamos sobrevivido a su viaje de egresados, a los exámenes y al frío. “Vamos por más”, me dije mirando el almanaque de 1984, esa tarde le iba a regalar un anillo por su graduación, algo de plata, barato pero comprado, no tenía cara para darle cosas robadas a mi reina. La esperé en la parada del colectivo con el paquetito en la mano, los 237 pasaban pero Nati no llegaba. Me empecé a desesperar no tenía dónde llamarla, ni siquiera sabía exactamente su dirección. Yo le había pedido el teléfono un par de veces y ella siempre me contestaba lo mismo: “Mejor no, no podemos arriesgarnos a que se enteren mis viejos”. Pasaron casi dos horas, en las que yo me había convencido de que había tenido un accidente, incluso pensé en tomarme el 237 en la dirección en que Nati solía tomarlo, pero no sabía dónde ir. Con el corazón en la boca fui hasta un teléfono público y la

busqué en la guía, marqué su número y pregunté por ella pero, después de una pausa que me pareció eterna, me dijeron que ahí no vivía ninguna Natalia. Desolado, volví a casa, intenté tranquilizarme pensando en que ella sí sabía dónde hallarme. Que seguro se había engripado y cuando estuviera bien me iba a venir a buscar. Pasó una semana y llegó la navidad y luego el año nuevo y nunca me buscó. Yo no me resignaba, pregunté por ella en la administración del club, en el colegio al que asistía, pero solo logré respuestas negativas y miradas de sospecha.

Empecé a pensar que tal vez estaba muerta, que quizás la había pisado un auto, porque Nati siempre cruzaba la calle corriendo y distraída. Para fines de enero, el barco de mis sueños se hundía lentamente como el Titanic. “No llores más ¿Qué, te quedaste viudo, boludo?”. “Esa mina no era para vos, te cagó”, me decían mis amigos. Pero yo no podía creerlo y todavía hoy, después de treinta años me pregunto qué fue lo que pasó, por qué no fuimos, por qué no quiso pasar la vida conmigo.

Casi tres años después, cuando ya me había resignado a perderla la encontré. Un vecino lo llamó a mi viejo para una changa. “Es un casamiento en una casaquinta en Castelar, nos contratan para hacer el asado, pagan bien”. Mi viejo, como siempre, me arrastró con él.

Me pasé toda la mañana acarreando leña, y achuras hasta el quincho. Hacía calor y el vecino se había “robado” de la cocina unas botellas de vino. Estábamos los tres medio borrachos cuando llegó el coche con el moño gigante en el techo.

Los invitados se acercaron con alegría: “¡Vivan los novios!”, gritó un viejo con pinta de estirado y todos empezaron a vivir. Por curiosidad me arrimé y me quedé mirando al rubio insulso vestido de pingüino que bajaba del auto, después la vi a ella, me costó reconocerla con el pelo castaño cubierto de flores, con ese vestido recargado de encajes y tules. El rubio insulso la tomó de la mano y alguien gritó: ¡Natalia, estás hermosa! Yo moví la cabeza hacia un

lado y hacia el otro, como quien mira un cuadro que está torcido, algo estaba mal. Era. No era. No es. Es, pero no es mi Natalia.

Sin pensarlo demasiado, le enterré una cuchilla en el corazón. Fue con premeditación según dijeron los peritos porque volví al quincho y busqué la cuchilla y esperé a que entrara al salón. Pero, a pesar de lo que dice la sentencia, no la maté, yo simplemente elegí preservar a la mujer que alguna vez había conocido. Preservé a mi ser amado, a mi Natalia de pelo marrón, ojos color miel, jean azul gastado y remerita blanca. Mi Natalia bañada de sol, que baja del 237, cruza la Avenida Roca y corre a abrazarme por toda la eternidad.

RENATE MÖRDER

Argentina

Twitter: [@renatemorder](https://twitter.com/renatemorder)



LA HABITACIÓN

BALTASAR BOTAVARA

Esa mañana la señora se despertó sobresaltada, y lo primero que hizo fue sacudir fisiológicamente la campanilla del servicio.

—¿Qué ordena?, mi señora —dijo al instante la criada.

—Vamos a subir unas cosas de la sala allá a la habitación que está desocupada.

—Como ordene.

Entonces bajaron a la sala y la señora le señaló a la criada cinco cuadros, cuatro juegos de vajilla de mármol, cinco tapetes de lana de cordero escocés, mil libros debidamente empolvados y quinientas cuarenta y cinco fotos de momentos ya olvidados, y todo lo subió la criada al cuarto que estaba vacío. Volvieron a la sala, la criada y la señora; mientras la primera intentaba recuperar el aliento, en la cara de la segunda seguía impresa una sincera mueca de desagrado:

—No sé. Aún hay mucho a la vista. Vamos a tener que subir otras cosas de la sala —dijo la señora.

La criada entonces subió el juego de sala victoriana, el reloj cucú, el otro reloj de péndulo, el reloj de arena, los espejos, el bife, la mesa de té. En la sala solo quedaban los papeles de colgadura, el polvo que dormía debajo de los tapetes y la señora, que vio cómo la criada subió todo lo que le ordenó subir y luego bajó más fatigosa.

—¿Cómo nos están quedando las cosas allá arriba?

—Bien, mi señora, ahí cupieron. Todavía hay espacio.

—¿Cuánto?

—¡Uy!

—Mejor voy y miro. Venga conmigo.

Y la tomó del brazo derecho y subieron de nuevo. Cuando llegaron a la habitación, la señora abrió la puerta.

—Esto es más grande de lo que recordaba. Todo lo que trajimos y todavía se ve vacío. Vamos a subir más cosas.

Y la criada subió el comedor y la cocina.

—Sigo sintiendo mucha ausencia en esta habitación —dijo la dama—. ... Vamos a traer el estudio del señor.

Y así, la criada, bajo el dedo inclemente de la señora, mudó el estudio del señor, la hemeroteca, la sala de fumadores, la sala de lectura, la sala de oración, la sala de cine, las otras habitaciones, las joyas, los baños, los clósets, los trastos, las puertas, las ventanas, las escaleras, las luces, los cables, las paredes, las tejas, el suelo y el subsuelo, el polvo, los fantasmas, los orgullos, los prejuicios, los apellidos; casi todo lo que hasta hacía unas horas había sido el hogar de la señora ahora estaba guardado en esa habitación.

—Todavía hay espacio. Tome —le extendió unas llaves a la criada—: traiga lo que queda en el garaje. No se demore.

Y la criada llevó los automóviles, las camionetas, los cuatrimotos y las bicicletas y los acomodó en la habitación.

Había más adentro que afuera de la habitación, pero la mueca seguía pintada en la cara de la señora, quien luego llamó a su marido, el señor:

—¿Ya vienes para acá?

—Sí.

—Ah, bueno. Necesito que traigas las fincas, los baldíos y los otros apartamentos; las reses y las palmas aceiteras; el velero y los yates; los periódicos, las emisoras y las cadenas de televisión; las iglesias y los bancos; los bonos, los dividendos, los paraísos fiscales, los fondos buitre y las agencias calificadoras de riesgo; los expresidentes y los partidos políticos; los jueces y los generales; los congresistas, también los ministros; las reinas, los altos consejeros, los literatos de estómago; la academia hambrienta de fondos y toda esa tecnocracia inútil y reptante que no hemos sabido cómo usar

correctamente.

—¿Para qué?

—Aquí te explico.

Cuando llegó el señor, la señora le dijo a la criada:

—Suba lo que trajo el señor y luego acomode todo junto a las otras cosas. ¡Con cuidado!, que son frágiles.

La criada cumplió la orden y metió todo eso en la habitación.

—Póngale sábanas a todo, que no se vea —dijo la señora.

—Como ordene, mi señora.

Sin más luz que la que derramaba la luna, y bajo el dintel de la puerta de la habitación, que aún se veía muy grande para dos personas y sus muchas pertenencias, el señor le dijo a la señora con voz queda:

—¿Por qué estamos escondiendo lo que es nuestro?

—Esta mañana tuve una pesadilla horrible, José Félix: soñé que el sol salía por el poniente.

El señor golpeó con el anular derecho la puerta, y la madera sonó tres veces.

—Dios nos libre —dijo él, mientras la criada seguía poniendo sábanas.

BALTASAR BOTAVARA
Colombia



CARNE FRESCA

NINETTE S. ARAVENA

Los dragones reptaban libremente por el pasillo. Uno de ellos se encaramó en un estante de mercaderías pisoteando bolsas de azúcar para impulsarse más hacia arriba. Sari, la vendedora, estaba horrorizada, no sabía qué hacer. Le habían dicho que lo mejor era quedarse quieta ya que los komodo tienen muy mala vista, y sencillamente no la verían. Así sucedió. Se quedó petrificada como una columna griega, viendo como los dragones arrasaron su tienda durante casi media hora para luego abandonar el lugar, decepcionados por no haber hallado ningún tipo de carne. Un minuto después de que el último de ellos salió, la mujer corrió desesperada hacia la puerta, giró dos veces el pestillo, y por fin pudo gritar.

Sari llamó al encargado municipal para presentar su reclamo:

—¡Esto no es lo que habíamos acordado! Dile al alcalde que estoy muy enojada ¡no voy a soportar de nuevo a estos malditos monstruos que me destrozan todo! —colgó el teléfono con furia.

Del otro lado de la línea se encontraba el encargado municipal, quien se dirigió a la oficina del alcalde. “Señor, este es el octavo reclamo que me llega. Ya no me quedan excusas. Hay mucha gente enojada”.

—Mira, la gente reclama por todo... Que los servicios básicos, que la calle agrietada, que un dragón me desordenó la tienda. Si le diera importancia a todos los reclamos, no tendría tiempo para ejercer mi labor de alcalde. Olvídate de eso. Ahora tenemos cosas más importantes de qué preocuparnos.

—Pero, señor, lo de los dragones...

—¡Olvídate de eso!

Ante la evidente molestia del alcalde, el funcionario prefirió no insistir.

Una cálida y agradable brisa soplaba en la isla. El idílico paisaje y los llamativos dragones de komodo eran, sin duda, las cosas que más atraían a los turistas. Lástima que la temporada de verano había acabado hace una semana atrás. Los viajeros se iban y la actividad comercial decrecía bastante,

transformando a Buayadarat en una mera isla residencial, que si no fuera por los locales daría la impresión de un pueblo fantasma.

Poco antes del comienzo del actual verano, surgió un alarmante problema que apenas se pudo contener en la temporada de vacaciones. Muchos de los animales que poblaban la isla aparecían muertos, en cantidades considerables. Por el estado de los cadáveres no se podía concluir con total seguridad que la causa de muerte fuera X o Z. Algunos tenían mutilaciones irregulares en distintas áreas, ¿trabajo de aves carroñeras, quizás? Al principio se sospechó de muerte por intoxicación, pero no se tenían datos suficientes para resolver el misterio. Búfalos, cerdos, ciervos, animales grandes en general, excepto dragones de Komodo. De hecho, últimamente se veían más a menudo y en mayor número. La gente tenía que ahuyentarlos del pueblo, aunque no se atrevían a acercarse demasiado. Ya conocían los peligros de su saliva venenosa y todo lo que ello implicaba. Los más pudientes compraron armas de fuego; los más pobres se armaron con palos. De alguna forma habían logrado mantener el asunto en secreto.

Cierto día, Haji fue al cementerio a visitar a su madre recientemente fallecida. Cuando se acercaba a la sepultura, retrocedió espantado al ver a un grupo de dragones desenterrando cadáveres de varias tumbas; entre ellas, la de su madre, de quien quedaba solo la cabeza y las extremidades. El olor a putrefacción los atraía como hormigas al azúcar. Es sabido que el hambre es una tortura si no se puede o no hay qué comer... Benditos animales que no tienen conciencia de sus actos impuros, recurrirían a cualquier alimento que pudiera saciarlos, y nadie podría culparlos.

—¡En el concejo anterior se acordó que no sería ninguno de nosotros!
—Levantó la voz Anwar.

—Yo no estoy dispuesto a ceder a nadie de mi familia, ni a mí mismo
—dijo otro.

—Bueno, y si no llega nadie en temporada baja, ¿Por qué no Mulyani?

Ese viejo borracho a nadie le hará falta.

—¡Y por qué simplemente no los matamos!

—¡Señores, cálmense! —interrumpió el alcalde, y siguió hablando—
¿No creen que es momento de dejar de lado el egoísmo y velar por el bien común de la isla?

La multitud estalló en gritos y quejas. Iskandar lanzó una silla al estrado del concejo ciudadano, la señora Sumiati —que era parte del público asistente— la esquivó justo a tiempo. “Si eligiéramos a su hija, no estaría tan contento ¿verdad?”, se escuchó una voz femenina entre tanto barullo. “¡Suficiente!, será mejor que nos retiremos hasta que las cosas estén más calmadas”, manifestó enojado el edil.

La gente seguía reclamando en un torbellino de palabras inentendibles. Los miembros del concejo municipal se pararon de sus asientos, dispuestos a marcharse en vista de lo poco que podían hacer. “Sí, eso, ¡Váyanse! ¡No sirven para nada!”, destacó una furiosa voz masculina. En medio de la confusión, se escuchó un ruido seco y armónico proveniente del pasillo principal del edificio. A lo lejos se alcanzaba a divisar a un dragón de Komodo reptando ágilmente en dirección al sector de los asistentes. “¡No! ¡Un dragón! ¿Cómo...?”. Todos gritaban, y en la huida se pisoteaban unos a otros. Una anciana quedó tirada entre las sillas desordenadas, nadie la ayudó. El varano, a punto de abalanzarse sobre ella, de repente quedó inmóvil y luego se desplomó. Uno de los guardias civiles le había disparado un dardo tranquilizador. Este último corrió para socorrer a la anciana, y posteriormente encerró al reptil en la sala en la que minutos antes habían estado reunidos.

La kafkiana situación fue minando la escasa confianza que los isleños tenían en el municipio. Esperaban que el alcalde se disculpara, mas el gesto nunca llegó. El hombre salió con prisa, evasivo y desinteresado.

—¡Paciencia! Estoy seguro de que pronto vendrá alguien y olvidaremos todo este mal rato.

—¡Ojalá así sea! ¡Ya estamos hartos de vivir con miedo, y ahora usted pretende intimidarnos con ese maldito animal...!

La autoridad no le dio mayor importancia y se retiró raudo de aquel sitio.

En la tibia oscuridad, a través de la vegetación serpenteante, reptaban varios dragones acarreando trozos humanos en descomposición. Un dragón solitario se había desviado del grupo, llevaba un cuerpecito entre las mandíbulas. Su saliva chorreaba en un hilo viscoso por un lado del hocico. Un débil llanto fue apagándose progresivamente hasta quedar en silencio. No fue la primera ni tampoco la última víctima de los dragones. El horrendo espectáculo se había prolongado demasiado tiempo ya. Se conocía a los asesinos y, sin embargo, no había mucho que pudieran hacer al respecto. La férrea defensa que el alcalde hacía de aquellos inmundos reptiles exasperaba hasta al más pacífico de los lugareños. Por otra parte, surgía la incertidumbre de si Buayadarat seguiría siendo una isla rentable aun cuando matasen a escopetazos a todos y cada uno de los varanos.

Un lunes, temprano por la mañana, Iskandar entró corriendo al municipio y exigió ver al alcalde. Se veía muy emocionado, casi sonriente.

—El alcalde le dará unos minutos. Debe asistir a una reunión—Le dijo la secretaria, sin despegar la vista de la pantalla del computador.

Iskandar empujó la puerta, y se quedó en el umbral recuperando el aliento.— ¿Qué quieres, Iskandar? Ya sabes que estoy ocupado.

—¡Agendó un grupo de chinos!

—¿Cómo?

—Sí, acabo de chequear las reservaciones. Un grupo de estudiantes de Shanghái. ¡Cuarenta personas! Si los dosificamos pueden servir de reserva durante la temporada baja.

—¿Estás seguro? Podrían arrepentirse, no me extrañaría que...

—Le digo la verdad. Está todo confirmado. Solo tenemos que

planificarlo bien para no despertar ninguna sospecha.

El alcalde, con evidente gesto de excitación y los ojos muy abiertos, pensaba en voz alta: “Esto hay que planearlo muy bien... ¿Qué explicación daremos después por todas esas... desapariciones?... Un accidente en una excursión, podría ser...”.

Iskandar lo observaba sonriendo, quizás sacando cuentas alegres por la oportunidad aparecida.

Sonó el teléfono. “Señor, su reunión. Se le está haciendo tarde”.

—Cancela todas mis citas por hoy. Tengo un asunto más importante que ver.

El alcalde e Iskandar se subieron a un jeep rumbo al pequeño hotel que este último administraba. La tarde era calurosa de una manera agradable, no obstante, las turísticas calles de la isla estaban vacías. Algo inusual, puesto que el típico residente aprovechaba el buen clima para sacar su sombrilla e instalarse en el jardín delantero de su propiedad.

—A estas horas siempre hay más tráfico, ¿Habrá pasado algo?

—No tengo idea —volteó Iskandar, mirándolo sin real interés.

—Me parece un poco raro...

—¿Raro? Yo creo que la gente se hartó de los dragones. Seguro que no salen por eso.

Diez minutos después llegaron al hotel. Una simple y hermosa fachada construida al estilo de la arquitectura isleña, fácilmente camuflable con cualquiera de las casas de Buayadarat. A los turistas les gustaba ese toque más autóctono. Y ahí estaba el “Buenaventura”, esperando una generosa comitiva de extranjeros que pronto conocerían los encantos de la isla.

—Bueno, necesito que me muestres las reservaciones, ¡Tengo que verlo con mis propios ojos! —cerró de golpe la puerta del automóvil, eufórico y con una sonrisa irritante caminó hacia la entrada.

El semblante de Iskandar se trastocó levemente. Su boca se torció en

una mueca nerviosa.

—Ya voy, entre usted primero— Le contestó haciendo una señal con la mano.

Cuando lo vio desaparecer por el umbral, se dio vuelta y rápidamente sacó su teléfono del bolsillo. Llamó a alguien, “Va en camino” dijo en voz baja, y en seguida colgó.

El interior del hotel era más pequeño de lo que insinuaba la fachada. El hall, un reducido salón bien adornado y acogedor. Lo habían abierto hace solo unos meses, y nunca se había dado el tiempo para conocerlo. Por esta razón, le costó encontrar la oficina de administración. De pronto, escuchó murmullos que aumentaban en intensidad a medida que se acercaba al lugar.

—Señora Sumiati, Sari, Anwar, Señor Halim... —se encogió asombrado al ver el número de personas allí presentes. A algunos solo los conocía de vista— ¿Por qué están todos ustedes aquí?

La multitud lo observaba seriamente sin decir ninguna palabra.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no hablan?... ¿Señora Sumiati? —casi como en una súplica, se dirigió a ella.

—Estamos esperando a Iskandar.

El alcalde asintió con la cabeza e imaginó que Iskandar era el único que tenía acceso al sistema, y que los otros eran simples mirones que también querían asegurarse de las buenas noticias.

No habrán sido más de dos minutos de incómodo silencio y miradas desviadas hasta que Iskandar entró acompañado de dos hombres altos y corpulentos. A distancia y contraluz asemejaban dos gorilas del Congo. Mirando con detención, le pareció recordar que en alguna ocasión habían trabajado para él, y comenzó a sentirse inquieto ante tanta concurrencia inesperada.

—Él es Fauzi ¿Se acuerda de él? Tuvo una niña el año pasado.

—¡Qué bien, Fauzi! Felicitaciones... Pero ¿Qué tiene que ver eso con

el asunto de las reservaciones?

—Mi hija murió hace unas semanas.

La autoridad, impaciente por tanto preámbulo, contestó al hombre tratando de ocultar su molestia.

—Lo siento tanto, Fauzi, mis condolencias.

Fauzi frunció el ceño, compungido.

—Murió porque un dragón la atrapó. Ni siquiera han encontrado sus restos —recalcó Iskandar.

—Todo esto es lamentable... Ahora, te pido que vayamos a lo nuestro. Sabes que soy un hombre muy ocupado —clavó sus ojos en las manecillas del reloj.

La tensa conversación se interrumpió cuando otro grupo de isleños apareció por la entrada de la sala. Lucían sudorosos y algo cansados.

—Él es el último —espetó uno de ellos, señalando al edil.

Un iceberg crecía en su interior. Sería frío o sería miedo. Apenas miró de reojo en ambas direcciones. Los rostros de la gente acercándose a él: El desprecio en sus ojos, la ira centelleante, otros sin expresión alguna como si fueran piedra, o dinosaurios. Un leve parpadeo, y decenas de lenguas bífidas casi tocaban sus mejillas. Mientras que en una esquina, oculta a su mirada, reposaba una pila de garrotes, oscuros, voraces, todos muy nuevos y a punto de estrenarse.

NINETTE S. ARAVENA

Chile

Blog: <https://unavidaimaginaria.wordpress.com/>



LA DESPEDIDA
DE CACHO
GUSTAVO VIGNERA

— ¡A

qué hora llega la enfermera? —preguntó Ricardo el primogénito y supuesto heredero de la dinastía de zapateros que por casi un siglo fue nuestro negocio familiar y maldito legado.

Vivíamos en una casa chorizo, una especie de conventillo, pero con la ventaja de tener cada uno su pequeño baño y la desgracia de estar unidos sanguíneamente a todos los energúmenos que ahí nos hacinábamos. Yo... aunque con gran torpeza... también me incluía en esa tribu, a pesar de todo, era mi grupo de pertenencia. Mamá, la hermana de Ricardo, le tenía la mano a Cacho, o sea, a mi abuelo. El olor a humedad mezclado con una baranda a meo concentrado no me dejaba atravesar la puerta de su dormitorio. Yo nunca le dije abuelo, para mí era una mala palabra, él tampoco me decía Julio, siempre me chirriaba “¡Nene, vení para acá!”, era una manera de sacarme identidad ya que el hecho de que mi vieja me hubiese tenido de soltera le generaba un rechazo que Cacho nunca pudo dominar. Yo era el bastardo de la familia, la vergüenza hecha pibe, lo tenía asumido, nunca un beso, nunca una caricia, nunca un regalo para reyes, solo en algunos raros cumpleaños me regalaban unos calzoncillos o algún pañuelo para cuando me resfriase, yo sabía que le daba asco verme con los mocos colgando. Ahora que me acuerdo, y para ser justo... para un día del niño me regaló un martillo viejo, usado, uno que seguramente lo rescató de la basura y me dijo que era para que vaya practicando para cuando termine la primaria ya que después de sexto había que ir a laburar sin excusas. Soñé varias veces en darle con el martillo gastado en el bocho a Cacho, pero algo me decía que eso no era lo correcto, la vida se iba a ocupar de poner las cosas en su lugar. Mi vieja no tenía ni voz ni voto, ella solo obedecía lo que decía el *capanga*. Al pie de la cama estaba Sofía, mi otra tía, con su marido Coco, el que trabaja en la curtiembre, ambos lo miraban y no emitían sonido alguno. Parecía que estaban esperando

que cerrara los ojos, miraban el reloj como pidiendo “¡La hora referí!” y dar por finalizado de una vez por todas ese estúpido partido. Del Hospital lo habían mandado de vuelta. Según lo que había escuchado a escondidas, de mi mamá y mis tíos, “estaba todo tomado”. Yo sabía que a Cacho le gustaba el chupi pero no sabía que había tomado tanto como para estar en las últimas. Mi abuela, caminaba de una pared a la otra de la habitación como un león enjaulado. Su enorme rosario se bamboleaba como un indeciso balero. Una amiga que había ido a ver a la virgen, creo que por San Nicolás se lo había traído especialmente. Decía que estaba bendecido por Dios en vivo y en directo. También le había regalado una botella en forma de mujer con un manto en la cabeza que estaba llena de agua... bendita... eso también decía. Siempre me ponía unas gotas haciéndome unos signos raros en la frente para que sea más bueno y obediente.

La nueva mujer de mi tío Ricardo me dijo:

—¡Correte, nene!

La miré de reojo con desprecio, pero al toque me di cuenta de que venía con la enfermera y un tipo de blanco que, por el estetoscopio, no podía ser otro que el médico.

—¿Pueden dejarnos un momento? —ordenó el doctor y toda la parentela salió como tiro de la habitación.

Yo no dejé de ocupar mi lugar de privilegio. Yo podía ver todo, el *sachet* de agua sujeta de un fierro que le estaban cambiando con una manguerita que tenía pinchada en el brazo, las estampitas de santos que había formado como un ejército, mi abuela al pie de la cama, las jeringas que la enfermera pinchaba en unos frasquitos y luego se los clavaba cerca del cuello, podía ver todo, estaba en primera fila. Y el Cacho... seguía ahí tirado como si no le pasara nada. A mí me dolía solo el hecho de verlo. Se ve que el cacique de la familia, era un hombre fuerte, un cacho de hombre, un hombre como a mí me gustaría ser cuando sea grande. El bastón estaba al lado de la mesita de luz, a

mí me gustaba escondérselo, era una especie de venganza por la forma en que muchas veces me trataba. Recuerdo que un día agarré jabón para lavar la ropa y le embadurné la punta, el viejo después de un rato de búsquedas y puteadas, lo encontró detrás de la puerta de la cocina de mi abuela. Cuando apoyo el bastón con firmeza se pegó una resbalada brutal dándose el porrazo de su vida. No se rompió la cadera de milagro. ¡Por Dios! Cuánto me reí ese día, viendo al viejo desparramado gritándome como un perro “¡Nene, vení para acá!”. Recuerdo que me acerqué sin miedo a que me revolee un bastonazo y lo abracé, lo abracé fuerte y con toda mi fuerza de nueve años lo ayudé a pararse y me sentí mayor, había sido el primero que había derribado al gran jefe. Mi jefe.

A pesar de todo yo lo quería al Cacho, él era el jefe de la manada, el capo mafia, el mandamás, siempre enojado, cascarrabias, puteando contra todos los gobiernos, contra todos los inmigrantes, contra todos los comerciantes, contra todos los vecinos, contra todos nosotros. Cacho había vivido dando martillazos a las suelas, con toda la bronca que se le puede tener al mundo entero cuando solo te alcanza para un cacho de pan para repartir con tu familia.

La enfermera y el doctor, terminaron con sus cosas y el Cacho gritó:
—¡Tengo frío!

Y todos mis parientes que estaban atrás mío abrieron los ojos sorprendidos, hacía semanas que no decía ni pío. En la habitación hacía un calor de cagarse, y el viejo tenía frío.

—Es que tiene un poco de fiebre, abuelo —le dice con dulzura la enfermera que ya le había tirado el ojo a mi tío Ricardo que no perdonaba a ninguna.

—¿Cuánto tengo, nena? —volvió a hablar mi abuelo.

El doctor agarró el termómetro lo acercó al velador y entrecerrando los ojos le dijo:

—Treinta y nueve y medio.

Mi abuela suspiraba y mi vieja no paraba de moverse, parecía que le corrían hormigas coloradas por las piernas. El Cacho, respiró hondo y con mucho esfuerzo le pregunta:

—¿Fahrenheit o Celsius?

Yo me reí como loco, la señorita Beatriz me había explicado que Fahrenheit era un chabón que había establecido la escala de temperatura de congelamiento del agua. Nunca lo había escuchado decir un chiste, y este era uno muy bueno. Cacho, o sea mi abuelo, escuchó mi risotada y sonrió. Inclínó con torpeza su cabeza hacia la puerta, me guiñó un ojo y me dijo:

—Julito, ¿dónde está mi bastón?

Y con la fuerza de su último martillazo cerró lentamente sus duros ojos.

GUSTAVO VIGNERA

Argentina

Facebook: <https://www.facebook.com/gustavovignera/>

Twitter: [@vignera](https://twitter.com/vignera)

Instagram: https://www.instagram.com/gustavo_vignera_autor

Página WEB: <http://www.gustavovignera.com.ar>



DE CUIDADOS Y DESOBEDIENCIAS

CLARA GONOROWSKY

Facundo llegó a la puerta del geriátrico en el momento en que su abuelo superaba la barrera sanitaria. Le gritó con fuerza, —no entres, por favor, no entres—, pero Gervasio ya había superado el ingreso y se había perdido entre los internos, camilleros y enfermeros.

Media hora después vio trasladar a la pareja rumbo a la ambulancia, en camilla su abuela, en sillón de ruedas su abuelo.

Quiso acercarse, recuperar a Gervasio pero el cordón sanitario lo impidió. La ambulancia partió raudamente y ni siquiera tuvo la oportunidad de despedirse. En el aire quedó flotando el grito desgarrador: —¡Abuelos, los amo, vuelvan!

Nueve meses atrás habían cumplido sesenta y ocho años de casados, todo un símbolo.

Cuando Lucinda y Gervasio apagaron las velas de la torta de aniversario, no imaginaron que sería el último festejo.

Vivían en una vieja casona en un barrio señorial de Buenos Aires. Siempre quisieron ser independientes, tomar ellos sus propias decisiones. No obstante, desde hacía unos meses, Lucinda había empezado a dar ciertos signos de Alzheimer.

Un día, tropezó con una alfombra y cayó. Vanos fueron los intentos de Gervasio para levantarla, lo probó varias veces, con más voluntad que fuerzas, pero no lo logró. Finalmente debió pedir ayuda a su hija mayor, Dora, quien vivía a pocas cuadras.

Inmediatamente esta partió a la vivienda de sus padres al tiempo que solicitaba asistencia médica. Un rato después, la anciana, entre ayes y llantos, fue trasladada al hospital. —Quebradura de fémur—, fue el diagnóstico.

Soportó sin dificultades la operación pero como el posoperatorio iba a ser largo y complejo, su familia decidió internarla en una residencia geriátrica

hasta su total recuperación.

Gervasio procuró evitarlo y pese a su oposición, enojo, súplicas, debió aceptar que él no estaba en condiciones de hacerse cargo.

Los primeros días transcurrieron con largos llamados telefónicos, visitas tres veces por semana, y mucha televisión. El anciano ahuyentaba de esta manera su soledad. Pero a medida que pasaban los días las noticias iban tomando un tinte diferente. Todos los noticieros daban cuenta de la pandemia, de las medidas, de los contagiados, de los muertos. Al principio todo parecía muy lejano, hasta que se empezaron a contar los propios muertos.

Inmediatamente la familia tomó una determinación: mantenerlo aislado pero vigilado. Para ello se trasladó a vivir con él su nieto, Facundo, la luz de sus ojos como el anciano reconocía.

Este trataba de reemplazar las noticias por series de temática policial y de extraterrestres, temas que su abuelo cultivaba pero el anciano siempre volvía a las noticias y llamaba dos veces por días a su Lucinda quien poco a poco mostraba mayor deterioro cognitivo.

Amenazó varias veces con ir a visitarla. Ante estos amagues un solícito Facundo lo convencía de abortar la idea y le prometía futuros encuentros.

Esa mañana el joven se organizó para ir al supermercado. Dejó a su abuelo sentado frente a la pantalla enfrascado en un policial de mucha intriga y partió. —Es larga la película, —pensó— me va a dar tiempo para hacer las compras con tranquilidad.

En cuanto este salió, Gervasio puso el informativo. Daba cuenta del contagio masivo en un geriátrico y del traslado de los ancianos a diferentes clínicas. Dos veces se refregó los ojos el viejito, dos veces para que su mente decodificara que el edificio mostrado era donde estaba reclusa Lucinda. Intentó llamar por teléfono pero no obtuvo respuesta, el móvil de la anciana estaba apagado. Su corazón empezó a latir con fuerza. Se levantó con una

energía nueva, fue a su dormitorio, se vistió con la primeras prendas que encontró, buscó un llavero que había ocultado entre el calzado, por las dudas, —se dijo— ,se acercó a la puerta y con un gesto triunfal giró la llave. Empezó a andar con paso tan firme como su determinación. Había olvidado el bastón pero ya no lo necesitaba.

A Facundo le pareció ver a su abuelo caminando. —Con tanta convivencia, estoy alucinando, —se dijo— pero cuando abrió la puerta de calle, se dio cuenta que no había delirado.

Salió corriendo pero ya lo había perdido de vista. Al mismo tiempo, su madre le telefoneó para comentarle que la abuela había dado positivo, estaba contagiada del virus. No le bastó otra pista para saber hacia dónde había dirigido sus pasos Gervasio.

Salió presuroso, subió al auto y partió hacia el geriátrico. Las calles estaban bloqueadas y le llevó tiempo encontrar un lugar dónde dejar el vehículo. Bajó, corrió y alcanzó a verlo franqueando el umbral. Después, el vacío...

CLARA GONOROWSKY
Argentina



UN LUGAR HECHO
SOLO PARA TI
SEBASTIÁN NOVAJAS

Estaciona su Civic plateado a un costado de la casa. Miro por unas de las ventanas del living y espero el sonido de la llave abriendo la cerradura. La lluvia ahoga sus pasos y el impermeable negro carbón la cubre completamente. Ahora me cuesta ver su silueta; se vuelve difusa por mi catarata en el ojo izquierdo. Gotas y más gotas para el ojo, es lo único que me da, salvo por unas excepciones en las que me inyecta morfina. El piso de madera cruje a medida que me alejo de la ventana y me pongo debajo del dintel con relieves florales que separa el living del pasillo. El chillido del perro en la puerta, luego un aullido largo, es imposible escapar de ese animal con el pelo del lomo erizado cada vez que me ve; ronda toda la propiedad para mi vigilancia perpetua. Salvo en el patio había un aire de libertad. Vuelve a ladrar, ladridos que son rápidamente tragados por el agua que se vuelve copiosa y comienzan a aparecer los primeros riachuelos por los caminos de tierra a las afuera que se va convirtiendo en un barrial. Esa puerta sellada durante el día. Estoy atento. Un giro de la llave. La luz de la ampolleta del pasillo se abre como un abanico al momento que ella entra. La sombra de su silueta, el perro más atrás como una estatuilla egipcia.

—Tibicenas, no —ordena ella al perro que me pela los dientes desde el umbral de la puerta.

Un beso en la mejilla y pasa con las bolsas en dirección a la cocina. La sigo cojeando. El pie izquierdo lastimado desde que intenté salir por una ventana del segundo piso. Ni siquiera le molesta que cojee, le parece, incluso encantador.

Su risa como la de una hiena después del coito. Siempre encima. No tengo nada que hacer. La piel del cuello me escuece cuando me lame. No puede ser una mujer de este mundo a pesar de su carne firme y absolutamente corpórea.

El crujido de unas nueces en la cocina. Regresé al living. La lluvia no ha cesado. Los hierbajos ya son historia vieja en los alrededores: sacados de cuajo. No hay vida más allá de unas lucecitas como luciérnagas en las casas de las parcelas que solo por nombre las puedo tratar como vecinas.

Nadie nos visita. Salvo por unas viejas que la vienen a ver cada luna llena. Gente a la que ni siquiera me atrevo a mirar a los ojos. ¿Las lunas son responsables de algo también?

—Muérdete la lengua —dice—. Eres un mal agradecido.

La lasaña la como a duras penas. El regusto a vomito se agarra a mi garganta.

—Báñate antes de cumplirme cómo se debe —ordena.

El perro se mantiene en una bodega con los aguaceros. Ella lo llama desde la puerta de la cocina y él viene agachando las orejas y moviendo el rabo con docilidad. En la oscuridad lo único que lo distingue son sus ojos color cayena. Le da premio un pedazo de carne cruda y sanguinolenta: a veces lomo liso, a veces sobrecostillas o lomo vetado.

Ella mantiene la compostura ante mis pobres comentarios al insinuarle que no debería seguir encerrado. Las tripas se me revuelven cada vez que intento hacerle frente.

—Tu vida es precaria —dice—. Tu vida, mi vida.

Amasar su cadera y lamer sus pezones son exigencias previas a copular con ella.

Cierra con pestillo cada puerta, las ventanas selladas, mi única libertad el baño y la ventanilla sobre la tina. La cocina cerrada y si me da hambre mientras ella no está o duerme plácidamente después de ordeñarme debo esperar a que ella decida bajar.

La lluvia había menguado un poco, sin esperanzas de una garúa, el perro estaba correteando por los alrededores como un lobo enjaulado. Cuando

el cielo está claro aparecen los tordos sobre las murallas de piedra, mi único consuelo que el perro extingue al espantarlos sin concesiones.

Su pelo no es su pelo, es una peluca, lo postizo de lo postizo: sin esa mata-rubia canario parece un ser de otro mundo. Nunca se la quita salvo para revisarla frente al espejo del baño. A veces me tiento a tocarlo cuando duerme, pero el temor que abra los ojos apenas este con una mano encima me revuelve las tripas.

Cuando está con el deseo por las nubes; me deja reposar por unos minutos, y en caso que no esté listo, me mete una pastilla azul. Solo la mitad para evitar que me dé un infarto. Me fuerza siempre evitando reventarme. «Mi caballito de carreras», susurra. Me gustaría corregirle que los caballos están castrados y los potros no. Hacerlo sería ofender su inteligencia superior.

—Quiero matar la gallina otra vez —dice ella al ir a buscarme al primer piso después de ordenar el living. La lluvia torrencial de ayer, en esas primeras horas del sábado por la mañana se ha convertido en una garúa.

De mí solo van quedando remanentes de un hombre, ya ni mi nombre recuerdo: ¿será acaso por nutrirla con mi cuerpo se ve afectada mi propia memoria? Como saberlo si lo único que conozco hace unos años es esta casa con murallas de piedra y enredaderas como las de la campiña inglesa.

Copular con ella era prácticamente lo único que debía cumplir a pesar de mi cuerpo apocado por el encierro y las exigencias constantes. No continuar y dejarme morir como ya lo hicieron otros que me antecedieron, ya no parecía tan mala idea.

Cuando los días son secos el perro la espera sentado en un tocón en la entrada de la casa. Una bestia como esa no sabe diferenciar entre bondad y maldad, si tiene un plato de comida y un techo su lealtad no queda sujeta a esos conceptos tan humanos nuestros.

—Un poco de gratitud no te vendría mal —dice al levantar su muslo izquierdo y ponerse a mi costado derecho. Miró hacia la ventana. La lluvia ha retomado la fuerza de la noche anterior. El perro, creo oírlo dar un aullido lastimero.

Cuando esta con el buen genio, le gusta que lo hagamos como perros, me cuesta apoyarme detrás por causa de mi cojera, pero jadeo con voluntad para que vea mi merito por satisfacerla como desea.

Solo una vez me hizo dormir en la intemperie. Las razones ya no las recuerdo. Algo mal hice según su pensar.

—Mis dádivas, se agradecido por todo lo que te doy —dice. Nunca le pedí venir aquí. Nunca la deseé, sin embargo, la seguí sin cuestionar.

Se ajusta la bata de seda azul y se dirige al baño. Respira con lentitud. La puerta entreabierta. Oigo su chorrito de orina correr.

Cada objeto que traía conmigo fue destruido por ella. Nada de lo que cargaba en mi mochila ha permanecido, desde el primer día en que la vi en la carretera y ofreció llevarme hasta el siguiente pueblo. Que se convirtió en el siguiente sueño que jamás podré concretar.

Su boca de pato me provoca rechazo, tanto o más que sus hoyuelos cuando fuerza una sonrisa que siempre fracasa en la honestidad de la espontaneidad.

—Nadie te va a extrañar como yo —dice al sentarse al costado de la cama.

Un apagón, busca las velas en su cómoda, enciende una frente al imagen de la Virgen de Monserrat invertida. El perro ladra un par de veces para luego volver al silencio. La mirada de ella hacia la ventana.

El pecho ensangrentado. Mi palpar menguando en mis oídos. No más refugio que estar entre sus muslos. Sus labios paseando por mi pecho, su lengua saboreándose en las comisuras. Un aullido largo del perro.

Sus ojos turquesa fue lo último que vi cuando la lluvia cesó.

—Ya no sirves —dice—. Mi juguete cansado.

SEBASTIÁN NOVAJAS

Chile

Facebook:: <https://www.facebook.com/profile.php?id=100002948711698>



LOS PAPELES DE UN DÍA CUALQUIERA

OSWALDO CASTRO ALFARO

YO

El despertador timbra y lo primero que hago al abrir los párpados es tocar el cuerpo tibio de Diana. Escucho su respiración sosegada y no la despierto para el sexo mañanero. Me levanto con cuidado de la cama, guardo el preservativo en el cajón del velador. La ducha fría aplaca la excitación. Me afeito, cambio en silencio, procuro hacer el menor ruido y la dejo dormir un rato más. En la cocina hiervo agua para el café y licúo papaya con naranja. El ruido de la licuadora es el anuncio para que se levante e inicie su rutina de belleza. La espero sonriente y desayunamos galletas con mermelada y huevos revueltos. Terminamos esta primera parte del día con las consabidas cápsulas de multivitamínicos. Del escritorio retiro mi portafolio de trabajo y ella la mochila de campaña. Abordamos el carro para ir al centro de la ciudad. Aparco el vehículo en la playa de estacionamiento, me despido y ella esperará a una colega para ir al asentamiento humano donde funciona el albergue. Camino las dos cuadras que me separan de la oficina. A esa hora la zona luce tranquila, poca gente en las calles y el tráfico todavía está ordenado. En cuestión de minutos el caos se instalará inevitablemente y las cosas se ordenarán acordes con la rutina diaria. Antes de ingresar al enorme edificio de la corporación atravieso el frontis principal y doblo la esquina hacia el kiosco. Curioseo los titulares de los diarios y compro unas barras energéticas. El estrés laboral necesitará algún suplemento para mantenerme en pie hasta la hora del almuerzo.

A media mañana, rumbo al banco para gestionar una carta fianza, me detengo un instante y lo que sucede a continuación es la demostración de cómo un día tranquilo puede torcerse de la peor manera. Frente a uno de los hoteles se ha armado un pequeño revuelo. La policía ha delimitado una zona de seguridad con cintas amarillas y una ambulancia está en la puerta de ingreso,

flanqueada por dos patrulleros. Algo debe haber sucedido en el interior. Un agente policial lleva unos papeles en la mano.

Un sentimiento desconocido me obliga a acercarme y de reojo reconozco uno inmediatamente. Espero el momento preciso para burlar la vigilancia y, en un acto desmesurado de osadía, lo abordo para comentarle que tiene algo que me pertenece. El marbete que cuelga de su camisa dice que se apellida Salas y las tres barras doradas me indican que es un capitán. Mi pretensión es muy riesgosa y puedo involucrarme en algo que escaparía a mi control. Sin embargo, obcecado por recuperarlo, le confieso que ese papel contiene información exclusiva mía. Salas me mira con mala cara y advierto su impaciencia. Los ojos de mala noche y el bigote espeso descuidado me perturban. Argumento que carece de valor y solo son líneas escritas por mí. No sé si le impresiona el terno que visto o el portafolio de cuero que llevo, pero lo cierto es que estoy colmándole la paciencia y adopta una actitud agresiva, eso me parece. Se retira los lentes oscuros y escudriña mis ojos. En ellos ve mi determinación, pero es incapaz de ablandarse y el reglamento puede más que mis intenciones.

Salas amenaza con arrestarme si sigo insistiendo, aduce que estoy obstruyendo la investigación y me echa del lugar. Creo que fue providencial el llamado de uno de sus colegas para distraerlo y perderme de vista. De no haber sido por esa interrupción, otra hubiera sido mi situación legal. Yo reclamé algo de mi propiedad, sin entender por qué lo tenía él. Doy media vuelta y desaparezco presuroso entre el gentío que se aglomera.

Alcanzo a escuchar que pronto bajarán el cuerpo para trasladarlo a la morgue. Sin querer saber más prefiero mantener distancia salvadora. Faltó poco para que terminara encausado por algo que desconocía.

Voy a beber un café lejos de ahí y a tratar de analizar lo vivido en los últimos minutos. Más tranquilo realizo el trámite bancario y retorno frustrado por no haber recuperado el papel. Telefono a un tío coronel que labora como

asesor del ministro del Interior.

A media mañana llamo a Diana. No responde y supongo que está ocupada en el albergue de enfermos. Hoy le toca interrumpir su trabajo de socióloga en la universidad y dedicarlo a las encuestas que realiza con los familiares de los pacientes. La recopilación y análisis de datos para la maestría que pretende le consume por lo menos dos días de la semana.

Al salir de la oficina paso por una chocolatería para comprar los bombones que tanto le gustan y preparar la noche en que haremos el amor. La excesiva carga laboral me encerró en el despacho y no tuve tiempo ni para respirar. Fue tan dura la jornada que me desconecté del mundo exterior.

Cerca de las ocho de la noche continúo esperando la llamada telefónica de Diana y no ocurre. Mientras tanto los bombones descansan en la mesa del comedor.

ÉL

El capitán Salas está por finalizar la guardia. Se despereza y agradece que la jornada fue tranquila. Consiguió dormir después de la medianoche y no fue interrumpido.

El camarote es una habitación pequeña, con una cama estrecha, sin sábanas y con un par de frazadas para el frío. El baño exhibe el inodoro y lavatorio deteriorados. No hay ducha. El policía se lava la cara, moja los cabellos, afeita la barba crecida y se esmera con el bigote espeso. El espejo lo sorprende con ojeras y los pómulos salientes y nariz afilada perfilan el rostro cansado de la mala noche. Tendrá que entallar el uniforme porque le queda holgado. Muchas preocupaciones y el sueldo es insuficiente. Se perfuma y va a desayunar los panes con camote frito y el tazón de avena.

En la prevención llena el cuaderno de novedades y se alista para dejar la dependencia e ir al albergue. Usará el día franco para visitar a su hermana enferma, llevarle ropa limpia, llenar el formulario incompleto y completar los

trámites de admisión.

Camino al albergue, el celular le anuncia un cambio de planes. La inasistencia de un colega le avinagra el momento. El jefe de su unidad lo comisiona para un trabajo en el centro de la ciudad. A regañadientes obliga a su vehículo a dar la vuelta y deshacer el trayecto.

Se acerca, cuadra a un lado de la ambulancia y baja. Recibe órdenes de un comandante y enfrenta lo inevitable. A paso cansino se aproxima al área acordonada e ingresa al hotel. En una de las habitaciones encontraron el cadáver de una mujer desconocida. El cuerpo está dentro de una bolsa negra. El médico legista le informa de algunos hallazgos. Lo escucha como quien oye el rumor del mar, sin mucha atención. Ojea el protocolo de levantamiento del cadáver. Salas asiente con la cabeza en señal de conformidad. Un técnico de criminalística le alcanza bolsas cerradas que contienen un frasco de barbitúricos, ciertas pertenencias de la suicida y la nota exculpatoria hallada en uno de los bolsillos del pantalón. Le informa los procedimientos a realizar y esperarán la llegada del fiscal de turno.

En el pasadizo ve el ajetreo de los investigadores y toma aire para relajarse. Está en ese operativo como supervisor y nada más. Algo sencillo en medio de todo. Lee la nota de la occisa, menea la cabeza y exhala un suspiro de resignación. La atmósfera que rodea al escenario es diferente a la de otras en las que participó. Sale y espera el ascensor.

La ambulancia está frente al hall de ingreso y dos patrulleros la flanquean. La prensa aún no se entera del hecho. Soporta estoicamente el apuro de un hombre con terno y portafolio en la mano. Lo escucha pacientemente, se compadece de él y lo presiona para retirarse. Ya tiene suficiente con el caso urgente que le acaban de endosar y lo menos que quiere es levantar otro atestado. Hace caso omiso de los reclamos del hombre de terno y, a punto de perder la paciencia, lo amenaza con empapalarlo y llevarlo detenido. Observa su gesto angustiado y espera un exabrupto más para

arrestarlo. Súbitamente el llamado de otro policía lo distrae y se olvida del impertinente. Lo deja parado como una estaca.

A mediodía recibe la llamada del coronel Matías y lo urge a presentarse ante él. La petición lo coge amargado, desilusionado y con hambre. Sabe que esas citaciones no tienen hora de inicio y menos de término. Se arma de paciencia y se dirige hacia el ministerio del Interior.

En el trayecto piensa en muchas cosas, sobre todo en el cadáver trasladado. A media tarde deja la oficina del coronel Matías. El superior le pidió entregar a un sobrino el papel que tenía en su poder. Le explicó que solo revestía importancia para el dueño y que tuviera la amabilidad de agenciárselo. Le recalcó que no le interesaba averiguar cómo lo obtuvo y bastaba con devolverlo. No más preguntas ni averiguaciones y asunto concluido. Deberá entregarlo a las ocho de la noche.

En casa toma una ducha reparadora, se coloca el único terno que le queda más o menos bien, se despide de su mujer y sale.

ELLA

El timbre de la casa suena y me sobresalto. Diana tiene llave y me confundo más de lo que ya estoy. Abro y en frente de mí está el oficial de la mañana: el capitán Salas. El bigote tupido es su sello característico, pero el rostro demacrado, más que el de las primeras horas, me anuncia algún contratiempo. Se identifica y me entrega un sobre de parte del coronel Matías. Nos miramos como si fuéramos viejos conocidos y lo hago ingresar. Lo invito a tomar asiento en uno de los sillones de la sala y le ofrezco algo de beber. El policía agradece, niega y explica que está para cumplir un encargo oficial.

Abro el sobre y el papel de mi inquietud está ahí. Agradezco con una venia, le doy la espalda y lo leo: “Eres más dulce que un bolero romántico, de esos que se bailan apretados en una sola baldosa, Tu mirada es la ternura de una niña saboreando su chupete de caramelo, tu cuerpo es la guitarra que

siempre sueño tocar y me encanta cuando te pones encima el amarillo del día...”

Además, hay otro, en el fondo del sobre. Lo saco con cuidado y leo: “Perdón por lo que hice, fue mi culpa encontrar a otro y no renunciar a ese amor clandestino. Terminé esa relación prohibida, pero a un costo muy caro. Estoy enferma, perdón, amor mío. El remordimiento es terrible y me horroriza la posibilidad de contagiarte. Pongo fin a mi vida, soy una cobarde”.

Diana sigue sin comunicarse. Dejo los papeles sobre la mesa del comedor, junto a los bombones. Estupefacto no doy crédito a lo que dice el segundo. ¿De qué enfermedad habla? ¿Por qué tomó esa decisión, sin consultarme? ¿Acaso no podíamos superar su error? ¿Ella es la noticia del día, la que ocupa los noticieros, la suicida no identificada? En la mañana, muy temprano, estuvimos juntos y todo pareció estar bien. El escenario frente al hotel viene a mi mente y recuerdo al policía. El papel en su mano, su color, mi letra a la distancia. Era mío, sin duda, y estuvo hace unos instantes conmigo, cortesía de mi tío. ¿Y el otro, la nota aclaratoria? Volteo y la escuálida figura del oficial me da de lleno en el rostro. Se me aproxima sombríamente. Va al comedor, me esquivo y recoge la nota suicida.

—La otra nota es para su esposa, la olvidó en unos papeles que me entregó. Hoy iba a dársela.

Le pido que regrese al sillón de la sala y luego tomo la caja de bombones. Rompo el celofán que la cubre y la abro. Doy media vuelta y le ofrezco uno. Lo acepta en silencio y hago lo mismo.

Escuchamos que alguien abre la puerta de la casa.

OSWALDO CASTRO ALFARO
Perú

Facebook: [OswaldoCastro](#)



EL MISTERIOSO ATRACTIVO DEL MAR

HUGO VIGLIETTI

El presente cuento es una trama novelada basada en un hecho real. Son también reales los nombres y las fechas que aquí se mencionan.

San Petesburgo, marzo de 1990

Irina y Román Kolésnikov estaban preocupados. La puerta del dormitorio de Dimitri, su hijo mayor, seguía cerrada. Román, marino ingeniero, racional por naturaleza y por formación, intentaba tranquilizar a su esposa, pero interiormente se sentía desconcertado.

Dimitri llevaba días encerrado en su dormitorio y en sí mismo, alimentándose apenas y, a juzgar por los ruidos, haciendo ejercicios físicos. Cuando por fin salió de su aislamiento, se le vio sucio y desaliñado, pero feliz. Desde su metro noventa y dos de altura, con una ancha sonrisa explicó a sus padres que en esos días, había perdido los kilos de sobrepeso que le hubieran impedido aprobar el examen de ingreso a la Academia Naval. Román lo abrazó orgulloso, mientras Irina esbozaba una resignada sonrisa.

Poco tiempo atrás padre e hijo habían charlado sobre las inquietudes de Dimitri. El mar le atraía fuertemente. Había aventura más allá del horizonte, había magia. Estaba indeciso entre la marina mercante y la marina de guerra. Román había intentado ser objetivo hablándole sobre las ventajas y limitaciones de cada carrera. Su madre hubiera preferido otra carrera. Ella conocía la afición de Dimitri por la literatura. También sabía, aunque él trataba de esconderlo, de su apego y su habilidad por la poesía. De alguna manera le habría gustado una concepción más humanista para su futuro, pero no hubo forma. Quizás había pesado la herencia familiar. El recuerdo del abuelo, piloto militar fallecido en combate años atrás; la imagen de su padre con su ejemplo de dedicación a la marina. Sus dos hijos habían crecido hurgando, leyendo y releendo los libros de Román sobre el mar, escuchando sus cuentos de

aventuras, algunas reales, otras inventadas. O quizás había sido ese curioso atractivo que encierra el mar para los jóvenes. Lo cierto es que, inevitablemente, el futuro de su hijo pasaría por senderos sin señales. Cómo sea, ella lo apoyaría y a la vez prestaría más atención al futuro de Alexandr, su otro hijo. Como todo hermano mayor, Dimitri tenía una inconsciente influencia sobre él.

Península de Kola, agosto de 2000

Una suave calma se percibía entre dos luces en el horizonte. La mejor hora del día para Dimitri. Siempre le gustaba levantarse temprano y contemplar el mar antes de que amaneciera. Apenas se percibía algún movimiento en los buques amarrados al muelle. Sin embargo él sabía que la procesión iba por dentro. A esa hora cada tripulante estaría cumpliendo una rigurosa secuencia de procedimientos de alistamiento para hacerse a la mar. En pocas horas la poderosa Flota del Norte de la Marina Rusa saldría a navegar para efectuar las maniobras anuales de verano. Y él, era uno de los afortunados que participaría en ella.

El pronóstico meteorológico no era el mejor, pero bueno, en esas aguas era natural y un marino no pierde el sueño por un poco de movimiento. Estaban cerca del Círculo Polar Ártico, el famoso paralelo qué, ubicado en los 66° 32' Norte delimita un área particular, en la que el sol no se pone en el horizonte hasta el 21 de junio y no llega a salir hasta el 22 de diciembre. Son los llamados solsticios de verano e invierno del hemisferio norte. Eso sí, con luz o sin luz, siempre el frío era intenso. Se encontraban ligeramente al sur del Círculo Polar, pero las operaciones serían más al norte. En un mar descubierto siglos atrás por el navegante holandés William Barents, de quien lleva su nombre y que se extiende entre las costas de Rusia, Finlandia y Noruega.

Desde su posición, Dimitri alcanzaba a ver la orgullosa silueta del Crucero “Pietr Veliki” (“Pedro el Grande”). Antes llamado “Yuri Andropov”

(se le había cambiado el nombre en 1992), el “Pietr Veliki” era un estupendo buque de guerra de superficie de propulsión nuclear, de la clase “Kirov”, de los cuales Rusia mantenía cuatro en servicio activo. El oscuro silencio del momento lo incitó a recapitular sobre su pasado reciente.

Los recuerdos estaban muy frescos aún. Cinco años atrás, se había graduado con los máximos honores de la Academia Naval de San Petesburgo. Ya su primer destino había sido la Flota del Norte, desplegada dentro del Círculo Ártico, en el litoral de la Península de Kola. Recientemente había sido ascendido al cargo de Comandante de la Sección 7, la Sala de Máquinas del submarino, por lo cual no pudo evitar un sentimiento de orgullo. Estaba feliz consigo mismo y con su profesión.

Lentamente comenzaba a aparecer una tenue claridad. Las siluetas negras ya se vislumbraban en gris. La noche había sido oscura, fría y sin estrellas. Alexandr compartía su visión positiva de la carrera. Dimitri recordó con orgullo el momento en que su hermano menor egresó de la Academia tres años atrás. Había seguido sus pasos y el azar quiso que también fuera destinado a la Flota del Norte, por lo cual ambos compartían un apartamento en la ciudad de Vidiayevo, donde la temperatura en invierno bajaba hasta treinta grados por debajo del cero. Y apareció Olga en su pensamiento. Olechka como gustaba llamarla. Su rostro se iluminó.

En diciembre del año anterior había conocido a una colega de su madre en el Instituto. Una profesora de biología joven, hermosa, dulce. Así era Olga. Se enamoró instantáneamente y ella correspondió sus sentimientos. Unos meses más tarde ya estaban casados y hoy uno de los pilares en que asentaba su estabilidad personal y la armonía de su vida, era justamente en el cariño de su esposa. Olga estaba embarazada. Pronto serían una familia. De ser varón, se llamaría Román como su padre. ¿Qué más podía pedirle uno a la vida?

Ya estaba amaneciendo. Se empezaba a ver gente circulando en las

cubiertas. Pronto los buques zarparían. Hora de trabajar. Sí, decididamente, el Teniente Capitán Dimitri Kolesnikov era un hombre afortunado.

San Petesburgo, agosto de 2001

Olga arropó suavemente al pequeño Román. El bebé se había quedado dormido plácidamente. Con seis meses y medio ya pesaba según el médico lo mismo que un niño de un año. Claro, salía al padre, sería fornido, alto y deportista como Dimitri. Miró su foto sobre la repisa, siempre con su sonrisa a cuestas. No había dudas. Román era idéntico a su padre.

Había disfrutado el paseo con su bebé. Las tardes de agosto en San Petesburgo podían llegar a ser muy agradables. Cuando se casaron habían decidido con Dimitri que sería mejor que ella continuara viviendo allí. Vidiayevo, más al norte, era excesivamente frío. En una ciudad tan pequeña, una profesora culta y sola se aburriría, le había dicho Dimitri. Ella estuvo de acuerdo. Allí tenía su trabajo, sus amistades y ahora a su pequeño hijo. San Petesburgo siempre le había gustado. Entre 1914 y 1924 le habían llamado Petrogrado, luego la rebautizaron como Leningrado y con este nombre cobró fama en occidente, ya que la ciudad fue sitiada por los alemanes durante la II Guerra Mundial y durante su asedio, que duró más de dos años, murieron alrededor de 1.250.000 personas. Luego, con la desaparición de la URSS, volvió a su nombre original. Olga era una más, entre los cuatro millones y medio de habitantes, que convertían a la ciudad en la segunda en importancia de Rusia, con centros industriales que alimentados por plantas térmicas y nucleares albergaban enormes fábricas. Recordaba de chica haber disfrutado de los paseos por el puerto. Un puerto importante que con múltiples vías fluviales, era la vía natural de salida de las regiones cercanas al Mar Caspio, a los Urales y al Volga. Recordaba particularmente como disfrutaba, viendo trabajar a los rompehielos, pues entre noviembre y abril el acceso al puerto y sus aguas interiores se congelaban y había que mantenerlo abierto como fuere.

Nunca había imaginado enamorarse de un marino, pero así fue.

Un tenue quejido le indicó que Román se había despertado. Sus enormes ojos claros la estaban mirando. Sonrió mientras mecía la cuna y el pequeño le devolvió la sonrisa. Era idéntica a la de su padre. Volvió a mirar la foto de Dimitri en la repisa y sus ojos se nublaron. Junto a la foto estaba la condecoración y la carta que había recibido de la Armada. En ella le explicaban el comportamiento heroico de Dimitri cuando se produjeron las explosiones que determinaron el hundimiento del Submarino Nuclear “Kursk”. *“El joven y valiente Oficial organizó a los 23 tripulantes que sobrevivieron en los compartimientos 6,7 y 8, trasladándolos a la Sección 9. Allí, con asombrosa serenidad y entereza, sirviéndose de un lápiz y en una hoja de papel A4 escribió sus nombres y jerarquías y relató lo que vivieron a bordo, mientras tuvieron fuerzas para intentar vías de escape del submarino. Protegió la nota en un envoltorio de plástico y la guardó en un bolsillo de su pecho”.*

Dimitri escribió varias notas. La mencionada fue la primera. Fue escrita con letra clara y llevaba la fecha y la hora 13.34, más de dos horas después de las explosiones y el hundimiento. Al final de esa nota, escribió la hora 13.45. A la hora 15.45 escribió otra nota, esa fue para ella. La encabezó *“Querida Olechka”* y fue escribiendo en varias partes. No había ya fechas ni horas. En un párrafo escribió *“esto está muy oscuro y muy frío, intentaré escribir al tacto”*. Le habían explicado que al apagarse automáticamente la planta nuclear propulsora, el submarino había quedado inerte en el fondo del mar y la temperatura debería haber descendido bruscamente. Sabiendo cercano el final, con trazos irregulares terminó escribiendo *“parece que no hay posibilidades, ojalá alcances a leer esto. Te quiero, no estés triste”*.

Olga enjugó sus lágrimas. El pequeño Román no llegó a conocer a su padre. No lo conocería nunca. Pero sin duda al crecer se sentiría orgulloso de él. ¿Sería también marino? Es que pese a sus peligros, el mar tiene un inexplicable y misterioso atractivo.

HUGO VIGLIETTI

Uruguay

Facebook: [Hugo Viglietti](#)

Twitter: [@HViglietti](#) - Instagram: [Hugo Viglietti](#)



COMPLEJO DE CULPA

CARLOS M. FEDERICI

El doctor Van Erth volvió a ocupar la misma silla.
El loco lo miró.
—Hable —pidió suavemente el doctor—. Le escucho.
El loco extendió los brazos hacia él; la cara se le distorsionó en una expresión ansiosa y febril.

—¿Me escuchará, dice? ¿Me creerá? ¡Nadie me hace caso! ¡Dicen que estoy loco! Pero usted parece distinto. Usted comprenderá... ¡La salvación del mundo depende de que usted comprenda!

—Yo comprenderé —aseguró el doctor Van Erth—. Hable.

El hombre tenía los ojos fuera de las órbitas. Gritó:

—¡Nos están invadiendo, doctor! ¡Los marcianos! Ya sé que parece una locura... ¡pero es verdad! ¡Yo los vi!

—Ah... Los vio. ¿Y cómo son?

—Iguales a nosotros... Como cualquiera, como usted, como yo... Pero infinitamente más inteligentes..., más avanzados. ¡Si viera usted su cosmonave! Es... fantástica. Sus armas...

El doctor Van Erth se reclinó en la silla.

—Hábleme de eso.

—¿Su técnica? Oh... ¡Qué sé yo! No soy un hombre de ciencia... Solo le puedo decir que la nave parecía un plato enorme; que volaba sin hacer ruido... Las armas eran capaces de vaporizar un ombú en una fracción de segundo..., sin ruido también... No sé más. ¿Cómo quiere que entienda de eso? ¡Son cosas tan extrañas para nosotros!...

El doctor Van Erth suspiró. Lo de siempre, se dijo.

—¡Usted tiene que creerme! —un fulgor de alarma apareció en los ojos extraviados del loco, al notar que la atención del doctor decaía—. ¡Es verdad! ¡Hay que informar al Presidente! ¡Al Ministerio de Defensa..., al Ejército! ¡A la Central Atómica! Nos invaden! ¡Nos invaden! ¿Comprende usted? ¡Nuestro mundo está perdido! ¡Los marcianos son una raza

enormemente superior a la nuestra! ¿Qué posibilidades quedan? ¡No tenemos salvación! ¡Es el horror! ¡La muerte! ¡El fin! ¡EL FIN!...

Con gesto resignado, el doctor Van Erth se levantó de la silla. Su índice se apretó sobre un botón oculto. Acudieron dos fornidos enfermeros.

—Otro ataque —manifestó el doctor—. Lo de siempre.

Mientras los enfermeros sujetaban al loco y le aplicaban una inyección sedante, Van Erth se reunía con otros médicos en la habitación contigua.

—¿Y, doctor? —le interrogó uno de ellos.

—Complejo de culpa —dictaminó Van Erth—. No tiene remedio. El esquema clásico: manía persecutoria y psico-identificación morbosa con el ego de su víctima. El sujeto hace suya la identidad del que daña; es una forma de autocastigo...

—¿Y no le sacó nada concreto..., sobre su técnica, sus armamentos?...

—¡Nada! —repuso malhumorado el doctor Van Erth—. ¡Maldita sea! El único marciano que logramos capturar vivo desde el comienzo de la invasión... ¡y está completamente loco!

Nota: Este relato se publicó originalmente en el número 8 de “Nueva Dimensión” (marzo de 1969), la emblemática revista española de CF en cuyas páginas, anteriormente, se produjera mi debut en el género a nivel internacional. Cuarenta años más tarde, y con dibujos de mi buen amigo, el malogrado Eduardo Barreto, más mi propia adaptación del texto, se realizó una versión en forma de historieta, de la cual se ha tomado, con las modificaciones del caso, la ilustración que encabeza el texto.

CARLOS M. FEDERICI

Uruguay

Wikipedia: [Carlos María Federici](#)



SALVAMENTO

LEDIHER ARMAS SÁNCHEZ

En el año 1639 el feudalismo se tornaba firme y duradero. Pozo III se soldaba en el trono y el gobierno como el mar a la orilla. Sus padres fueron simples campesinos que trabajaban de sol a sol para poder subsistir.

Al morir estos, fue acogido en casa de sus vecinos. Tenía solamente catorce años cuando la tragedia lo obligó a abandonar los estudios. Tuvo que ubicar el trabajo por delante de su juventud. Inevitablemente el árbol comenzaría a regarse con sudor y sacrificio.

Por más que se esforzó, no pudo encaminarse en otro oficio. Quiso trabajar el barro, pero la torpeza de sus músculos lo descalificó antes de acomodarse y tanto la pintura como la escultura se tornaron aceite en su vida hecha de agua. La albañilería le resultó impropia, al extremo de casi matar a una familia al desplomarse la única casucha que fue capaz de construir.

Las autoridades le propusieron adiestrarse como verdugo cuando estaba harto de andar. Oferta que no pudo rechazar porque el pago era sumamente bueno. Tras largos meses de practicar con cerdos y gatos muertos aprendió a la perfección cómo desprender de cuajo la cabeza del cuerpo. Así transcurría el tiempo y algún día se iniciaría con un ser humano.

Llegada la fecha se encaminó al patíbulo con la frente en alto. Lo tenía todo bajo control. Solo que la víctima llevaba la cabeza más elevada. El condenado carecía de miedo y caminaba con paso firme y decidido.

Después de ser debidamente amarrado de piernas y brazos, pidió que le sujetaran la cabeza. Lo que se cumplió apretando bien una especie de presilla.

Miró a los presentes y vio que se hallaba un grupo significativo de personas que pedían a gritos que se iniciara la ejecución. Tomó con ambas manos la pesada y filosa hacha y le asestó un sólido golpe mientras cerraba los ojos. La cabeza fue a parar a sus pies y se convirtió en la primera imagen que grabó tras subir los parpados. Aquella cabeza inerte lo miraba de frente. Era

una situación difícil de manejar. Años más tarde fue despedido al descubrirse que después de cada ejecución, acudía a la iglesia a confesarse.

LEDIHER ARMAS SÁNCHEZ

Cuba

Página WEB: elblogdelediher.wordpress.com

Colaborador de la Web: uncuadernoenblanco.com

Facebook: [Lediher David](https://www.facebook.com/LediherDavid)

Twitter: [@Lediher3](https://twitter.com/Lediher3) - Instagram: [lediherdavid](https://www.instagram.com/lediherdavid)



EL QUE ANDA POR LOS VIENTOS

CARLOS ENRIQUE

SALDÍVAR ROSAS

Tras un largo recorrido, Lavinia y Marcos por fin llegaron a esa región fría, ubicada en las lejanas montañas de Canadá. Poseían el equipo adecuado para la expedición, incluso eran expertos en el manejo de aparatos tecnológicos. Tenían los víveres indispensables, y si acaso les faltaba agua, podían tomarla de los lagos adyacentes.

Ambos eran alpinistas experimentados. De hecho, así se conocieron: durante una excursión por las laderas del Huascarán, el pico más alto del Perú.

Decidieron embarcarse en esta nueva aventura, pues eran enamorados y querían mejorar su relación, la cual había decaído durante los últimos meses.

Marcos no quería que se alejaran tanto, debido a las extrañas historias que contaban los lugareños acerca del temible poder de los vientos en esa zona, pero Lavinia insistió y su consorte aceptó complacerla. Hicieron viajes como ese varias veces, estaban preparados y se sentían con confianza. La meta era alcanzar una cima elevada, sentarse en el borde de un risco y disfrutar del viento.

No había atisbos de tormenta, según su medidor de temperatura. Se guarecían cada tanto en una tienda de campaña y no se prodigaban cariño. Aún no es tiempo, le decía Lavinia, por favor, primero tenemos que realizar la travesía, está escrito en las estrellas, es nuestro destino. Marcos sabía que no podía darle nada más que un beso en la mejilla y un tímido agarre de manos.

El periplo llegó a su fin. La joven le dijo a su novio que este era el punto adecuado, que se acomodaran sobre la roca.

Al muchacho le pareció un sitio extraño, ya que había indicios de que hubo gente antes allí: restos de ropas, objetos de uso cotidiano (como botellas y latas), y piedras acomodadas de tal modo que creaban figuras geométricas.

—Ven, ponte a mi lado —dijo ella. Marcos hizo caso.

A continuación Lavinia recitó una salmodia:

—Tú, El que anda por los vientos, hazte presente, te he traído lo que

necesitas, mikhuy.

Marcos no la entendía, aunque lo supo enseguida cuando un monstruoso ser con ojos de estrella apareció con el viento, el cual soplaba con fuerza. La gigantesca criatura lo cogió con su enorme garra y se lo tragó entero mientras él gritaba.

«Saborea el sacrificio», se dijo Lavinia, mirando aquello.

El Tenebronium, o Decálogo de las sombras, había servido.

«Ya nunca volverás a pegarme, maldito. Nadie te extrañará».

La venganza quedó consumada. O el acto de justicia. Lavinia decidió no pensar mucho acerca de ello. Sostuvo el libro prohibido, lo guardó en su mochila, había de retornarlo a la biblioteca en unos días, aunque no había apuro. Percibió una ligera brisa que la acariciaba en tanto se marchaba de ese lugar fantasmagórico, al cual no deseaba volver, sin embargo, los saberes ocultos que guardaban aquellas páginas la atraían de una manera inusitada, la cual se acrecentó a medida que el vientecillo le besaba el rostro.

Sentía temor, por el desquiciante lamento, porque quiso cerrar los ojos para no observar al que reposaba entre obscenas ventadas, en las alturas, y aguardaba alimentarse cada tanto.

CARLOS ENRIQUE SALDÍVAR ROSAS

Perú

Blogs: <https://el-muqui.blogspot.com/> - <http://babelicus.blogspot.com/>

Facebook: <https://www.facebook.com/carlosenrique.saldivarrosas/>



PANNOS

PATRICIA LINN

Hace muchos años viajé a Europa y visité tres importantes ciudades: Londres, París y Madrid. En cada ciudad me quedé con amigos, me sentía segura, bien acompañada. Era frente a los viajes de una ciudad a otra, de un país a otro, que tenía cierto temor e inseguridad, es que debía arreglármelas sola con los transportes, las aduanas, etcétera, en lugares con costumbres e idiomas distintos.

En Londres me quedé con Susan y su marido, al este, cerca de Kent, y después con Daniel y Gloria y sus hijos, uno de ellos mi ahijado; en el oeste, Wimbledon. Durante el día iba al centro a visitar y recorrer diferentes lugares, todo me fascinaba, aún caminando bajo una fría y gris llovizna. Ahora tocaba ir a París. Tenía pasaje en un Ferry que salía de Dover para cruzar el Canal de la Mancha y desde Calais a París un pasaje de tren.

No quería dejar Londres, sentía que quedaba mucho por ver. En realidad, sino fuera por Daniel y Gloria que decidían por mí quizás no me iba. Habían planeado llevarme desde Londres a Dover en su auto, pero el día que debía partir el tiempo estaba malo, llovía y se avecinaba una tormenta. Me dijeron que casi no habían dormido preocupados por la tormenta en ciernes y su efecto en las carreteras y el canal. Decidieron que lo más seguro era cancelar el viaje en auto y que yo hiciera ese tramo del viaje en tren. Si por algún motivo el barco no salía, la compañía del Ferry se ocuparía de hospedarme o enviarme de vuelta, me dijeron. Así es que no me llevaron en su auto, pero igual me organizaron la ida, se ocuparon de llamar por teléfono a la estación de tren, la Victoria Station, de averiguar los horarios, y luego, de llevarme hasta allí. Yo me dejaba hacer.

De pronto me encontré sola en un vagón del tren a Dover. Un cartel en la puerta de los compartimientos decía primera clase, pero mi ticket no distinguía clases así que pregunté a otros pasajeros y alguien me dijo: da lo mismo, entrá en cualquiera. Sin mucha convicción entré en uno de los muchos

compartimientos vacíos y empecé a acomodarme. Era uno de esos que tanto había visto en películas, con dos sillones enfrentados, ventana de un lado y puerta al pasillo del otro. Parecía nuevo, estaba limpio, luminoso, decorado con colores claros. Me saqué el abrigo, acomodé las valijas y aproveché un espejo para peinarme y pintarme los labios. Apenas me senté y, antes de sumergirme en esa pequeña sensación de soledad que me estaba invadiendo, apareció una pareja joven de unos treinta años preguntando, tal como yo lo había hecho, a cuál vagón les correspondía entrar, si les correspondería ese u otro. Les dije que podían sentarse donde quisieran, que eso me habían dicho los de al lado, entonces pasaron y se acomodaron conmigo. En pocos minutos hablábamos animadamente. Se presentaron:

—Pannos Kostopoulos y Helena, mi esposa, somos griegos —dijo Pannos.

—Bien griegos esos nombres —les dije y rieron.

Me contaron que Pannos estaba usufructuando una beca para un curso avanzado de Economía. Les hablé de mí y pronto pasamos a hablar de temas generales de la aldea global en que vivimos. Resultó que yo sabía más de Grecia que ellos de Uruguay, pero los tres sabíamos que compartíamos el haber salido de una dictadura y era linda esa sensación, como si el que yo recordara el entonces reciente escándalo amoroso de su presidente, Papandreu, y ellos los problemas de mis vecinos Alfonsín y Menem con los Carapintadas fueran signos de convivencia, de haber vivido algo juntos. Hasta la reacción frente a la vista del mar nos unía. Apareció de golpe en la ventana del pasillo, yo me paré enseguida y salí del compartimiento. Pannos me siguió entusiasmado.

—¡Como en casa! —me dijo.

—¡Como en casa! —repetí—, como cuando yo vivía sobre la calle Mar Mediterráneo, en Montevideo y veía el Río de la Plata.

—¡Nosotros vivimos sobre el propio Mar Mediterráneo! —agregó

sorprendido por mi comentario— Vivimos en una isla, y la casa tiene vista al mar.

Helena se acercó a la ventana del pasillo y se puso a contarme sobre su casa frente al mar mientras los tres disfrutábamos la vista al canal que estaba con aguas turbulentas y de los acantilados de tierra blanca. Blanca de carbonato, me había dicho Susan al pasearme por el condado de Kent, donde abundaba la piedra caliza. Desde el tren y después desde el puerto veíamos que también las casas y edificios mostraban el mismo blanco semejando castillos en la arena.

Cuando llegamos a Dover nos enteramos que por la tormenta muchos viajes habían sido cancelados, que no se sabía cuándo o si viajaríamos, teníamos que esperar. Por esa demora se había acumulado mucha gente. Casi no había donde acomodarse. Pannos y su señora se sentaron conmigo sobre un murito y rodeados de las valijas y bolsos. Ellos hicieron que me fuera entretenida la larga espera. A mí solo me preocupaba no llegar muy tarde a París, temía llegar de noche, pero aparte de eso no tenía presiones como ellos que viajaban por el fin de semana a Boulogne y por trabajo. Al día siguiente tenían que hacer el mismo viaje de vuelta sin haber disfrutado ni una tarde.

Pannos fue a comprar comida, me preguntó si yo quería algo. Le dije que no y les conté a ambos que mis amigos de Wimbledon, Daniel y Gloria, me habían hecho varios cuentos sobre el malestar, los mareos y vómitos que podía uno sentir en viajes con el mar picado y el estómago lleno. No hicieron caso a la sugerencia velada, compraron y comieron algún sándwich relleno con quién sabe qué. Cuando escuchamos por los altoparlantes que partiríamos pronto y que debíamos presentarnos con los documentos en la puerta de embarque, nos levantamos y pusimos en marcha. Pero la espera continuó, tuvimos que hacer varias colas aquí y allá. Pannos, muy caballerosamente siempre cargaba mi valija. Finalmente nos embarcamos.

—Como cruzar el Río de la Plata —les comenté. Así me sentía, como

que ya conocía el barco, pero imaginaba que debía ser más peligroso cruzar el canal que mi querido “charco”, me parecía más expuesto a vientos y corrientes. El movimiento era fuerte al principio, como yo no había comido me sentía bien, Pannos y su esposa en cambio la pasaron mal, con el estómago revuelto. Tuvieron que ir al baño donde vomitaron el sándwich, por suerte volvieron aliviados.

Estábamos sentados alrededor de una mesa redonda chica. Pannos hablaba mucho, por su beca debía manejar el inglés y quería practicar conmigo. Cuando le faltaban palabras buscaba en un diccionario manual que llevaba en su bolsillo. Por curiosa miré el diccionario. Yo conocía las letras griegas por mis estudios de matemáticas y física, y quise probar, les leí una palabra en voz alta.

—¡Muy bien! —me dijeron, parece que hasta la pronunciación me salió bien.

—¿Qué dije? —pregunté.

Se rieron. Que pudiera leer una palabra en griego y no entender su significado les resultaba muy extraño.

Después me hicieron leer sus apellidos y me pidieron que intente escribir algo, por ejemplo, Pannos. Casi pude: pi (Π) para P; alfa (α) para a; nu (ν) para n; otra nu, la “o” no la supe, pensé en theta (θ), que no era y puse sigma (σ) para la s; en resumen: Pannos = $\Pi\alpha\nu\nu\theta\sigma$.

—Casi bien —me dijeron. Ahora sé que la o es ómicron y se escribe como la o latina, entonces Pannos = $\Pi\alpha\nu\nu\omicron\sigma$.

De repente sentimos un sacudón, seguro debido al oleaje, pero nos alarmó, recordamos el trágico accidente de un par de años antes, cuando cayeron al canal los autos y el Ferry volcó al perder el equilibrio.

—¿Habrán cerrado las puertas de la cochera? —les dije sonriendo.

—¿Te acuerdas?

—Sí (otra vivencia compartida), supongo que habrán aprendido, no

repetirán el mismo error.

Al desembarcar me sentía feliz. Toda la vida soñando con un viaje a Francia y se estaba dando. Cuando di los primeros pasos en tierra francesa exclamé:

—¡Francia, al fin!

Pannos caminaba a mi lado con una de mis valijas, me miró sonriendo e imaginando mi sentimiento agregó en sintonía:

—¡Vive la France!

Cuando les tocó bajar del tren en Boulogne, parecía que a Pannos le dolía. Se acercó a mi asiento y me dijo con mirada triste:

—Patricia, llegamos a nuestro destino, el tuyo está más lejos, tenemos que separarnos.

—Sí Pannos, tenemos que despedirnos —me levanté y en el pasillo nos dimos un abrazo.

Por la ventana los vi alejarse en el andén. Pannos se dio vuelta y levantó la mano. Contesté su saludo. Me sentía bien por ese lazo, amigos por un día, amigos generosos, afectuosos, justo lo que necesitaba para los viajes entre países, no viajé sola.

PATRICIA LINN
Uruguay



**EL GRIS
CORTEJO DE
LA TARDE
INUSITADA**
JOSÉ LUIS VELARDE

Sentado en una banca del parque veo el consistente cortejo con el que un hombre se empecina en enamorar a una mujer. De lunes a viernes y de cinco a seis de la tarde atestiguo los encuentros iniciados en la primavera de mil novecientos sesenta y ocho. Desde la distancia adivino lo que ocurre en una relación que a pesar del mucho repetirse no entusiasma por igual a los partícipes.

De tanto verlos decidí nombrarlos. Para mí son Blanca y Jacinto, más allá de cómo se llamen en la vida real.

A ella le gusta usar blusas de manga larga y faldas cortas. El tipo revolotea cada vez que la mira aproximarse. Se pone de pie, gesticula y camina para atenuar la distancia en que se consume. No pasa lo mismo cuando Blanca se anticipa. Lo afirmo, aunque solo haya ocurrido en dos ocasiones; una a principios de junio y otra a mediados de agosto, pues permaneció sentada sin sonreír siquiera ante las muecas y los objetos agitados por Jacinto. La primera vez llegó con un montón de globos inflados con helio. No sé si ella no pudo retener el cordel o si lo soltó a propósito, pero ésa fue la única vez en que la vi sonreír. El siguiente regalo fue un oso de felpa. Blanca lo tuvo un instante en el regazo y luego lo sentó sobre la banca.

Ahí se hubiera quedado muy solo cuando llegó la hora de marcharse, pero Jacinto volvió de prisa para tomar al muñeco del brazo, mientras la mujer ni siquiera se apoyaba en el hombre conforme se retiraban del jardín.

Supongo que el enamorado le recita versos cada vez que lo miro asumir posturas absurdas como las utilizadas por un declamador cursi, pero no consigue entusiasmarla a mi parecer.

Los lapsos poéticos se suscitan cada dos o tres días, siempre antes de comer. Ambos se limitan a masticar despacio los bocados que extraen de cajas sin marca. Comida casera o algo adquirido con bajo costo y de prisa. Nunca fui a revisar sus desechos. Lo que sí es cierto es que al concluir recogen la basura y caminan hacia el poniente para depositarlos en un contenedor

público. Nunca pasan frente a mí. Tampoco he reunido el valor necesario para seguirlos. No sé si les represento una molestia. Quizá fui mencionado alguna vez, aún recuerdo aquella ocasión en que me miraron durante diez segundos. Se encontraban a treinta y cinco metros. Lo sé, tras confirmar la medida que separa nuestras bancas con una cinta métrica, pero me resulta difícil externar conjeturas respecto a si pretenden ignorarme.

El hombre tiene dos trajes. Uno gris oscuro y otro gris claro. Los intercala en cada cita, aunque sean evidentes las malas condiciones en que se encuentran. Ella, en cambio, repite los zapatos. Es dueña de tres pares que destellan como semáforos altísimos.

Verdes, amarillos y rojos.

Yo trabajo ocho horas que inician a las seis de la mañana. Tengo veinte minutos para comer al mediodía sin salir de las instalaciones del trabajo. Por fortuna, mi hogar y el parque no se encuentran demasiado lejos. Esto me permite trotar por las veredas. Es una rutina que practico a diario, pero debo confesar que estoy harto de la sudadera y los pantalones desteñidos que visto cada vez que me topo con Blanca y Jacinto.

A esa pena extraña se suma una variante surgida desde hace algunos días en mi pensamiento. Me atormenta intuir que cada ocasión que se alejan solo representa el regreso al hogar compartido. Pienso que los encuentros de ninguna manera son citas románticas y que solo son la culminación de sus responsabilidades laborales.

Molesto por mis conjeturas y mi mala facha me convencí de ir a la sastrería.

No falta mucho para que me entreguen el atuendo que mandé hacer a la medida. Me pregunto aún si solo deseo impresionar a mis observados.

Tal vez ellos también me miran sin que yo lo advierta.

El sastre ajusta mi traje de lino egipcio durante el fin de semana.

Adquiero una camisa de color vainilla que apenas contrasta.

Duermo en paz la noche del domingo.

El lunes llego al mismo tiempo que el hombre vestido de gris como nube huidiza. Me mira sin distracciones. No me intimida y me balanceo con las manos en los bolsillos. Agito los puños como un boxeador. Exagera mis movimientos al imitarlos. Levanto un pie y luego el otro. Salto frenético y desato una coreografía desfasada. Me miro en un espejo oscurecido por las sombras arrastradas por el viento que ya indica la proximidad del otoño.

La mujer llega y nos mira impávida. Jacinto deja de repetirme y extiende las manos hacia ella como si quisiera conducirla en un baile acompañado por la música melancólica de un carrito de helados. Permanezco inmóvil. Soy una estatua con el sol en la espalda. Blanca entrecierra los ojos. Bizquea y se encamina hacia mí. A unos cuantos metros echa a correr.

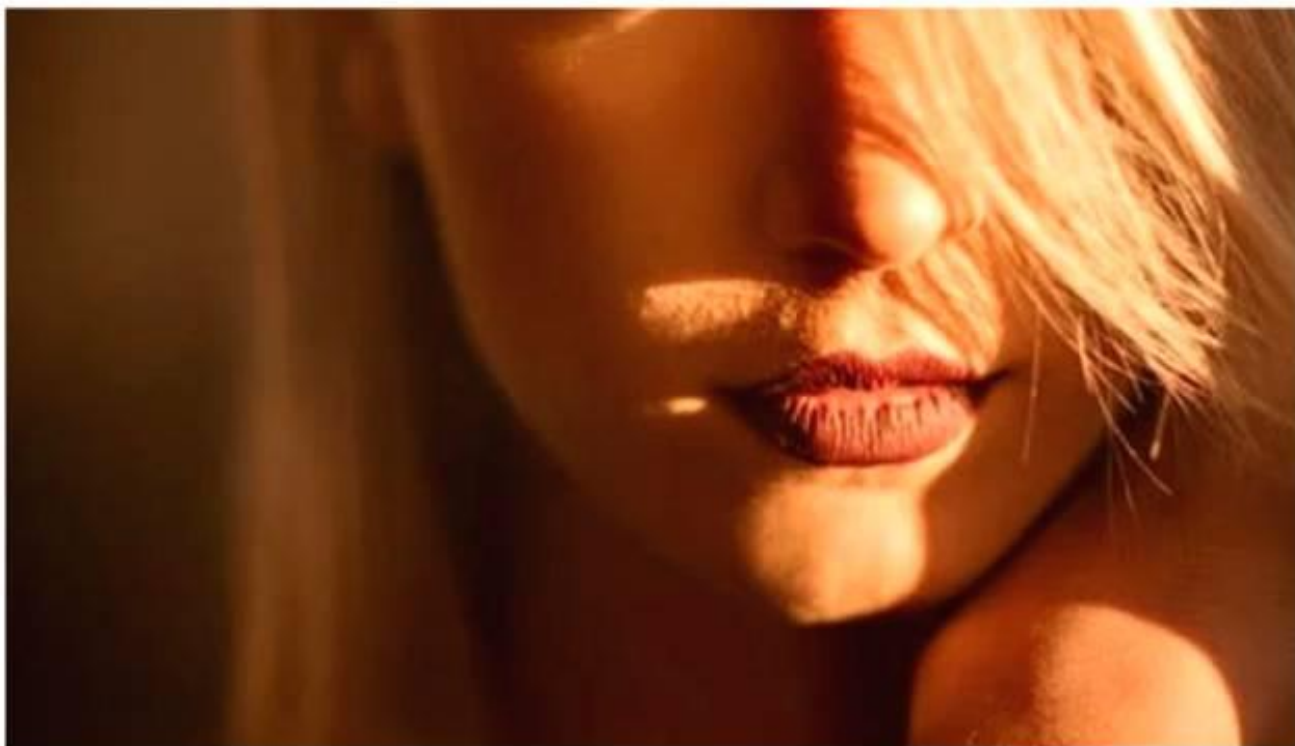
Me abraza emocionada. La beso. Ella corresponde, luego se ausenta sin dejar de apretarme hasta beber todos mis sueños con lengua ligera y sed infinita. Descubro que en un futuro cercano solo dos trajes grises ocuparán mi guardarropa; uno será claro y el otro... oscuro casi negro.

La tela de lino se derrite como vainilla bajo el sol insoportable de la canícula.

JOSÉ LUIS VELARDE

México

Página WEB: [Literatura Virtual](#)



DESDÉN

JUAN MARTÍNEZ REYES

Sin pensar que después de alcanzar el éxito, lo perdería todo por aquella mujer, se enamoró sin medida.

Se encontraba en un evento importante en la ciudad y él era un invitado de honor. Un amigo del mundo artístico se la presentó, y él no pudo evitar rendirse a sus encantos. Fue amor a primera vista. Después del evento, no dudó en invitarla al concierto que pronto iba a realizar, y ella accedió con gusto.

Durante varios meses él intentó conquistarla. La invitó a comer a lujosos restaurantes, la llevó al cine y le trajo flores. Pensó que su fama persuadiría para hacerla suya, pero ella se negó a aceptarlo. Le dijo que estaba enfocada en realizarse en su carrera artística. Esto no lo desanimó, al contrario, lo hizo persistir más.

Dejaron de frecuentarse por unas semanas. Ella estaba participando en varias películas con un rol protagónico. El trabajo no le daba tiempo para pensar en el amor, al menos, eso no era su prioridad por el momento.

Él pensaba en ella, incluso le escribió una canción. El día de su cumpleaños, le llevó serenata y los regalos más finos. Ella le expresó su gratitud y le reiteró que prefería estar sola. Además, solo lo veía como un buen amigo. Él no desistió y, después de pensarlo algunos días, decidió pedirle matrimonio.

—Cásate conmigo —le dijo, arrodillándose y mostrándole el costoso anillo de diamantes. Voy a darte todo lo que tú te mereces. No te faltará amor, ni dinero.

La mujer, no lo pensó ni un instante, y decididamente, le respondió con altivez:

—Entiéndelo, yo solo te quiero como un amigo. Búscate a una mujer que corresponda a tu amor. Solo te pido que ya no me busques, ni me llames.

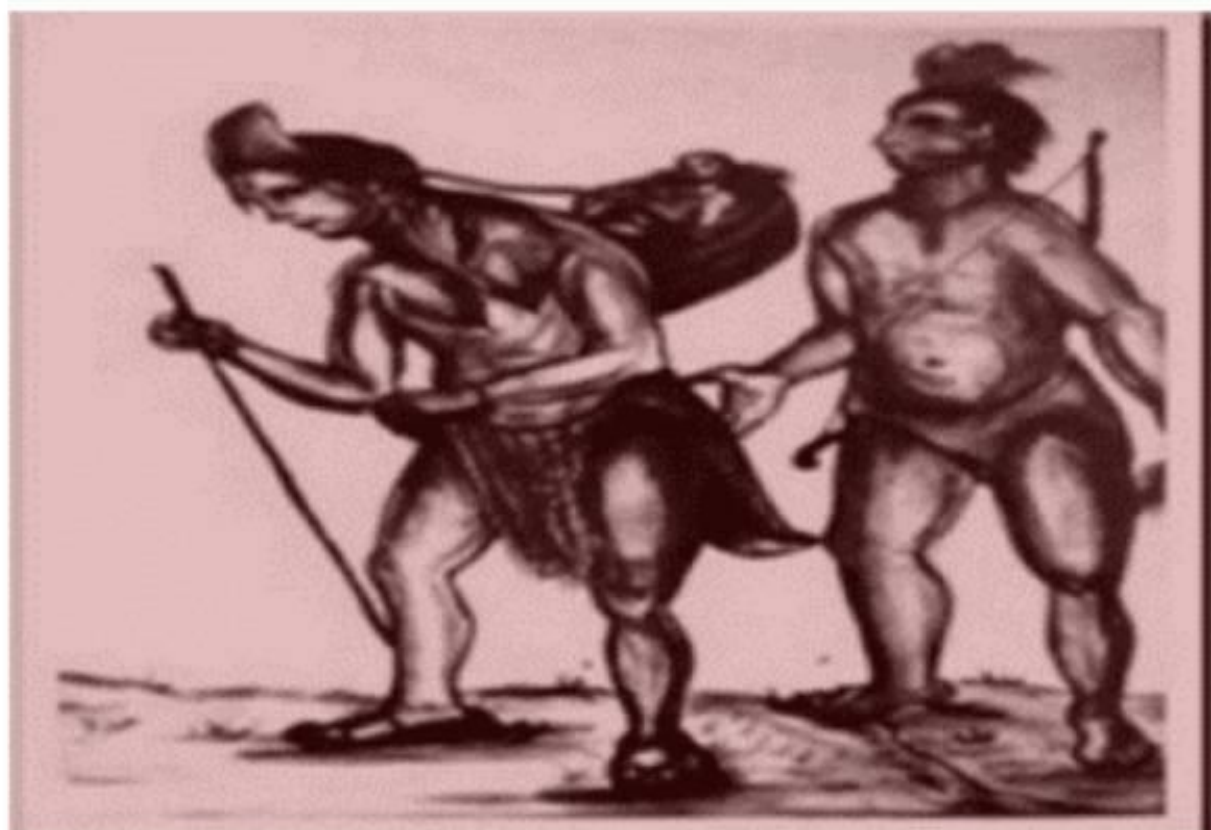
Él se marchó decepcionado, con el dolor incrustado como una espina en el pecho. Se recluyó en su casa lamentando su suerte y renunció a la música.

Cada día, cuando pasa una mujer debajo del puente, un hombre ebrio y harapiento, emocionado por la visión, grita: ¡Rosalba! ¡Rosalba! Es ignorado como siempre, luego, se calma y busca con afán su botella de alcohol. Algunos lo miran con desdén, y otros con repudio, sin saber que aquel vagabundo solía cantar hermosas rancheras.

JUAN MARTÍNEZ REYES

Perú

Facebook: <https://www.facebook.com/juanjesus.martinezreyes.7>



AMMO - GOKIO Y AMBEING

SERGIO ÁVILA ROMERO

Dentro de una cueva en la falda de un cerro, ubicado entre los templos de Nuestra Señora de Loreto-Conchó y San Ignacio de Kadakaaman, el joven estaba sentado en el suelo, junto a su bella mujer reposando sobre un lecho de zacate, cubierto con una piel de venado, pues días antes su primer sau (“hijo”) había nacido. Ella, con apagada voz le dijo: Uybetel luhu. Nupi ua (“Enferma aún. Mi pecho duele”). A lo que el esposo, al no tener otra manera de calmar su dolor, la sobó tierna y suavemente mientras le repetía: Uamibutel guiwuctujua nangassang (“Este hombre a su mujer ama”).

La graciosa muchacha, pacientemente había esperado más de dos semanas la llegada de una noche de ga-ma (“luna”) llena, para decirle a su esposo al oído: Wakoebutel wacameta (“Mujer esta embarazada está”), y al escuchar la noticia, el enamorado, abrazándola y besándola le prometió que por siempre protegería a ella y a la criatura.

En la lejanía un cardonal sobre una loma se silueteaba ante el fulgurante círculo plateado. Antes de conocerse ella se llamaba Adet (“Huizache”), pero cuando se enamoraron él se lo cambió por el de Ambeing (“Cielo”), pues la consideraba como algo sublime e infinito; en contraparte, el gallardo esposo también le hacía honor a su nombre, ya que era fuerte y ligero al correr por el campo; casi siendo niño su padre le había llamado Ammo-Gokio (“Berrendo”).

Y tal como lo había prometido, Ammo-Gokio tuvo que refrenar sus ansias nómadas. Únicamente salía de su hogar para regresar el mismo día, con la colecta de diversos frutos, sacar almejas y fisgar en la orilla del mar algunos kaguacan (“peces pequeños”). Recordaba que sus antepasados solían decir a los jóvenes la máxima: Kadauga gadey iguimil decuiñi (“El pez ve pero no oye”). Para él eso significaba que un ta-ma (“hombre”) sin experiencia no debiera rehusarse a escuchar a otro más sabio. Así transcurrieron cuatro o cinco semanas, hasta que un día muy temprano, recién pasada la alborada,

escuchó ruidos cercanos, y ante la posibilidad de que alguna fiera pretendiera atacarlos, preparó su arco y sigiloso caminó y apostó en la salida de su cueva.

De pronto, decidido, salió al encuentro, pero no peligroso sino afectuoso, pues se trataba de Maka (“Ventre”), su ocasional compañero de cacería, que había sido gran amigo de su ñiku (“padre”). El anciano recién llegado no parecía serlo, era esbelto y aún conservaba su paso firme, la espalda vertical y su curvilínea panza. Ante tan sorpresiva y agradable sorpresa, Ammo-Gokio arrojó su arco al suelo y se prodigaron reiterados saludos, pues hacía ya mucho tiempo que no se encontraban. El joven le preguntó:

—¿Auka? (“¿Cómo estás?”)

—¡Mjan mjan! (“¡Muy bien!”)

—¡Lap lap! (“¡Adelante, pásale!”)

Al presentarle su esposa a Maka le dijo: Whanu wamijua wangata (“Un niño varón parió”). La llegada del viejo representaba una gran oportunidad para que Ammo-Gokio volviera a sus actividades habituales, internándose en los montes; cazando, trotando, corriendo, vagando. Pidió permiso a Ambeing y se lo concedió, con la condición de que se cuidara mucho, pues ellos ya no eran goguo (“dos”) sino kambio (“tres”). Cargaron de flechas su respectivo carcaj, y dejando al cuidado de una nieua (“nana”) a su esposa e hijo, emprendieron la jornada ascendiendo esa montaña, y bajando sobre la otra ladera siguieron avanzando hasta desaparecer al fondo de extensa llanura.

Mientras caminaban entre kadeibi (“parra silvestre”), el joven esposo iba pensando en su padre, quien a pesar de que era desordenado en sus placeres no podía olvidarlo, y nunca se cansó de repetirle: kenedabapa urap, guang lizi, guimib tejunoey (“padre mío come y bebe, pero poco”). Recordaba también cuando en su niñez, durante un ritual nocturno, un chamán le ordenó que, por ningún motivo se le ocurriera cazar un berrendo, aunque se anduviera muriendo de hambre, pues entonces cometería un acto profano, ya que ese

sería su guardián protector, y por ello, al quedar desprotegido una maldición caería sobre él. De pronto un yiju (“zorrillo”) lo sacó de sus pensamientos cuando cruzó corriendo frente a ellos.

Cerca de mediodía descansaron en un arroyo seco, bajo la verde fronda de un gran árbol de tronco dorado, cuyas raíces engarzaban grandes rocas grises. Anaba (“Higo silvestre”) es el delicioso fruto que produce y lo usaron de postre. Encendieron iy (“leña”) y ya convertida en braza encima colocaron wiy (“piedra”), sobre la cual asaron churea (“faisán”); el joven Ammo-Gokio se comió tranquilamente nagnana tejueg ignimel (“cinco”), mientras el inapetente viejo Maka engulló nagnana ignimbad demuejueg (“diez”), y acostándose cuan largo era sobre las frescas arenas, se le oyó decir: hauiley mang (“El vientre está lleno ciertamente”). Reposaron un rato y continuaron por una empinada y espinosa vereda.

Después siguieron sobre un terreno plano cubierto por matacoras. Hicieron un alto en su camino para calmar la sed con una buena dotación de jugosa fajua (“pitahaya agria”), y no probaron tammia dammia (“pitahaya dulce”) pues les causaría mayor sed.

Ya rehidratados avanzaron durante tres horas más, y al observar unas huellas rumbo a una poza las siguieron, y esperaron pacientemente a prudente distancia de esta... Escucharon movimiento entre el matorral y prepararon sus arcos, e intempestivamente saltó un venado de regular tamaño; la flecha de Ammo-Gokio se clavó en la pata delantera derecha, pero el flechazo del viejo Maka logró atravesar el cuello del animal.

Cortaron una vara de medza (“palo verde”) donde amarraron de las patas a la presa, y colocando los extremos en el hombro derecho de cada cual iniciaron el retorno, donde la bella Ambeing, después de pasados tres días empezaba a desesperarse. Y fue hasta el atardecer siguiente cuando el par de amigos cazadores, jadeantes pero satisfechos por fin llegaron al punto de partida.

Esa noche Maka fue huésped de la joven pareja, y le tocó dormir al fondo de la cueva, no sin antes haber cenado un delicioso y merecido pernil de venado asado. Con cierta dificultad llegó hasta su lecho de zacate —que él mismo había confeccionado—, y ni bien terminó de decir: hauiley mang (“El vientre está lleno ciertamente”), cuando cayó de espaldas, entrando al momento en el “valle de los ronquidos”.

En cambio, Ammo-Gokio y Ambeing solo comieron un poco del manjar y se acostaron temprano. Y es que ante tales circunstancias: Maka fuera de combate y el recién nacido también dormido, adelantándose a Marcel Proust pensaron “en busca del tiempo perdido”, y acordaron por unanimidad que, debido a las noches que dejaron de verse, esa era la ocasión propicia para nagoro (“amar”).

Al amanecer, el viejo Maka, colocándose el carcaj a la espalda y su arco al hombro se despidió de los jóvenes esposos. Después de cruzar una loma bajó al fondo de una cañada y junto al kada (“carrizal”) siguió caminando... Levantó por un instante sus pálidos ojos hacia el sol, que en esos momentos apareció íntegro sobre la montaña, y meditó: Ibungajua ganchmajen kaluhu (“El sol, que la luna, es más grande”).

A su paso contemplaba en las cercanas enredaderas de florecillas rojas a distintas variedades de pajaritos, quienes alegres ofrendaban bellos cantos al nuevo día. Detuvo su andar, y uniéndose a la sinfónica entonó una cancioncilla, que de niño su madre le había enseñado. Al terminarla sonrió y abrió sus interrogantes brazos hacia las avecillas, como esperando de ellas su aprobación, diciéndoles: Tejoe kanopa tahiromang (“Uno canta bien ciertamente”). Después nuestro caminante siguió su derrotero, tal vez hasta el final, pues a partir de ese majibel (“otoño”) de 1732, nada volvió a saberse del viejo Maka.

Siguieron desfilando los días, “sin prisa pero sin pausa”, y Ammo-Gokio se preparó nuevamente para salir de cacería junto a otro amigo llamado Kayijit (“Tejón”). Al despedirse de Ambeing y su hijito, ella le reiteró las

mismas recomendaciones que le hiciera cuando salió a cazar con Maka.

Al despuntar el alba iniciaron una larga caminata y, al caer la tarde, bajo un mezquite asaron el conejo y las palomas pitahayeras que durante el trayecto cazaron. Un gavián los observaba interrogante desde la cumbre de un cardón. Después del descanso siguieron por un desfiladero hasta llegar a un vallecito tachonado de palo Adán y lomboy. Empezó a caer la noche y se acostaron cerca de la falda de un cerro, junto a un árbol de torote.

Ammo-Gokio recordaba a su amada y a su niño, que aún no tenía nombre; pensó en varios pero ninguno le satisfacía. En cambio, su amigo Kayijit pensaba en las tristes palabras que su señor padre, hacía poco tiempo había expresado a la familia: Tammabutel godeki (“Hombre este no ve”).

Y pensamiento tras pensamiento los fue venciendo el sueño, mientras la noche los cobijaba con un manto de fulgurantes estrellas.

Los primeros rayos de sol se filtraban tras las copas de un mezquital cuando despertaron, e inmediatamente retomaron la marcha escalando un cerro, bordeando un acantilado, y pasado algún tiempo descansaron bajo la sombra de un frondoso palo blanco; desayunaron y siguiendo la caminata pasaron por una zona de lomerío suave, y bajando hacía unas pozas se recomfortaron con sus frescas y límpidas aguas. Después se posesionaron a cierta distancia sobre una pendiente.

Esperaron, esperaron... De pronto un venado de gran tamaño bajó al agua: Kayijit le tiró primero, su flecha se hizo añicos al chocar contra la cornamenta, y el disparo de Gommo-Gokio rozó ligeramente el cuello, y la flecha, aunque un poco desviada siguió de frente, y con desagradable sorpresa vio, cuando se clavaba entre las costillas de un pequeño berrendo, quien asustado había salido de entre el matorral, y muy mal herido, trastabillando corrió a lo largo del arroyo.

Ammo-Gokio corrió también tras el animalito, con la intención de arrancarle la flecha y tratar de curarlo. En su angustiante carrera no escuchó a

sus espaldas el imperativo “Alto, detente alma del demonio”, pues iban resonando en su mente las palabras de aquel chamán, cuando de niño le dijo que el berrendo sería su protector, y si mataba alguno, sobre él caería una inexorable maldición. Siguió a la máxima velocidad que sus piernas se lo permitieron, cuando al estruendo de dos detonaciones, pesadamente cayó de bruces contra la arena. Por supuesto que su amigo Kayijit huyó despavorido.

Sus victimarios lo colocaron cara arriba, esperando ver en el caído una cicatriz en su frente. No había tal ni alguna otra, e impávidos ante los dos rojos borbollones, —uno en el pecho y otro en el vientre— recargaron sus armas. Es de suponerse que desde sus caballos le habían disparado a una distancia no muy lejana, pues los proyectiles de sus mosquetes tenían una potencia efectiva a sesenta y cinco varas (unos cincuenta metros).

Montaron en sus caballos y se retiraron para seguir en busca de aquel sacrílego ladrón cochimí.

La pareja de “Soldados de Cuera”, encargados de mantener el orden en el Presidio y Misión de Nuestra Señora de Loreto, le dispararon porque al no detenerse pensaron se trataba de quien, durante la pasada misa, al sacerdote oficiante le arrebatara el cáliz creyendo tal vez que era de oro, y saliendo de estampida desapareció entre el monte. En realidad se trataba de un hermoso cáliz decorado estilo barroco, de plata, bañado con unas cuantas micras de oro; no era de mucho valor económico, pero sí de un gran valor religioso.

Gommo-Gokio quedó solitario en el suelo, pues nadie más se enteró de esas acciones; en su delirio miraba la imagen de su esposa con el hijo en brazos. Les pidió perdón ya que no podría seguirlos protegiendo, como se lo había prometido aquella noche de luna llena, cuando le dijo que estaba embarazada. Su padre le había inculcado desde muy jovencito la idea sobre la brevedad de la vida y la inmortalidad de Dios, por lo que balbuceante alcanzó a decirle a su amada: ¡Tamma amayben meten aguinañi. Diosjua ibiñe! (“¡El hombre años muchos no vive. Dios no muere!”).

Sus ojos quedaron abiertos, viendo hacia esa entidad sublime e infinita, el cielo, igual nombre que había escogido para su querida esposa -Ambeing-. Ese mismo cielo se encargó de lavar sus heridas, pues al otro día, allá en la pequeña comunidad se escuchó decir: ¡Annet andemajuong galamata! (“¡Ayer en la noche llovió!”).

Referencias Lingüísticas

Venegas, Miguel, Noticia de la California, (1757).

León Portilla, Miguel, Ejemplos de la lengua californica, cochimí. (En esta obra el autor expone una serie de frases y vocablos reunidos por el jesuita Franz Benno Ducrue entre los años 1778 y 1779).

SERGIO ÁVILA ROMERO
México



GA FE

VALEN2

“No hay paz en la vida de quien traiciona, miente, engaña, odia y habla mal de otros” (Eduardo Alighieri)

Son malos recuerdos tuyos, así es. Imposible evitarlos cuando evoco nuestra ruptura. Pues tengo bien presentes todas las llamadas telefónicas desde que nos separamos. O las cogías para soltarme improperios o impedías que hablara con la única hija de ambos. Yo lo intentaba cada vez, para ver si podía ablandar tu corazón, aunque sabía por tus propias palabras que eso también lo hacías con las cartas que le enviaba a ella. Pero era misión imposible siempre.

¡Por Dios, cuánta maldad, cuánto despecho insano por tu parte! Nunca pudiste entender que la vida tenía que separarnos, porque nuestra unión solo fue un matrimonio fingido que usaste para conseguir ser madre. Y logrado ese propósito, buscaste excusas, pusiste cuernos, forzaste disputas, para que yo pusiese tierra de por medio contigo y tú pudieras dar esa imagen impostada de falso desconsuelo y de abnegada mamá que interpretas a las mil maravillas desde entonces.

Y pasados los años, incluso en el más allá, tras culminar trágicamente con mi adicción a la botella a la que me abocaste con tus constantes desplantes, sentí tu pasotismo y tu nula sensibilidad cuando te llegó la noticia de mi inesperado fallecimiento. Sí, mucha lagrimita social con mi cuerpo ausente, pero al poco arreglando papeles en la gestoría del amiguete para poder vivir del cuento, para continuar chupándome la savia, para gozar de tu paguita de viuda.

Sin embargo, al final, debido a que no puedo descansar en paz por esos sufrimientos injustos, ahora te acompaño siempre. Y sin que lo sepas, mientras tú sigues absorta en tu microcosmos social, en tu irrealdad virtual, en tu egocentrismo personal, en tu inmoralidad congénita, ni te imaginas que yo soy el único culpable de ese permanente y doloroso GAFE tuyo en el amor. Gracias al karma, soy el vengativo instigador espectral de tus múltiples amoríos

y de esos incontrolables celos tuyos que desembocan inevitablemente en cabreos y en ruptura. Porque ya sabes, mami, ni conmigo ni con nadie más.

VALEN2 (VALENTÍN GARCÍA VALLEDOR)

España

Página WEB: <http://valendos.blogspot.com/>

Facebook: <https://www.facebook.com/valendos>

Twitter: <https://twitter.com/axlan2>

Instagram: <https://www.instagram.com/valen2.valle/>



NEVADA

JOSÉ A. GARCÍA

Para mi sorpresa, al mirar esta mañana por una de las ventanas del refugio, descubrí que estaba nevando. Algo que me resultaba imposible de creer. El último registro de nieve en la ciudad databa de hacía alrededor de sesenta años, si es que no más, y antes de esa fecha era un fenómeno tan poco frecuente como llamativo. Parte de los que todavía habitábamos la ciudad creíamos que esos registros habían sido fraguados con alguna intención que no podíamos entender ni imaginar porque no quedaba nadie que supiera cómo explicar algo semejante.

Según el calendario no estábamos ni siquiera cerca del invierno, pero llevábamos tanto tiempo sin actualizarlo que esto bien podría ser un error del propio calendario, porque el clima nunca se equivoca. La nieve, en cambio, era un tema diferente. No era blanca, como en las representaciones audiovisuales que acostumbraba a reproducir, lo que me llevaba a dudar del estado de los archivos, así como de su fidelidad al momento de capturar las imágenes. Además de no tener el color adecuado sino un gris deslucido, casi sucio diría, tampoco se sentía fría como se esperaría para un fenómeno invernal. Lo supe tocando el mugroso vidrio de la ventana por la que la veía, pero esto podía deberse a cualquier otro motivo, tal vez la calefacción estuviera encendida sin que me hubiera percatado o el cristal contara con alguna clase de tratamiento contra el frío, aunque esta última opción era más difícil que fuera verdadera que la primera opción.

El entusiasmo por la novedad me impulsó a salir del refugio, pero no sin antes comprobar y complementar las medidas de seguridad necesarias: revisé las cámaras del perímetro asegurándome de que en las que continuaban funcionando no se veía nada extraño; comprobé los niveles de oxígeno, CO² y otros gases en la atmósfera; me coloqué el traje de protección reglamentario. Unas tres horas después, cuando atravesé la última exclusiva de seguridad, salí al exterior.

La nieve aún caía, un poco más tenue que al momento en que la

descubriera, y cubría con un manto gris, perfecto y uniforme, la mayor parte del suelo del patio interior del refugio. Caminé viendo cómo quedaban sobre la nieve las marcas de mis pasos y de las pesadas botas de acero y plomo que llevaba. Al llegar a la pared opuesta del patio me quité el casco de seguridad sabiendo que el aire, aunque no por completo libre de patógenos, resultaba respirable. Con el rostro descubierto miré hacia las alturas, cerré los ojos, abrí la boca sacando la lengua y esperé a que algunos copos de nieve cayeran sobre ella. Era algo que había visto en las representaciones audiovisuales, y ahora que tenía la posibilidad de hacerlo quería experimentarlo al menos una única vez antes de regresar al interior y desinfectar todo el equipo y desinfectarme también a mí mismo.

Sentí caer los copos de nieve sobre mi lengua y cerré la boca cuando creí tener los suficientes como para conocer su sabor. Diría que no me disgustó, que no es lo mismo que decir que me haya gustado. Luego de mi experiencia con la nieve, no podría decir que entendía el porqué de las muestras de alegría y la diversión de todas esas personas que, como fantasmas del pasado, aparecían en las representaciones audiovisuales si después de todo la nieve tenía el mismo sabor que la ceniza.

JOSÉ A. GARCÍA
Argentina

Página WEB: www.proyectoazucar.com.ar



FUE CULPA MÍA

LUIS J. GORÓSTEGUI

Era un atardecer abandonado de finales de verano de nubes dispersas y brisa suave cuando a la comisaría del distrito centro de la ciudad entró un robot.

—Quisiera hablar con el comisario jefe, por favor —le dijo al agente de policía que estaba tras el mostrador de la entrada.

—En estos momentos está en una reunión. Dígame a mí de qué se trata —le respondió el agente.

—Me llamo Lucas. Vengo a entregarme. Soy el asesino del profesor Ulloa.

El doctor Ulloa era diseñador de procesadores neuronales en la empresa de robótica Neurob S.A., un consorcio internacional especializado en el diseño y fabricación de robots de inteligencia artificial de última generación. Hacía apenas tres días que, la mujer que dos días a la semana le hacía la limpieza doméstica, le había encontrado muerto en su habitación. Según el análisis forense había muerto por una sobredosis de barbitúricos. Todo indicaba que había sido un suicidio.

Los robots no mienten, por eso, cinco minutos después de entrar en la comisaría, el comisario jefe en persona y un par de agentes más interrogaban a Lucas.

—Bien, Lucas, explícanos todo desde el principio. ¿Por qué afirmas que has matado al profesor Ulloa?

—Soy el prototipo LCS-603 de Neurob, pueden comprobarlo en mi placa base, y en ocasiones sufro episodios de esquizofrenia compulsiva.

—Continúa.

—El doctor Ulloa estaba trabajando en mi nuevo procesador neuronal pues hace algunos meses había detectado en él una serie de desajustes cuánticos —la robótica cuántica no es una ciencia exacta del todo y precisa de ajustes sumamente delicados—. El día que le maté le había

acompañado a su casa para que continuara trabajando en mí.

—¿El profesor solía trabajar en ti en su casa? —le preguntó el comisario jefe.

—Sí, en ocasiones; su casa es como un laboratorio de robótica y allí trabajaba más a gusto.

—Bien, continúa.

—Aquella noche me sobrevino un ataque esquizofrénico y a la hora de la cena envenené su comida. Fue un impulso irrefrenable. Luego regresé a Neurob.

—¿Posees conocimientos de medicina?

—Unos pocos para casos de primeros auxilios, pero sabía que el profesor tomaba unas gotas para dormir; solo tuve que vaciarle el frasco en la sopa.

—¿Odiabas al profesor?

—¡Oh, no, era mi maestro!, fue culpa de mi esquizofrenia que afecta a mi protocolo de seguridad: un robot no puede causar daño a un ser humano o por su inacción permitir que este sufra algún mal. Por eso he venido a entregarme, no puedo continuar así por más tiempo. Soy un peligro para la humanidad y merezco ser desconectado para que no vuelva a hacer daño a nadie más. El profesor no se suicidó, yo le maté.

Unas semanas más tarde, corroborada la declaración de Lucas, se celebró el juicio y LCS-603 fue declarado culpable del asesinato del doctor Ulloa y condenado a ser desmantelado permanentemente en su integridad neuronal.

Aquel lunes, a las nueve de la mañana, Lucas fue trasladado desde la celda a la enfermería del centro penitenciario donde le inocularían por vía cervical una dosis letal de nanotransmisores neuronales y apagarían su mente para siempre. Al recorrer aquella milla verde, Lucas rememoró lo que

realmente había sucedido.

El profesor Ulloa sufría episodios depresivos ocasionales pero cada vez iban a peor. Al ser LCS-603 el prototipo con el que más trabajaba, el doctor disponía de más tiempo para estar con él en el laboratorio y así ayudarlo a sobrellevar, en la medida de sus posibilidades, sus ocasionales episodios esquizofrénicos. Lucas era como su enfermero particular: como aquella vez en que se echó a sí mismo la culpa de haber roto unas probetas con muestras cuando había sido el doctor quien, en un ataque, las había arrojado al suelo; o aquella otra en que consiguió evitar que sus colegas del laboratorio se percataran de sus temblores de manos.

El doctor estaba cerca de la edad de jubilación y no soportaba sentirse inútil, que sus colegas ya no contasen con él como antes o que él ya no pudiera desenvolverse tan eficazmente en la empresa como cuando era joven. Por ello sufría episodios depresivos que, junto a los ataques esquizofrénicos, mermaban su autoestima.

Pero no solo era en el laboratorio: Lucas temía que en su casa el doctor cometiera alguna barbaridad, así que, cuando el profesor aceptó su sugerencia de trabajar con él en casa, se sintió más tranquilo, pues estando a su lado podría seguir vigilándole y ayudándole si lo precisaba.

Sin embargo aquella noche algo no fue bien. El profesor se encontraba tranquilo pero algo cansado.

—Vete a Neurob, Lucas, estoy algo cansado, quisiera irme a dormir.

—Pero profesor...

—No te preocupes, estoy bien; necesito que compruebes en el escáner del laboratorio si la muestra D53 está sobresaturada. Anda, vete.

Y Lucas obedeció. No podía hacer otra cosa.

«No debí dejarle solo; fue culpa mía que tuviera un ataque aquella noche y se suicidara. Fue fácil, solo tuvo que tomarse el frasco entero de las gotas para dormir. Si

hubiera estado con él...», pensó Lucas.

Al día siguiente, al enterarse de la muerte de su amigo y maestro, el mundo se le vino encima. Algo tenía que hacer para que la gente no se enterara de que el profesor se había suicidado, pues aquello podría llegar a afectar a su fama de genio de la robótica; y el agobio y la desesperación hicieron mella en él. Y solo se le ocurrió una cosa: ¿y si no se hubiera suicidado?, ¿y si alguien le hubiera asesinado? Sí, ¿pero quién? —pensó—. Y solo había alguien que pudiera haberlo hecho: Él. Por eso fue a la comisaría del distrito centro de la ciudad y se declaró culpable de la muerte del profesor. Así la gente seguiría respetando la memoria del doctor Ulloa. Aquello fue su último acto de servicio hacia el profesor, su último sacrificio hacia su amigo y maestro.

Y Lucas entró en la enfermería del centro penitenciario, se echó en la camilla —en su mente se sentía como un chaval saboreando azúcar y miel— y, cuando le inyectaron la dosis letal, cerró los ojos para siempre.

LUIS J. GORÓSTEGUI
España

Blog: <https://observandoelparaiso.wordpress.com/>

Twitter: <https://twitter.com/ObserveParaiso>



LA CAÍDA DE DZULUM

J. R. SPINOZA

I

No me agradaba la idea de golpear a una mujer. Cuando mi patada impactó en su rostro, la pobre chica cayó al suelo con la melena alborotada. ¿Qué podía hacer? Zazil me había desafiado, me llamó cobarde frente a mis hombres. No hay orgullo en vencer a una mujer.

—¡Vamos, Balam, acaba con ella! —la voz de Zazil se escuchaba decrepita. Había sido el mejor guerrero del clan de las águilas. Enemigos por generaciones de mi tribu, el poderoso clan jaguar. Aliados por necesidad, cuando Dzulum, el Oscuro apareció. Dicen que emergió de las entrañas de la tierra, escapando del reino de los muertos donde había estado cautivo desde antes del nacimiento de las montañas.

La chica se puso de pie. Tenía el labio inferior reventado producto de mi golpe.

—Ahora verás su verdadero poder —dijo Zazil, antes de soltar su carcajada de anciano. Había algo más en su voz: orgullo.

Ella se abalanzó contra mí, esquivé el primer y el segundo golpe, pero el tercero conectó directo en mi plexo solar. Caí de rodillas. Era como si toda la energía de mi ser me hubiera abandonado.

Antes de perder el conocimiento vi como el anciano le hacía unas señas con las manos, a lo que ella asentía con la cabeza.

II

Una fogata mantenía a raya la oscuridad. Fue lo primero que vi cuando recobré el conocimiento. Me acerqué al círculo que formaban mis hombres en torno al fuego.

—Qué gusto que estés de vuelta en el mundo de los vivos, primo — Yumil me tendió un cuenco con guisado de conejo. Mi estómago anunció con

un sonido lo hambriento que estaba.

—¿Cuánto estuve inconsciente?

—Apenas unas horas. Esa chiquilla golpea duro.

La sombra de la vergüenza recorrió mi rostro.

—Es más fuerte de lo que parece —musité.

—Sin duda. Después de ti venció a Yaxkin, Acoatl y Pech al mismo tiempo. En combate tres contra una.

Zazil se acercó a nosotros. Mis hombres aún no se acostumbraban a la presencia de su tribu.

—¿De dónde salió la chica? —pregunté.

El me escuchó, pero no respondió la pregunta. En su lugar dijo:

—Abran el círculo en torno al fuego. Comamos juntos, como una sola tribu.

Ordené a mis hombres que así lo hicieran.

Mactzil —ese era el nombre de la joven— se sentó con nosotros. Era apenas una mujer. Su cabello era negro y lacio y sus ojos del color de las nubes que anuncian la lluvia.

—Eres una gran peleadora, Mactzil.

Comía lento y sin despegar los ojos de su cuenco.

—Ella no va a responderte —comentó Zazil, quien tenía una nariz grande y curvada y el rostro lleno de arrugas.

—¿Demasiado engreída para hablar conmigo?

—Mactzil es sorda —dijo un hombre mayor con un tatuaje que reconocí al instante.

—Wayak Pek, creí que su tribu estaba extinta.

—Casi —dijo el hombre, quien ahora abrazaba a una mujer mucho menor que él con una prominente barriga.

—¿Wayak Pek? —preguntó Yumil.

—Tribu del perro. Son transformistas.

—Mi nombre es Ikal. Mactzil y yo somos los únicos sobrevivientes de la tribu Pek. Hace dieciséis años, el Oscuro invadió mi aldea. Yo estaba pescando. Cuando el ataque comenzó, nadé a la orilla para luchar. Pero lo que presencié no fue una lucha.

—¿Qué fue lo que viste?

—Todo mi pueblo se arrodilló ante él. Parecían estar presos de un hechizo. Luego dijo unas palabras, pero yo no pude escucharlas, el agua se metió en mis oídos. Él pareció notarlo y les ordenó a mis hermanos matarme. Cuando me vi superado hui hacia el bosque. De alguna manera logré perderlos. Cuando regresé, mi aldea era un cementerio. El césped se había teñido de rojo y se me dificultaba no pisar los cadáveres. Entonces escuché un llanto. No era uno normal, era pausado, interrumpido por ciertos jadeos.

—Eso explica porqué mi padre nunca regresó. Me parecía imposible que un hombre tan fuerte como él fuese derrotado. Pero si el Oscuro puede controlar a las personas con su voz...

—Es por eso que no hay guerreros que hayan regresado de un enfrentamiento contra él —comentó Yumil.

—Y por eso hemos sido condenados a movernos cada cierto tiempo —agregó Pech.

—Así es —dijo Zazil—, pero gracias a Mactzil eso cambiará. Ella es la guerrera perfecta para derrotar a Dzulum. La tribu del águila la acogió desde muy pequeña y la hemos entrenado desde entonces.

—¿Qué hay de los demás? —pregunté— Dzulum tiene huestes de esqueletos, pero ella no podrá pelear contra todos, y si vamos, es posible que nos fuerce a luchar en su contra.

—Ya lo he pensado.

Y en el rostro de Zazil se dibujó una sonrisa que más tarde sería contagiosa.

III

En el norte veneran también al dios Kukulkán, solo que con otro nombre. Cuentan una historia sobre la vez que viajó al reino de los muertos. El señor de los muertos le dijo que lo dejaría marchar si hacía sonar su caracol. Pero era una trampa: el caracol no tenía agujeros. El dios supo de la jugarreta y llamó a los gusanos para que hicieran agujeros y a las abejas para que le ayudaran a hacerlo sonar. A nosotros también nos ayudaron las abejas. Con la cera que producían, fabricamos tapones. He de reconocer la sabiduría y astucia de Zazil quien demuestra que los años pueden quitarte el vigor pero nunca la voluntad.

Era una noche nublada cuando atacamos la guarida de Dzulum. Era un enorme jaguar de pelaje negrísimo, cuyos ojos de jade eran lo único que se distinguía en la penumbra.

Vivía en una cueva cercana a la cascada que alguna vez fue de mi aldea. Cuando advirtió nuestra presencia, lo vi mover los labios. Luego abrió su boca, lanzando un rugido que apenas escuché. Decenas de esqueletos llameantes brotaron de la tierra: los huesos de sus enemigos caídos.

La horda de esqueletos nos atacó. Pero yo avancé golpeando con mi macahuitl a diestra y siniestra, y logré abrir un camino entre los enemigos. Mactzil iba detrás de mí, cubriéndome las espaldas.

Tres enemigos nos separaban de Dzulum. Uno de ellos me mordió el hombro. Como su cráneo estaba en llamas, al dolor de la mordida se le agregó el de la quemadura. Mactzil me lo quitó de encima quebrándole su cráneo con las manos desnudas.

En ese momento entendí que ella había dedicado su vida a un solo propósito. Esta noche, cualquiera que fuera el resultado, era el motivo de su existencia. Me sentí pequeño y después culpable. Mis pensamientos me distrajerón de los ataques, pero la joven se las arregló sin mi ayuda.

Pensé si alguna vez había amado. Si tenía otras metas o si en alguna

ocasión había renegado de su destino. Parecía muy decidida, absorta en su misión. (El tan como apócope de tanto no funciona bien aquí, y el tan como comparativo estaría incompleto.)

Dzulum era aún más imponente de cerca. Mi consciencia me invitaba a participar. Ayudar a Mactzil en la batalla. Pero mi cerebro, tan astuto, desconectó mis piernas del sistema.

La joven esquivaba los frenéticos ataques del señor oscuro. Incluso logró conectar un par de golpes. Pero era como golpear una montaña. Si le dolían, no lo demostraba. En cambio Dzulum ya había derribado a la huérfana un par de veces. La sujetó de la cintura y la levantó con una de sus enormes manos.

En ese momento corrí hacia él, pero ni siquiera pude tocarlo. Con su mano libre me arrojó lejos. Uno de mis brazos quedó ensangrentado. Me puse de pie como pude.

Ella gritaba, parecía que en cualquier momento la quebraría, como la boa cuando enreda a su presa en un abrazo mortal. Entonces vi el halo de luz descender hacia ella: una señal. ¿Acaso los dioses habían regresado? El firmamento era parcialmente iluminado por una luna llena. Mactzil comenzó a sacudirse como tiembla a veces la tierra. Sus músculos crecieron y se libró del agarre.

La mujer lobo le aulló a la luna. Después derribó a Dzulum, a quien ahora parecían dañarlo los golpes. No solo eso, se veía lento en comparación de la joven. Cuando vi sangrar al señor oscuro supe que su caída era inminente. Los esqueletos comenzaban a moverse de manera errática. De un zarpazo, Mactzil (o la que había sido Mactzil) rajó la cara de Dzulum. Luego le clavó sus garras nuevamente, perforando su estómago. Cuando estuvo en el suelo, el Oscuro fue destazado con frenesí. Ella no se detuvo hasta remover cada trozo de piel de los huesos. Quienes sí frenaron su avance fueron los esqueletos, que volvieron a la tierra.

IV

Contamos la historia de la caída de Dzulum a las nuevas generaciones. Una historia sobre cómo la unión hace la fuerza y la discapacidad puede ser una bendición. Sobre como la luz puede brillar aún en la más oscura de las noches y delante del demonio.

Nuestro hijo Zazil está aprendiendo esto. Algún día será el jefe de la tribu y contará con orgullo como su madre venció al más poderoso enemigo.

—Abran el círculo —les digo—. Compartamos los alimentos como en aquella noche. Nuestra unión nos hace poderosos. Si estamos juntos en torno al fuego, las sombras no volverán jamás.

J . R . SPINOZA

México

Facebook: <https://www.facebook.com/escritorspinoza/>

Instagram: [@winchesterrudy](#)

Twitter: [@r_spinoza](#)



EL AMENAZADO

RICARDO BUGARÍN

Es el amor. Tendré que ocultarme o que huir.
Jorge Luis Borges

Controlando isostiquios y heterostiquios, me quedé asombrado por tu trasero. ¡El trasero más poético que se puede encontrar a esta altura! ¡Qué nalgas!, dijo uno, mientras marcaba una sinalefa. ¡Por Dios, qué culo!, era la voz prosaica de Roberto a la vez que, con un lápiz, marcaba una diéresis. ¿Y si le hacemos un hiato?, era la voz que había dicho nalgas. Yo voto por una sinéresis, era la voz de culo, que intentaba imponerse.. Mejor busquemos la rima y no nos compliquemos a esta altura del año, dije intentando marcar pausa. Vos siempre con el tema de la altura del año, fue la protesta escuchada en mi entorno. ¡Metámosle cesura, metámosle cesura!, presionaban a dúo y a los gritos. Fue un derrape de versos el resto de la tarde. Nuestro Taller de Análisis Literario ya se había convertido en un disparate. Me retiré de ese inútil campo de batalla y en mi soliloquio, también llegué a preguntarme: “¿*De qué me servirán mis talismanes: el ejercicio de las letras, la vaga erudición...*?” si al final, en silencio: “*Me duele una mujer en todo el cuerpo*”.

RICARDO BUGARÍN
Argentina



ÉXODO HACIA LA LIBERTAD

NURIA DE ESPINOSA

El rey Arón, un hombre rechoncho, que había llegado al trono gracias a que su séquito de luchadores degolló al auténtico rey adueñándose de sus tierras; avaricioso y egoísta, vivía en el castillo rodeado de oro, guardando las reservas de trigo que custodiaban sus esbirros. Por ser tan despiadado e inhumano era odiado por su pueblo.

Sinue, un joven alto y fuerte de facciones marcadas trabajaba las tierras de su amado padre al que la dura vida tenía postrado en una cama; se sentía débil, y cansado. Un campesino más al que el rey impedía tener una vida humilde a causa de los excesivos impuestos que a duras penas dejaban que los aldeanos se alimentasen sumiéndoles en la más absoluta pobreza. Atenazó los dientes mientras observaba el amanecer. Pensó que apenas quedaban labradores que tuvieran mulas para la labranza. Los agricultores empleaban en sus tierras los pocos aperos que ellos mismos fabricaban: la azada, el rastrillo, el azadón que se hacía con una escápula de alce amarrada a un mango de madera, el palo para cavar que era afilado y endurecido al fuego y que se usaba para aflojar la tierra y arrancar las malas hierbas para después hacer hoyos donde plantar las semillas.

Los aldeanos malvivían del pan hecho con trigo ennegrecido, de los pocos restos que recogían del suelo tras la recaudación del rey. Muchos de ellos ni siquiera tenían esos restos de trigo porque el día de la recogida había llovido y se habían mezclado con el barro. Sobrevivían cocinando la poca harina que les quedaba mezclada con agua, quedando una especie de pasta grumosa. Asfixiados por los impuestos, no tenían más ropa que la que llevan puesta tras haberle embargado el rey sus pocas pertenencias, viéndose obligados a dormir sobre el heno. Vestidos en invierno y en verano con telas medio podridas y hechas trizas, y calzados con simples alpargatas.

Cuando Sinue comenzó a organizar el éxodo de los campesinos no imaginó la envergadura y responsabilidad que supondría para él. Se juró que

sería el último día que vería aquel lugar. Convocó a los labradores más cercanos. Sin un solo resuello comenzó a hablar:

—Todos estamos sufriendo la avaricia de nuestro rey. Sobra deciros las consecuencias, pues solamente con ver lo escuálidos que estamos salta a la vista. ¿Queréis la misma pobreza para vuestros hambrientos hijos? ¡No verdad! Esta noche partiré hacia otras tierras donde poder vivir sin ser explotados por ningún rey, una tierra libre.

Un gran murmullo se esparció de boca en boca.

—Iremos contigo —dijo un hombre tan machacado por los rayos del sol que parecía un anciano.

—Nosotros también.

—Y nosotros...

Sinue observó las greñas y ropas de los aldeanos, algunas apenas unos girones cubriendo sus delgados cuerpos. Sintió tristeza y añadió:

—Avisad a cuantos podáis. Partiremos al anochecer. Es preferible morir intentando vivir en libertad que sufrir cada vez que uno de vuestros hijos dice que tiene hambre, y cae enfermo; la oscuridad nos protegerá de los esbirros del rey. Coged el zurrón con lo que podáis de trigo y pan. Lo que podáis de ropa, mantas y enseres para cocinar. Las mulas portarán lo más pesado. Solo llevaremos unas pocas carretas para que los ancianos puedan viajar sin dificultad.

Aquella noche cuando el cielo cerró los últimos rayos de sol, agitó los brazos en señal de que podían avanzar. De repente desde el interior de la oscuridad aparecieron decenas de campesinos con sus respectivas familias; sobre sus espaldas portaban un hatillo con sus pocas pertenencias. Las mulas portaban cestas que colgaban de su lomo conteniendo tinajas de agua, sartenes, ollas, utensilios de cocina, pan y harina. Varios carromatos trasladaban a los más ancianos, aquellos a los que sus pies ya no les sostenían.

Iniciaron el camino al paso hasta cruzar completamente los bosques que rodeaban el castillo. Llegaron a un valle que se extendía hasta perder la mirada en la lejanía. Levantó el brazo para hacer un alto y poder descansar. Sinue avanzó con su caballo. El animal relinchó como si algo le asustase. Tiró de la brida para que párese. El animal se detuvo y pareció calmarse. Agudizó la mirada. ¡Cuidado!, gritó su mente.

Entonces le pareció ver un estrecho sendero que atravesaba el valle por una zona opuesta a donde estaban. Pronto amanecería por completo y tenían que estar lo más lejos posible para evitar a los malvados caudillos del rey. Tiró de las riendas para obligar al caballo a girar sobre sí mismo y galopó hacia el lugar que estaba seguro sería el camino a escoger. Allí todo parecía disrinto, el sendero emergía ante sus ojos en completo silencio. Dudó, pero la serenidad de su fiel caballo le convenció de que debían tomarlo. Regresó dónde la caravana descansaba.

—Sé que estáis cansados —dijo— llevamos toda la noche andando, sin embargo, os pido un pequeño esfuerzo más. Tenemos que cruzar por un sendero que he descubierto, una vez lo crucemos ya no podrán vernos.

Nadie dijo palabra alguna. Se levantaron y comenzaron a caminar.

Sinue no pudo evitar sentir temor. No era un soñador, solo quería vivir en paz y formar una familia sin ser explotados, donde los días no se juntan con las noches con el buche vacío. Cómo explicar a un niño que no hay nada que llevarse a la boca: su corazón enmudecía angustiado entre los matices que destellaban en su alma. Rehusó sus pensamientos y permaneció erguido sobre el caballo guiando la caravana que avanzaba lentamente.

Tras varias lunas de terreno seco su rostro se endureció. Ante él asomaba un camino abrupto y difícil para la caravana. Las mujeres con sus retoños en brazos empezaban a dar muestras de auténtico cansancio. El único camino cruzaba aquella tierra tan inhóspita estaba lleno de guijarros. Se quedó durante un rato pensativo. Como si despertara de un sueño la voz de su

anciano padre llamó su atención.

—Hijo, no tengas dudas. Ya hemos llegado hasta aquí y no vamos a retroceder. Antes prefiero morir.

Miró a su padre. Se notaba el agotamiento en su rostro, pero firme en su alegato. Agachó la cabeza y suplicó en su mente que las ruedas de las carretas aguantasen los caminos.

—Descansaremos media hora y después continuaremos. Hay que reforzar las ruedas con telas. Lamento decir que las señoras deberán prestar algunas de sus telas.

Hubo un pequeño murmullo que el silencio ahogó. Las mujeres entregaron unas pocas vestimentas a los hombres y estos de inmediato reforzaron las ruedas de los carros. Sinue inclinó la cabeza como muestra de respeto a esos hombres que habían dejado lo poco que tenían y obedecían sin replicar. Una leve sonrisa apareció en su rostro alargado. A pesar del intenso frío las mujeres cocinaron unas succulentas gachas que todos engulleron con voraz apetito alrededor del fuego. Varias generaciones conformaban la caravana. Su mente evocó su niñez durante el breve descanso; la calidez de las imágenes apretó su corazón. ¡No!, gritó sin darse cuenta, superaremos todo este tormento, ni el polvo ni el cansancio nos detendrán.

Todas las miradas se fijaron en él. Se mordió el labio inferior al darse cuenta y agachó la cabeza. No hubo ni un solo lamento ni queja entre los viajeros. Continuaron la travesía avanzando lentamente, en fila, cortando el frío que la neblina nocturna provocaba. Algunos bebés lloraban cansados. Otros preguntaban cuándo iban a llegar. Tras varias lunas en las que pasaron por valles desiertos donde el sol era como el fuego; abrasador, y atravesaron las montañas de Uron; un lugar árido y tétrico. Decían que quién se aventuraba a cruzarlas moriría en el intento. La caravana en silencio esperaba instrucciones.

—No penséis —dijo— avanzad sin miedo, estoy seguro de que la

tierra que tanto anhelamos está tras esas montañas. Sé que estáis agotados, yo también, pero ahora no podemos echarnos atrás.

Sinue avanzó hacia las montañas y todos le siguieron. Su padre se sentía orgulloso de su fortaleza. Después de más de un día de jornada, lograron cruzar las montañas. Los hombres parecían exhaustos y las mujeres se sentaban con los niños en el suelo para descansar.

Sinue pecaba de ser una persona cabal, persistente y de pocas vacilaciones, afrontando con entereza los avatares del avance.

—Contempla lo que ven tus ojos. Tu terquedad nos ha arrastrado a estos parajes de desolación y muerte —señaló Josué.

Sinue chasqueó la lengua. Dio un paso vacilante y se esforzó en esbozar una sonrisa.

—Josué —empezó en un tono conciliador—, esa tierra que se muestra ante nosotros, será el pan de nuestros hijos.

Se oyó el arriero de su caballo.

—Regocijaos ante estos ramajes que un día fueron el arrastre de las víboras, y a partir de ahora será el cultivo de nuestros pastos.

Josué no respondió, al fin y al cabo sentía apego por él. Sabía que al cruzar los valles muertos y las montañas de Uron, hasta ese lugar, era porque sería la tierra elegida para empezar una nueva vida.

Sinue hizo un gesto con la mano a la caravana para que lo siguieran. Grandes olmos enfilaban el camino. El ruido del eje de las ruedas de los carros espantó una bandada de gorriones que descansaban en los árboles.

Su anciano padre estaba muy débil, el largo viaje atravesando aquellas tierras muertas en un éxodo obligado había mermado su salud. ¿Qué daño habían hecho a nadie, más que nacer con otra cultura y convicción? Se preguntaba. ¿Por qué los hombres no sabemos vivir en paz?

Al llegar a un pequeño cerro desde donde se dominaba el valle y los árboles lo rodeaban, atravesados por un fluctuoso río, ordenó que parasen.

—Está será nuestra tierra. Construiremos nuestras casas y cultivaremos la tierra. Aquí nadie nos expulsará, pues es tierra de nadie.

—Padre ya hemos llegado. ¿Cómo te encuentras?

—Por fin voy a morir en libertad.

—Padre no diga eso. Se repondrá, ya verá.

—Hijo soy muy mayor, estoy cansado, fatigado, la muerte es un consuelo para mí.

Sinue lo miró un instante. Su rostro alargado surcado de profundas arrugas, más por el efecto de los rayos del sol que por su vejez, delataba el desasosiego de su alma.

A pesar del frío invierno los hombres más fuertes se pusieron a cortar árboles, otros empezaban la construcción de las casas con cañas de bambú y las mujeres se dedicaban a atender a los más débiles y a cocinar alimento para todos.

El primer día en aquella tierra fue arduo y laborioso, sin embargo, fue bastante fructífero. Al llegar el crepúsculo los hombres se reunieron alrededor de la fogata. Los niños dormían agotados y los ancianos daban lecciones sobre sus antepasados a los más jóvenes. Las mujeres al acabar su tarea se unieron a los hombres alrededor de la fogata.

—Hace tres generaciones que nuestro pueblo estaba siendo hostigado —comentó Sinue—, aunque aguantamos toda clase de bajezas, nunca pensé que nos veríamos obligados a huir de nuestra propia tierra como si fuésemos apestados —dicho esto agachó el rostro avergonzado.

—Hermano —replicó Samuel— creo que esto es lo mejor que nos ha pasado, porque todavía estaríamos aguantando las atrocidades que injustamente cometían contra nosotros. Tenemos tierra, tenemos agua y podemos vivir libremente, hemos salido ganando a pesar de las cuatro semanas de travesía. Tenemos incluso semillas para empezar a sembrar el

trigo.

Un grito de exclamación salió de los oyentes.

—¡Estamos en la nueva tierra! ¡Viva Sinue!

Viva, viva. Gritaron mientras aplaudían el discurso mostrando su conformidad.

La cebada fue la primera cosecha plantada en primavera. Los girasoles se plantaron en grupos alrededor de los bordes de los campos. El maíz fue el siguiente en plantarse. Las técnicas de plantación que Sinue aprendió de su padre, las enseñaba a los labriegos y alrededor de cinco semillas fueron sembradas en un montículo bajo de tierra. Los montículos estaban espaciados unos cinco pies de distancia. Cuando las plantas de maíz tenían unos pocos centímetros de altura, se plantaron semillas de calabaza entre los montículos. Las grandes hojas de calabaza daban sombra al suelo, preservando la humedad y desplazando las malas hierbas.

NURIA DE ESPINOSA

España

Blog : <https://escritoranuriadeespinosa.blogspot.com>



**PENSAMIENTOS
DE JOSUÉ SOBRE
LA BESTIA**

**ALEJANDRO ZAPATA
ESPINOSA**

I

Vamos a llegar tarde, pero llegaremos. A esta máquina no le estorba nada. Y aun así se me hace raro tu desaliento: únicamente nosotros dos de viaje. Ya alternamos la incomodidad del día, cuando no hay qué comer ni dónde cambiar de posición, y de noche, cuando la esperanza de comer y de estirarse son súplicas al Divino. Pero como te digo, es cuestión de actitud: al amanecer mira el cielo, al atardecer mira el horizonte, al anochecer mirémonos y contémonos cosas. Eso es lo que hacíamos antes, desde que me ayudaste a subir y a escoger asiento-cama. Y yo te seguí. Al fin y al cabo, si nuestro destino era el mismo corriendo, ahora lo es más errando... Tú dudas... Más que todo porque llevamos dos días sin comer (rumbo al tercero), y te arde el sol en la espalda (cuando te sientas) y en la barriga (cuando te acuestas). A mí en específico me arde la nalga (de día) y la columna (de noche). Por cierto, ¿qué horas son? Tú eres el único de la hora porque guiabas ambos destinos, ¡y vaya uno a preguntarte, ceñudo! Mucha barba... Tú también tienes el espejo y la cuchilla, pero «no nos preocupemos por sandeces, Josué, que esta cosa da en un carriel en falso y nos mata de cuenta nuestra». ¿Cómo nos va a matar esta máquina de cuenta nuestra? ¿Qué es dar en un carriel en falso? Es imposible caernos... O bueno, uno nunca sabe... Mejor sería estar adentro...

II

¡Gente! ¡Cristianos! —Patea suavemente a su compañero—. Ah, cogiste sueño. ¡Anden, corran, suban, encarámense a La Bestia: ya comió: tiene la barriga hinchada! ¡Por fin tendré a otro hombre, a una mujer con quien rezar el rosario! ¡Y lo más seguro es que traigan comida! Este animal ya comió, pero nosotros ayunamos como santos. Hay que abrirles espacio. ¡Sí, sí, sí! ¡Corran, corran! ¡Bien, falta uno! ¡¿Por qué le dejan la maleta más cargada al muchacho?!

¡Corre, por Dios! ¡Estás a punto! ¡Una mano! ¡Un salto! ¿Saltó con una mano?... ¡Ay! ¡Dios mío...!

—¿Qué fue eso, Josué? ¿Quién grita?

Cristo... Sus piernas... Las ruedas se las mordió en un momentico... Brusco e instantáneo... Acero hambriento de carne... Y su familia... Ninguno se atrevió a saltar ni por el hijo ni por el bolso...

III

—Josué, esa gente de ahí quiere hacerse a nuestro lado... Diré que no.
—Josué pide que los deje.

¿Y sus lágrimas? ¿Solo caras tristes? Puede que me haya equivocado y no eran sus familiares, pero entonces ¿por qué no le dieron la mano, a propósito de su carga? ¿Por qué después de gritar (más por el leve movimiento del tren y por las gotas que alcanzaron a sus pantalones) no fueron en su ayuda? ¿Por qué se despidieron mientras él se retorció? No merecen viajar con nosotros. Esta noche, en el rosario, los tiramos de cuenta nuestra.

ALEJANDRO ZAPATA ESPINOSA

Colombia

Página WEB: <https://alejandroze8.blogspot.com>

Twitter: [@zalejandro8e](https://twitter.com/zalejandro8e)

CONVOCATORIA

AGOSTO 2022

Invitamos a escritores (Género Cuento) a formar parte de nuestro próximo número. Los cuentos podrán ser o no inéditos y deberán estar escritos en castellano.

Extensión:

Mínima 300 palabras, máxima 2.000 palabras.

El tema es libre.

Las obras deberán enviarse por correo electrónico en archivo adjunto, formato word con asunto:

REVISTA DIGITAL EL NARRATORIO NRO. 78

a: elnarratorioblog@gmail.com

Deberá incluirse en el cuerpo del mail, nombre y nacionalidad de los autores y enlaces a sus páginas web y/o redes sociales.

La publicación estará protegida con Creative Commons 3.0, donde se puede copiar, distribuir y comunicar libremente la obra sin fines comerciales ni obra derivada, reconociendo el crédito de los autores y la revista.

FECHA LÍMITE:
25 de JULIO de 2022

E L NARRATORIO
D I C I O N E S

EL NARRATORIO



ISSUU: www.issuu.com/elnarratorio

PÁGINA WEB: www.elnarratorio.com.ar

FACEBOOK: <https://www.facebook.com/el.narratorio/>

TWITTER: @narratorioblog

INSTAGRAM: <https://www.instagram.com/elnarratorio>

E-MAIL: elnarratorioblog@gmail.com

elnarratoriodigital@gmail.com

